

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIII

Nº9

OCTUBRE 2010



NUESTRA PORTADA:

AÑO SANTO COMPOSTELANO

Santiago Peregrino. Siglo XVIII. Iglesia de Santiago de Barbantes.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

| | | |
|-------------|--------------|------|
| Año CLXXIII | Octubre 2010 | Nº 9 |
|-------------|--------------|------|

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos 1049

Vicaría de Pastoral

Delegación de Liturgia. "La iniciación cristiana. Doctrina y Pastoral" 1050

Seminarios diocesanos e Instituto Teológico Divino Maestro

Lección inaugural en la apertura del Curso Académico 2010-2011 1059

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Manos Unidas recibe el premio Príncipe de Asturias de la Concordia 2010 1075

Premios ¡Bravo! año 2010 1076

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus 1081

Audiencias generales 1084

Cartas 1100

Discursos 1105

Homilías 1113

MOTU PROPRIO 1120

Visita pastoral a Palermo 1125

CRÓNICA DIOCESANA

Septiembre 1139

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **20 de octubre de 2010**, el Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos del **Rvdo. Sr. D. Jorge Juan Pérez Gallego** como Párroco de San Pedro de Bande, del **Rvdo. Sr. D. Emilio Román Estévez** como Administrador parroquial de San Martín de Zaparín y del **Rvdo. Sr. D. Antonio Fernández Cid y Rvdo. Sr. D. Ignacio Gómez Lois** como Administradores solidariamente de la parroquia de San Juan de Louredo.

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DE LITURGIA

La iniciación cristiana. Doctrina y Pastoral

Introducción: la primera pregunta.

Cuando los padres llegan a la Iglesia y expresan su voluntad de bautizar al *niño*, después de una preparación de los mismos para el sacramento, el sacerdote, en nombre de toda la Iglesia, les pregunta: “¿Qué pedís a la Iglesia para N? Los padres responden por él: “El Bautismo”. En el caso de los *adultos* la pregunta es la misma por parte del sacerdote y la respuesta del candidato es: “la fe”. El celebrante le vuelve a preguntar: “¿qué te otorga la fe?”. La respuesta es: “la vida eterna” (RICA n 247).

Cuando los padres en la primera entrevista con el sacerdote le dicen: “quisiéramos bautizar a nuestro hijo”, en esa expresión *está contenida toda la pastoral de la Iglesia* y, en ella, se integran los contenidos de las respuestas: el Bautismo, la fe y la vida eterna.

En estos contenidos, late lo que nos transmite la 1 Jn 1, 1-4: “Lo que existía desde el principio, lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos- hablamos de *la Palabra que es la vida*, porque *la vida se manifestó*, nosotros la vimos, damos testimonio y os anuncia-

mos la *vida eterna*, que estaba de cara al Padre y se manifestó a nosotros- *eso que vimos y oímos os lo anunciamos ahora* para que seáis vosotros solidarios con nosotros...”¹

La Iglesia Madre acoge a los candidatos y se dispone a comunicarles la vida eterna conduciéndolos a la fuente bautismal, “el seno” de la Iglesia en lenguaje de los Santos Padres.

Otra pregunta que se hacía en el catecismo antiguo era ésta: “¿Eres cristiano?- Sí, por la gracia de Dios”. Esta respuesta la daba el cristiano durante toda su vida y era una respuesta fundamentada en lo que comunica el Bautismo: la gracia santificante, que constituye al hombre en hijo de Dios, templo del Espíritu Santo y hermano de Cristo.

I) *Algunos elementos fundamentales.*

a) La *especificidad* de la Iniciación cristiana consiste en la incorporación al misterio de Cristo, misterio pascual, es decir a su muerte y resurrección. Y esta incorporación se realiza a través de un itinerario con etapas, tiempos y tareas (evangelización, oración, profesión de fe, catequesis, entrenamiento

en la vivencia del estilo cristiano de seguimiento de Cristo, recepción de los sacramentos y tiempo de la mistagogía) y una vida, vivida en el Espíritu. A la pregunta de la gente que ha escuchado el Evangelio y la presentación de la persona y obra de Jesucristo: “¿qué hemos de hacer?” (Hech 2, 37). La respuesta es muy clara y concreta: *Convertíos, haceos bautizar* en el nombre del Señor Jesús para el perdón de los pecados y el *Espíritu Santo* (Hech 2, 38). *Tres pasos* que se unifican o *tres tareas*, que se complementan en unidad fundamental: Arrepentirse de los pecados, morir a ellos para volverse a Dios, entrar por el Bautismo en el misterio pascual de Cristo para convertirse en criatura nueva y recibir el Espíritu Santo, en orden a convertirse en templos vivos de Dios y en sacerdotes, en el Espíritu, de un culto nuevo. San Pablo cuando habla del Bautismo usa la partícula griega “eis” (hacia, en) (Rm 6, 3-4) para indicar que el bautizado *es introducido en Cristo*, entra en el misterio de Cristo para insertarse y vivir en Él, por la acción y gracia del Espíritu Santo. Bautizarse es “beber del mismo Espíritu”, el agua que se convierte en fuente que brota hasta la vida eterna (Jn 7, 37-39; 4, 13-14). La Iglesia formada por todos los bautizados es la visibilidad, el sacramento del cuerpo resucitado de Jesucristo. El Bautismo es la entrada en el misterio de Jesucristo y ser conducido en el Espíritu. Por la Confirmación el bautizado es movido más fuerte y profundamente por el Espíritu.

b) La iniciación cristiana es “obra de la Trinidad”. Es la obra llevada a cabo por Cristo en obediencia al Padre y bajo la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, visibilidad de Cristo. El ser cristiano viene del amor fontal del Padre (cf. Ef 1, 3-14). Se esclarece también en la fórmula del Bautismo: “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

Pero el Bautismo también es *obra del hombre* bajo la acción del Espíritu. El hombre pone en sintonía su fe con la fe de la Iglesia. La fe personal debe adecuarse plenamente a la fe de la Iglesia en una sinergia perfecta. El “creo” del cristiano debe ser siempre un “creemos”, pues su fe es la recibida de la Iglesia, la profesada comunitariamente y la que se acrecienta al celebrarla en Iglesia. La profesión de fe y el cultivo de la misma se realiza por la Palabra de Dios acogida y creída por el hombre.

La *fe* es siempre un diálogo entre la revelación de Dios y la aceptación del hombre en lo más íntimo de su corazón. Creer es hacer alianza con Dios, supone la iniciativa de Dios, que ofrece la salvación gratuitamente y la acogida y obediencia de la fe por parte del hombre. Esto sucede siempre en el intercambio amoroso entre el Dios vivo y misericordioso y el hombre convertido a Dios y acogedor de su voluntad.

Finalmente está el *sacramento*, la unión del gesto y la Palabra de Dios en/por la Iglesia, por el que el hom-

bre recibe como don la salvación. San Agustín dice: “Te encuentro en los sacramentos”. San Efrén comenta: “Te abrazo en tus sacramentos”. Hay una unidad estrecha entre Palabra y sacramento; la palabra explica e ilumina, el signo sacramental potencia la palabra y la refuerza. El sacramento sitúa el misterio en la historia (P. Chenu). Por el sacramento, el misterio de Cristo y la historia de la salvación se actualizan hoy en la historia humana, para redimirla y divinizarla. El símbolo sacramental (sumergir en agua, ungió la frente con la cruz y la imposición de mano, partir y dar el pan, que es el Cuerpo de Cristo) es la forma visible que acompaña a la invisible (el misterio de Dios, la gracia, la salvación).

Hemos de dar el paso por la fe, de lo visible del sacramento a la gracia invisible, lo más importante. El sacramento es como la aparición (manifestación) del Señor resucitado. San León Magno dirá: “Lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios (sacramentos)”. Nuestra tarea es hacer experiencia del Cristo vivo, crucificado y resucitado, presente y actuando con eficacia en los sacramentos.

c) Todo esto se realiza en la Iglesia con todos sus elementos (vida, ministerios, carismas, estructuras y objetivos). Aquí se sitúa la *maternidad de la Iglesia*, que trabaja por la salvación de todos los hombres. Ella ha recibido el mandato de Cristo de predicar y bautizar a todas las gentes para la salvación.

Ha recibido un mandato misionero. La Iglesia desea abrazar a todos los hombres como hijos, en su seno. Por eso, la urgencia de evangelizar a todos. “Dios dio al agua lo que dio a la Madre” (San León Magno). Dio al agua del Bautismo la capacidad de ser un seno fecundo de la vida. Así como María fue fecundada por el Espíritu Santo y concibió al Hijo de Dios en su seno, así el agua de la fuente bautismal, fecundada por el Espíritu Santo, tiene la virtud de engendrar nuevos hijos de Dios. La Madre-Iglesia engendra a Cristo en nosotros. La Iglesia tiene entrañas de Madre, que desea engendrar en su seno y dar a luz a sus hijos. La Iglesia sufre dolores de parto “hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Rm 8, 22-24).

d) El “estilo sacramental de la vida cristiana” (DD). Dios llega a nosotros por medio de la Palabra y los sacramentos. La vida cristiana implica el misterio y la visibilidad, el signo visible y la realidad invisible, los elementos materiales (agua, aceite, pan, vino, imposición de manos, etc.) y la gracia invisible, la presencia del Dios Trinidad, la salvación plena y total. El cristiano está tocado desde fuera (desde la voluntad e iniciativa de Dios) por los sacramentos. Los sacramentos son símbolos en unidad visible-invisible por los que la gracia y salvación de Dios llega al hombre. Nuestra vida cristiana que es una realidad profunda de fe y misterio va unida a lo visible (las palabras, los gestos, acontecimientos, elementos, personas). Por eso, el cristiano debe acoger

lo que le viene de fuera y adecuar su vida interior a lo que Dios actúa en él. El *estilo sacramental de la vida cristiana* se inicia en el Catecumenado y la catequesis. Entre ambos debe haber un paralelismo. La catequesis será auténtica si se afianza en el catecumenado. El catecumenado como itinerario implica hacer el *aprendizaje* necesario para ser hecho cristiano. Este aprendizaje implica: Palabra, oración, fe, convivencia con la Iglesia y misión por parte de la misma Iglesia.

II) *Algunos datos de la situación presente.*

a) Ha sido difícil el camino del siglo XX. Ha sido un siglo de grandes cambios y dificultades. Con el Papa san Pío X, ha comenzado el movimiento litúrgico aceptado por la Iglesia. El Papa se ha preocupado por adelantar la edad de los niños para recibir la primera comunión a la edad de la discreción; ha invitado a comulgar con más frecuencia e incluso en cada Misa. Para la primera comunión el Papa pedía tener la fe de la Iglesia, ser capaz de hacer un acto de fe en la Eucaristía. Más recientemente la catequesis quedó descolocada frente al tema de la Iniciación cristiana. La Confirmación se situó después de la primera Comunión. La Confirmación quedó dislocada. Fue el comienzo de un elemento de disociación.

b) Tuvo lugar la *dispersión de itinerarios pastorales*. Llegado un momento, no se sabe qué hacer: Bautismo, Eucaris-

tía primera, Confirmación o Bautismo, Confirmación y Eucaristía primera. Como consecuencia brota una pérdida de credibilidad en la vida de la Iglesia. También hay esfuerzos por justificar los distintos planteamientos pastorales apoyándose unos en razones de tradición y litúrgicas, otros en razones de formación, catequesis y reponsabilidad.

c) Desmembración de los sacramentos de la Iniciación cristiana. El problema radica en poner los tres sacramentos en un orden o en otro. Uno responde más a la teología de los tres sacramentos y a la Liturgia; el otro más a razones catequético-pastorales.

d) Hay variedad de situaciones familiares y comunitarias. Familias que garantizan el crecimiento en la fe de los niños y, por ello, la casi seguridad de que el bautizado seguirá contando con un clima de catequesis y formación hasta la primera Comunión. Otras familias, desde el Bautismo hasta la primera Comunión no ofrecen ni clima de fe, ni catequesis ni maduración en la fe. Lo mismo sucede respecto a las situaciones comunitarias.

Los *Directorios diocesanos* van en la línea de las opciones pastorales tomadas. Unos se afirman en desplazar la Confirmación para después de la primera Comunión e insisten en la catequesis más prolongada respecto de la Confirmación (a los 14-16) y otros mantienen el orden clásico dando im-

portancia a la preparación a la Confirmación y a la primera Eucaristía. Pero termina imponiéndose la línea pastoral primera. Hay que destacar el gran trabajo de los catequetas y responsables de impartir la catequesis de Confirmación. Pero los frutos no fueron siempre los esperados. La *Conferencia Episcopal* también ayudaba con sus intervenciones a corregir, precisar e impulsar la preparación a estos sacramentos y su celebración. Todos estos materiales tuvieron una importancia muy grande.

III) *Algunas cuestiones en torno al Bautismo.*

Ante el Bautismo, se da una pluralidad de situaciones. Niños bautizados de párvulos, en edad catequética y adultos que piden el Bautismo. Utilización del Ritual de niños y del de la Iniciación cristiana de adultos. Hoy existe un desafío a la maternidad de la Iglesia: dar a los niños las cuatro dimensiones del Catecumenado: predicación de la Palabra (evangelización), oración, fe (profesión de) y misión. Esto debería ser casi una realidad "ritual". Todo proceso catequético después del Bautismo y dirigido a los bautizados de párvulos, debería comportar estos cuatro elementos. La *evangelización* es proclamación de la historia de salvación con su cenit en el misterio pascual de Jesucristo; la introducción a una vida de *oración* con la comunidad y "en lo secreto" se puede expresar bien en torno a la entrega y la "reditio" de la oración del Padrenuestro; el cultivo de la *vida de fe* en torno a

la entrega y la "reditio" del "Credo" en orden a profesarla ante la comunidad cristiana y la *misión* o envío a los hombres y al mundo para llevar la noticia y el testimonio de Jesucristo.

a) La doctrina sobre el Bautismo. Debe darse una preparación a los padres y padrinos. El Bautismo es ante todo "Opus Trinitatis". Habrá que explicar la relación del bautizado con Dios y con Cristo. "Novo Millennio ineunte", habla del Bautismo en relación con la santidad (nn 30-31). Dice que, "si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu...preguntar a un catecúmeno : <¿quieres recibir el Bautismo?>, significa al mismo tiempo preguntarle: <¿quieres ser santo?>. Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: <Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt. 5, 48) (n.31). El "don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado" (n 30). Es decir, la gracia bautismal que el cristiano recibe en el sacramento es la santidad real, concreta y objetiva en él.

En algunas circunstancias, se desvaloriza la misma Confirmación, cuando se dice que no es necesaria para la salvación. A veces, se tiene una visión individualista del Bautismo, como algo que se refiere sólo al bautizando o a la familia. Se dan *dos problemas*: *Primero*: no se quiere hablar del pecado original. *Segundo*: algunos se preguntan, ¿No

son todos los hombres hijos de Dios por el hecho de ser criaturas suyas? ¿Para qué entonces el Bautismo? La salvación quedaría como en una nebulosa. Pero, el Bautismo nos hace hijos de Dios en el “Hijo”.: Por él entramos en la Iglesia.

“La Eucaristía es “todo” el conjunto” (Juan Pablo II). Incluye: el sacrificio, banquete, la presencia real, la comunión con Cristo y los hermanos, el sacerdocio ministerial y real. Es necesario presentar el Bautismo con la visión integradora de todos sus aspectos y relacionándolo con la Confirmación y la Eucaristía.

b) Situaciones familiares de los que piden el bautismo para un párvulo. Nos encontramos con niños de familias en situaciones irregulares. Una cuestión de “artesanía”: el descenso de los bautismos está en relación con la negación de bautismos de padres irregulares. No se debería exigir más que a los demás.

c) Habrá que tomar en serio y tener en cuenta el compromiso materno de la Iglesia. Es la familia, los padrinos y la comunidad cristiana la que debe arropar con su vida y su fe al niño. Hay una responsabilidad de toda la comunidad cristiana sobre la fe y la vida cristiana del párvulo.

d) El Bautismo de los niños en edad catequética. Hay que bautizar porque lo piden. No podemos ni debemos negarlo. En otros casos, se difiere el

tiempo de la celebración. La primera Comunión queda más a voluntad del niño. Llegan a la primera Comunión niños no bautizados. La catequesis de la primera Comunión debe ser común a los no bautizados y a los bautizados.

e) El catecumenado de adultos. Algunos han decidido bautizarse de adultos (jóvenes o personas maduras). Algunos inmigrantes piden el Bautismo de adultos. En estas condiciones, se encuadra el Catecumenado. Es necesario que se establezca como una institución diocesana. Es una estructura que debe tomar en serio el Obispo y toda la diócesis. Los catecúmenos pertenecen a una institución de la Diócesis. Debe existir esta institución que expresa el “rostro” de la Iglesia. Es una joya pastoral. Obliga a renovar la comunidad cristiana. Interroga a toda la comunidad.

IV) *Algunas cuestiones sobre la Confirmación.*

a) -Un tema teológico básico: el sello del Don del Espíritu, y la constitución del cristiano. Es preciso reafirmar el sentido de la Confirmación a partir de la misma fórmula del sacramento. Es el don del Espíritu Santo sobre la realidad del Bautismo. Confirma una realidad existente ya. Pone el sello del don del Espíritu Santo. La acción del Espíritu Santo se da en la Confirmación y en todos los demás sacramentos. Sólo en la Confirmación se pide al Espíritu en forma absoluta. La confir-

mación sitúa al cristiano en la Iglesia y lo ayuda a caminar en el Espíritu. Lo que se ha hecho en el Bautismo se confirma o rubrica en el sacramento de la Confirmación. En éste sacramento, se hace referencia al Bautismo. La finalidad de la identidad del cristiano tiene su plenitud en el don del Espíritu. También la Eucaristía pide un cristiano “total”. La Eucaristía es la plenitud del cristiano “total” y exige la Confirmación.

La teoría de la madurez: sentido y discusión. Es uno de los temas más candentes. De él deriva el tema de la edad de la Confirmación². Se trata de la madurez *ontológico-sacramental*. El CCE nn 1307 hace referencia a la edad de la Confirmación. La tradición oriental confiere los tres sacramentos juntamente a los párvulos (Cf. CCE 1290; 1233; 1292; 1244). La tradición latina pone como punto de referencia para recibirla, “la edad del uso de la razón”. Pero, en peligro de muerte, se debe confirmar a los niños incluso si no han alcanzado todavía la edad del uso de la razón (cf. CDC, cn. 891; 893, 3).

A veces, se habla de la Confirmación como del “sacramento de la madurez cristiana”. Con todo no se debe “confundir la *edad adulta de la fe* con la *edad adulta del crecimiento natural*, ni olvidar que la gracia bautismal es una gracia de elección gratuita e inmerecida que *no necesita una <ratificación>* para hacerse efectiva”³. Lo recuerda así

Sto. Tomás: “La edad del cuerpo no constituye un prejuicio para el alma. Así, incluso *en la infancia*, el hombre puede recibir la *perfección de la edad espiritual* de que habla Sabiduría (4, 8-10)⁴ ...Así, numerosos niños, *gracias a la fuerza del Espíritu Santo que habían recibido*, lucharon valientemente hasta la sangre por Cristo” (s. Th. 3, 72, 8, ad 2) (CCE 1308).

No es lo más importante la madurez intelectual y de compromiso (decisión), sino el don del Espíritu Santo para toda la vida. En la Confirmación no debemos pretender que los confirmandos sepan todo lo que hace el Espíritu Santo. A veces la Confirmación aparece como un sacramento a parte (del Bautismo y la Eucaristía), como una cosa nueva.

Quien confirma es la Iglesia por medio del Obispo. A veces, nos encontramos con “manifestos” de los candidatos que se centran casi exclusivamente en el compromiso, en promesas tan costosas que es muy difícil cumplir. ¿Dónde queda el sentido de iniciativa y del don de Dios? Habría que ahondar mucho en las “motivaciones” que tienen los niños para pedir la Confirmación y las que deberían tener. Lo que hacemos con los candidatos es más propio de un movimiento correspondiente a la edad natural de los niños o jovencitos.

b) La teoría de un sentido “pastoral” frente a un sentido “teológico-

litúrgico”. Ha sido la que ha generado dos prácticas y razonamientos en muchos casos enfrentados. La *primera* ha pensado más en la formación de cristianos responsables, libres, maduros y comprometidos con la fe. Por eso, ha aprovechado la preparación al sacramento para dar una catequesis y formación que arrancase de lo humano (libertad, responsabilidad, conocimiento de las circunstancias y compromiso), para llegar a una fe que se exprese en compromisos concretos. Por ello, alargó la edad de los confirmandos hasta los 14 años. La *segunda* se fija más en el sacramento dentro de la Iniciación cristiana, une más el sacramento de la Confirmación al Bautismo y Eucaristía, destaca más el don de Dios y su iniciativa, se fija en la praxis del Oriente cristiano y se inclina hacia edades más cercanas al uso de la razón.

c) Valoración de la práctica actual más común: libertad, compromiso, perseverancia...

Hasta ahora, se ha ido imponiendo la teoría y praxis primera. Pero el resultado no es proporcional el inmenso esfuerzo que se ha hecho: gran parte de los confirmados, después de la recepción del sacramento abandonan la Iglesia.

Hay que insistir mucho a los candidatos que la Confirmación no es un sacramento opcional, que se puede recibir o no. Jesucristo y la Iglesia han

querido y quieren que el cristiano fuera confirmado.

Deberíamos hacernos frecuentemente la pregunta: ¿por qué dejan los confirmados la iglesia, una vez recibido el sacramento? Hay muchas razones ciertamente. Una de ellas y que podemos corregir es: Hemos cargado (inflado) mucho la catequesis de Confirmación. Se ha confundido en muchos casos con una catequesis de adolescencia. De sobra, sabemos que los compromisos de los adolescentes (e incluso de los mayores) son muy volubles. Un obispo francés, hace algunos años afirmó que, lo que se le pedía a los confirmandos, en muchos casos, resultaba casi irrealizable para muchos sacerdotes y obispos.

En algunos casos, también se ha dado a la celebración de la Confirmación un aire de “fin de fiesta”. Hay que destacar que con la Confirmación *no termina nada*. En la confirmación hay que insistir a los niños y jóvenes en la importancia de la Eucaristía (Misa dominical) y de la celebración del sacramento de la Reconciliación.

V) *Algunas cuestiones en torno a la Eucaristía.*

La Eucaristía “fons et culmen”? Relación entre pastoral de la Confirmación y participación eucarística.

a) Está claro que la primera Eucaristía es el culmen de toda la Iniciación cristiana (Cf. CCE 1322). Además

la Eucaristía es la fuente auténtica de todo el vivir cristiano (SC 10; CCE 1324-1327). Entonces, la pastoral de la Confirmación debe tener en cuenta esto. No puede contribuir a la confusión de algo tan claro en la doctrina y vida de la Iglesia. Los “compromisos” de la Confirmación pueden contribuir a minusvalorar la Eucaristía como “culmen et fons”. La Eucaristía, a veces, no se estudia y considera en toda su realidad: es memorial del Sacrificio de Cristo (pasión, muerte y resurrección) del Señor; es verdadero sacrificio del Señor bajo las especies de pan y vino; es convite sacrificial y Pascua actualizada bajo los signos sacramentales; es presencia real y sustancial del Cuerpo sacrificado y de la Sangre del Señor, derramada por los pecados de los hombres.

Esta presencia sustancial y real permanece después de la celebración de la Misa, en orden a llevarla a los enfermos y moribundos. Además, reclama ser adorada y visitada por los fieles, permaneciendo en el tabernáculo de la iglesia constantemente. Frente a este sacramento se reclama la fe para adorar esta presencia de la Persona, que entrega su Cuerpo y Sangre. Es preciso catequizar sobre todos los aspectos y dimensiones de la Eucaristía. Con motivo del Año de la Eucaristía se han ofrecido por parte del Papa y sus Organismos muchos y buenos documentos sobre el tema. Conviene volver sobre ellos para entrar en el misterio que se encierra la Eucaristía. Siempre ayudará el CCE y las catequesis de los Santos Padres de la Iglesia.

Ramiro González Cougil
Delegado Episcopal de Liturgia.

NOTAS:

- 1 Los subrayados son nuestros.
- 2 Para Pío XI la Confirmación es el sacramento de la Acción Católica. *Confirmatione baptis-mus perficitur*. Pablo VI tenía muy claro que la Confirmación es el sacramento de la acción apostólica. Quería prohibir que se administrara la Confirmación antes de la adolescencia. Lo de la edad no entra dentro del Magisterio.
- 3 Cf. también CCE 1250. Este número destaca que los niños nacen manchados por el pecado original y, por eso, necesitan del Bautismo; en el Bautismo de niños se manifiesta de modo particular “la pura gratuidad de la gracia de salvación”; la consecuencia es que, “la Iglesia y los padres privarían al niño de la gracia inestimable de ser hijo de Dios si no les administraran el Bautismo poco después de su nacimiento”. También n 1996. La práctica de bautizar a los niños pequeños es una tradición inmemorial de la Iglesia, quizás se remonta a los inicios de la Iglesia, cf. n1252.
- 4 “La ancianidad venerable no es la de los muchos días ni se mide por el número de años; la verdadera canicie para el hombre es la prudencia, y la edad propecta, una vida inmaculada”.

SEMINARIOS MAYOR Y MENOR E INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”.

La oración pastoral de Elredo de Rieval¹ Lección inaugural en la apertura de Curso Académico 2010-2011

Introducción:

• La suerte académica ha querido depararme la oportunidad de dictar la última lección en este paraninfo del Instituto Teológico “Divino Maestro”, ante tan distinguido claustro de profesores y en compañía de los seminaristas de ambos Seminarios. Me he visto en un brete: ¿qué tema escoger para la ponencia? Por un lado, mi especialidad es la Teología Espiritual, a cuya enseñanza he dedicado toda mi vida (como creo que lo hace todo sacerdote con cura de almas); por otro lado, la actividad pastoral de la Vicaría, que se me ha encomendado (hace ahora 16 años), produce en mi cierta sensación de desasosiego; me sentiría ingrato si nada dijera de la acción pastoral. Dios ha querido, porque es cosa de Dios y de los santos intercesores, que haya dado con la temática adecuada: La Oración Pastoral de San Elredo de Rieval. Oración y pastoral se unen en un mismo tratado, precioso y sin desperdicio.

• Por otra parte, venimos de celebrar de celebrar el Año Sacerdotal, convocado por el Papa, Benedicto XVI en el CL aniversario del “*dies natalis*” del Santo Cura de Ars, Juan María Vianney. Desde la solemnidad del Sagrado

Corazón del año 2009 hasta la misma solemnidad del año 2010 se celebraba esta acontecimiento de salvación y gracia con la finalidad de “*promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo*”². Han pasado ya ocho siglos. Pero un detenido estudio sobre la Oración Pastoral de san Elredo de Rieval parece oportuno, ya que nos puede ayudar a reemprender una renovación sacerdotal en profundidad. “*En Jesús (escribe Benedicto XVI), Persona y Misión tienden a coincidir: toda su obra salvífica era y es expresión de su “Yo filial”, que está ante el Padre, desde toda la eternidad, en actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De modo análogo y con toda humildad, también el sacerdote debe aspirar a esta identificación*”³. Elredo establece una humilde y sincera comparación entre el Abad del monasterio de Rieval y Cristo, el Buen Pastor. Elredo quiere que el sujeto de dicha misión pastoral se identifique lo más posible con Él para que la misión encomendada refleje el Evangelio.

• La Oración Pastoral de Elredo⁴ es una auténtica oración de súplica, confiada en la infinita misericordia de Dios. En ella, se reconoce con elegan-

cia que muchas cosas se hacen bien, pero que no son fruto de nuestra voluntad y bondad, sino obra de la gracia de Dios con la cooperación humana; se admite también que otras muchas se hacen mal, no porque falte el auxilio divino, sino porque los defectos del sujeto, pasados y presentes, y la actitud de los miembros de la comunidad, así lo determinan; por todo eso hace una auténtica oración de súplica de perdón, asumiendo como propios los errores cometidos a lo largo de los días en el ejercicio del pastoreo.

Corren tiempos recios para la vida espiritual y para la nueva evangelización: en una torrentera lo más fácil es dejarse llevar por el aluvión, por la corriente. Lo difícil es darse cuenta de que nos arrastra, de que tenemos que reaccionar, de que tenemos que salir y de preguntarnos cómo. Lo complicado consiste en intentar escapar nosotros solos. Es más fácil salir con la ayuda oportuna de los demás, contando con los otros y con los medios que ellos puedan ofrecernos. La torrentera es la sociedad en la que vivimos. El arrastrado es el sacerdote. ¿Cómo salvarse del torbellino? ¿Sólo, acompañado y con qué medios? Ser pastor hoy exige compañía y medios: presbiterio, oración, retiros, ejercicios, confesión y dirección espiritual. El Papa Benedicto XVI nos recuerda el camino a seguir en tales circunstancias: *“quisiera añadir además, en línea con la Exhortación apostólica Pastores Dabo Vobis del Papa Juan Pablo II, que el ministerio ordenado tiene una radical “forma comunitaria” y sólo*

puede ser desempeñado en la comunión de los presbíteros con su Obispo”. Es necesario que esta comunión entre los sacerdotes y el propio Obispo, basada en el sacramento del Orden y manifestada en la concelebración eucarística, se traduzca en diversas formas concretas de fraternidad sacerdotal efectiva y afectiva. Elredo, al verse enviado a su misión de Abad del monasterio rievalense, primero piensa en su pequeñez para desempeñar tan alta dignidad: pero, inmediatamente, piensa en Dios, en sus superiores, en toda la comunidad, que le facilitarán el camino.

La atención pastoral de cada una de las zonas de nuestra diócesis de Ourense se hace cada día más complicada. A la escasez sacerdotal, a la falta de interés de muchos por un sacerdote digno, al pasotismo imperante en temas de religión y vida cristiana, se añaden ahora las manifestaciones de pueblos que, confundiendo la política con la religión, o, a sabiendas, buscando pescar en río revuelto, queriendo imponer el sacerdote que, según ellos, es el mejor para sus intereses. Un buen consejo para los sacerdotes, casi siempre causantes de tales movidas (por no querer cambiar de lugar, por una postura indecisa ante el pueblo, por su actitud de rebeldía...): leer con detención la Oración Pastoral y orar con San Elredo. ¡Esto ayudaría a poner las cosas en su sitio!

Ante una nueva acción pastoral, dictada por los tiempos nuevos que estamos viviendo, no caben justifica-

ciones trasnochadas (eso no tiene pies ni cabeza), ni actitudes inmovilistas (mi parroquia y sólo mi parroquia), ni comportamientos aislacionistas en la acción pastoral de la Iglesia, pues el trabajo pastoral lo hacemos todos y entre todos, aunque cada uno tenga su propia especificidad. El espíritu pastoral de Elredo, reflejado en su Oración Pastoral, nos dispone a abrir nuevos caminos, guiados por el Espíritu, en bien de la Iglesia⁶.

1. Invoca a Cristo, el Buen Pastor⁷:

La oración comienza con una invocación a Cristo y varios calificativos al Buen Pastor: Jesús es el “buen pastor” y el “pastor bueno”, el “pastor clemente” y el “pastor bondadoso”. Todos estos calificativos se multiplican en virtud de la comparación de Cristo, buen Pastor, con el candidato electo, pobre y humilde pastor; débil, ignorante e inútil pastor, que, a pesar de todo, seguirá siendo pastor de la porción del rebaño de Cristo a él encomendado. De ahí su clamor angustiado, el clamor de un pastor que no es bueno. El pastor malo está angustiado por sí mismo (por sus muchos defectos), pero sobre todo por las ovejas de Cristo, “tus ovejas”, por el mal que pueda causárseles⁸.

2. La memoria del pasado le mueve a un acto de contrición:

Cuando Elredo piensa en su pasado y en el presente con la oferta que se le

hace, expresa el gran dolor de corazón que siente: “*con amargura de mi alma, tiemblo y me estremezco ante el nombre de pastor; y si no me siento el más indigno de llevarlo es que soy un insensato*”⁹.

Pero el abad de Rieval confía en la misericordia de Dios, que perdonará su osadía y atrevimiento: “*Es verdad que siento sobre mí tu santa misericordia (cfr. Sal.85, 13)*”. Y hace un examen minucioso de lo que comporta el perdón de Dios: nada de venganza, nada de enfados, nada de odios: sólo amor. “*Te compadece de quien quieres y otorgas misericordia a quien te place (cfr. Ex. 33, 19), de modo que al perdonar los pecados no te vengas condenando, ni abrumas con improperios, ni dejas de amar al amonestarnos*”¹⁰. Describe la sensación psicológica que le produce, comparando el perdón con la ingratitud: “*Sin embargo me turbo y confundo al recordar tu bondad y no olvidar mi ingratitud*”. Abre su corazón a Dios con toda sinceridad, sabiendo a quién se encomienda: “*Aquí, aquí está ante ti la confesión de mi oración, la confesión de mis innumerables crímenes*”. Y da gracias al Señor que, a pesar de su maldad, ha librado su alma por puro beneplácito divino: “*Por todos ellos se manifiestan ante ti con gratitud y alabanza mis entrañas, con todas sus fuerzas (cfr. Jer. 30, 20)*”¹¹.

El santo Abad de Rieval manifiesta su grandeza al considerar sus virtudes, lo mucho de bueno que hay en él, como gracias exclusivas que Dios le ha hecho: “*pero no te soy menos deudor de los males*

*que no cometí, pues si no hice el mal fue porque tú me guiabas, sea privándome de la ocasión, corrigiendo la voluntad o dándome fuerza para resistir*¹². Y su sinceridad se desborda, cuando confiesa: “*Son incontables, Señor, los motivos que inquietan mi alma pecadora ante tu presencia, aunque no es con la contrición y solicitud que exige mi necesidad o siente mi voluntad*”¹³.

3. ¿Por qué aceptaste el cargo de Abad, si no te sentías preparado para ello?: Examen sobre el servicio pastoral:

Una primera respuesta a esta pregunta la encontramos en la actitud interior de San Elredo: “*Te confieso, Jesús mío, salvador Mío, esperanza mía, consuelo mío; te confieso, Dios mío, que no estoy tan contrito ni temeroso del pasado como debiera, ni tan solícito del presente como convendría*”¹⁴. En definitiva el responsable de que el Santo ocupe tan distinguido cargo se debe al Señor: “*Y tu, dulce Señor, has establecido a éste al frente de tu familia (cfr. Mt. 24, 25), sobre las ovejas de tu rebaño*” (cfr. Sal 73, 1; 78, 13); y para muestra, un botón: “*apenas me preocupo de mí mismo y me ordenas que cuide de ellos; no soy capaz de suplicar como debo por mis pecados y me mandas orar por ellos; apenas me instruí a mí mismo y me dices que les enseñe a ellos*”¹⁵. Aflora en este párrafo la filosofía popular: “El que no es capaz de gobernar su casa, ¿cómo va a ser capaz de gobernar un estado?; el que no es capaz de preocuparse por sí mismo, ¿cómo

va a preocuparse de los demás?” Y la propia debilidad se agranda al compararse a él mismo con lo que le ha sido encomendado: la porción más querida del el Señor. “*¿Por qué, pues, fuente de la misericordia, quisiste encomendar esos a este, los que te son tan queridos a este que es indigno de estar en tu presencia?... Dulce Señor, ¿no es acaso esta tu familia, tu pueblo preferido, ese que sacaste por segunda vez de Egipto (cfr. Dt. 7, 6), el que creaste y redimiste?*”¹⁶.

Osadía personal y permisividad divina:

San Elredo se ve a sí mismo como un pobre ingenuo, con poca capacidad de reflexión: “*¿Pobre de mí! ¿Qué hice? ¿Cómo he sido tan osado? ¿Por qué consentí? (San Anselmo, Oración LXXV)*. Y vuelve su mirada al cielo y pregunta: “*Y especialmente tú, dulce Señor, ¿por qué lo permitiste con este miserable?*”¹⁷. Y busca unas respuestas un tanto arriesgadas. Posiblemente ha sido, Dios nuestro Señor, que ha querido castigarle por sus muchos pecados: “*¿Acaso para responder a mis afectos, entregarme a mis deseos y poder acusarme más severamente, condenarme con mas rigor, y castigarme no solo por mis pecados sino también por los ajenos? ¿Acaso, oh piadosísimo, para que existiera una causa más evidente de castigar más violentamente a un pecador, convenía que tantos y tan dignos quedaran expuestos al peligro?*”¹⁸. Posiblemente ha sido Dios quien ha querido demostrarme su infinita misericordia a pesar de mi humildad y tan poca cosa: “*¿Acaso*

si me fijo en tu bondad debo creer, y lo hago muy dulcemente, que pusiste a ése al frente de tu familia para manifestar tu misericordia y dar a conocer tu sabiduría? ¿Que lo sublime procede de tu poder y no del hombre, y que tal vez quisiste en tu benignidad guiar por medio de ése a tu familia, para que no se gloríe el sabio de su sabiduría ni el justo de su justicia, ni el fuerte de su fortaleza, ya que si ellos gobiernan bien a tu pueblo, eres tú y no ellos quien gobiernas?"¹⁹. Y así se cumple el salmo 113: "no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria".

Un Prelado necio y pecador: el peor peligro para los fieles: "¿Existe un peligro mayor para los súbditos que un prelado necio y pecador?"²⁰

4. Introducción a la oración por sí mismo y por "sus ovejas", que son las que el Señor le ha encomendado:

Fueran cuales fuesen los motivos por los que el Señor le ha puesto al frente de una porción del pueblo de Dios y, mientras permita que siga en el tajo, su obligación es rezar por ella: "me mandas que me muestre solícito por ellos y que ore ferviente por ellos. Por eso, Señor, al presentar ante ti mis suplicas no confío en mi justicia sino en tu gran compasión, y si callan los meritos grita el deber"²¹. Dirige, pues, tus ojos hacia mí y tus oídos a mis suplicas" (cfr. Sal.33, 16)²².

Misión del Sacerdote: rezar por sí mismo y ofrecer sacrificios por el

pueblo: En esta línea de oración por la porción del pueblo de Dios Elredo recuerda que esta es la misión del sacerdote; y empieza por él mismo: "quiero ofrecer en primer lugar este humilde sacrificio de oración por mis pecados"²³.

5. Oración por sí mismo: apertura de corazón al Señor, reconociendo los pecados como nuestros:

Muy coloquialmente, Elredo de Rieval dialoga con el Señor, esponjando su corazón en el corazón de Cristo. "Tu ves, sin duda, Señor mío, tu ves en mi alma las huellas de mis pecados pasados, los peligros de los actuales y las causas y ocasiones de los futuros. Ves todo eso, Señor, y yo quiero que lo veas"²⁴. El Santo Abad, por propia experiencia, lanza un ay lastimero por todos aquellos que intentan ocultar y ocultarse, porque esos no tendrán remedio: "¡Ay de aquéllos que pretenden esconderse de ti! Porque además de no conseguir no ser vistos por ti, no sanan y son castigados por ti"²⁵. Y se confía al Dios, todo misericordioso, que le mirará: "como médico compasivo para curarle", "como maestro bueno para enseñarle", "como padre bueno para perdonarle"²⁶.

Por tu dulcísimo nombre y el misterio de tu sacrosanta humanidad:

Dentro de una línea de espiritualidad cristológica, que descubre en el nombre²⁷ de Jesús la fuerza necesaria para vencer al mal y en su santa humanidad²⁸ el camino adecuada para

una reincorporación a la filiación divina, Elredo de Rieval suplica: Señor, te pido que *“perdones mis pecados y cures las enfermedades de mi alma, recuerdes tu bondad y olvides mi ingratitud”*²⁹.

Proceso de conversión:

Muy breve y concisamente el Santo Abad de Rieval describe el proceso que lleva a la desviación espiritual y, a la vez, de la misma manera, concisa y breve, describe el proceso de recuperación³⁰. Porque estas son las fuerzas que le llevan al pecado y a obrar mal: *“los vicios y las malas pasiones que atacan a mi alma”*³¹. Y encuentran facilidad en hacerlo: *“sea por mi pésima costumbre anterior, sea por mis negligencias diarias e incontables, sea por la fragilidad de mi naturaleza viciada y corrompida, sea por la tentación encubierta de los malos espíritus”*³². ¿Y cómo superar esta situación de negatividad? Sólo existe un camino: permitir que la gracia de Dios nos inunde y colaborando asiduamente con ella.

Porque éstas son las gracias que llevan a la recuperación: *“Descienda tu espíritu bueno y dulce a mi corazón,...., infundiendo en él abundancia de fe, esperanza y caridad, y afectos de compunción, piedad y bondad. Que apague el ardor de las concupiscencias con el rocío de la bendición, y de muerte con su poder a los impulsos impuros y a los afectos carnales”*³³. *Que me otorgue fervor en los trabajos, vigiliias y abstinencias, y sabiduría para amarte, alabarte, orar y me-*

*ditar;... y perseverar en todo esto hasta el fin de mi vida”*³⁴.

6. Suplica especialmente la sabiduría:

Supuesta la conversión de corazón, vistas las buenas disposiciones del candidato a la Abadía, todo ello adobado con una oración sencilla y de súplica, una última petición al Señor: *“Te ruego, pues, dulce Señor, que me concedas, no oro, plata o piedras preciosas”*³⁵, *sino sabiduría para poder guiar a tu pueblo* (cfr. 2 Re 1,10). *Fuente de la sabiduría, envíala desde tu trono glorioso, para que este a mi lado y trabaje y se afane conmigo* (cfr. 1ª Cor. 9, 10), *hable en mi y disponga todos mis pensamientos, palabras y todas mis obras y decisiones según tu agrado, para honor de tu nombre, para su provecho y mi salvación”*³⁶. El rey Salomón está en el trasfondo de este ruego, al que el Santo Abad quiere: *“concédeme sabiduría para gobernar as mi pueblo”*.

7. Entrega al servicio y súplica de la asistencia divina: Enséñame por tu Espíritu Santo como darme a ellos y como desvivirme por su bien.

Poner todo de nuestra parte:

Elredo determina poner en acción todos sus cualidades y posibilidades en orden a un mejor servicio a la comunidad a él encomendada: *“Mis sentimientos y mis palabras, mi ocio y actividad, mis acciones y pensamientos, mi prosperidad y adversidad, mi vida y mi muerte,*

mi salud y enfermedad, todo lo que soy, lo que vivo, siento y comprendo, todo lo empleare para esos por quienes tú mismo no dudaste entregarte” (Cfr. 2ª Cor. 11,29)³⁷. Cuenta para ello con el beneplácito divino: “*Enseña... por tu Espíritu Santo como darme a ellos y como desvivirme por su bien*”³⁸.

Una gran cualidad del buen pastor: soportar con paciencia las debilidades de los demás y rechazar el paternalismo; el autor de la Oración Pastoral lo tiene en cuenta en su ferviente súplica al Señor: “*Concédeme, Señor, por tu gracia inefable, soportar con paciencia sus debilidades, compartirlas con misericordia y ayudarles con discreción*”³⁹. Sigue en esto las enseñanzas del apóstol Pablo en 1ª Corintios: “*hacerme todo para todos para ganar a todos*”⁴⁰. “*Concédeme que mis labios pronuncien palabras sinceras, justas y agradables, con las cuales crezcan en la fe, la esperanza y la caridad, en la castidad y humildad, en la paciencia y obediencia, en el fervor espiritual y en la devoción del alma*”.

Humildad en el desempeño de la misión:

En una frase, que no tiene desperdicio, San Elredo se confiesa pobre y necesitado de ayuda: “*Y como les has dado a este guía ciego, a este doctor indocto y a este instructor ignorante, enseña al que pusiste por doctor, guía al que mandaste que guiara a otros y dirige al que estableciste por jefe, y si no lo haces por mi hazlo al menos por ellos*”⁴¹.

8. Norma de comportamiento: el amor, el afecto, la bondad:

“No me impongo a ellos por el rigor ni por la superioridad”:

El doctor de *El Espejo de la Caridad* y de *La Amistad Espiritual* no podía reaccionar de otro modo, después de exponer en su oración todos los pros y los contras y después de haber suplicado al Señor por todos sus súbditos y por él mismo: “*Tú sabes, dulce Señor, cuanto les amo, como se vuelcan sobre ellos mis entrañas, como se derrama sobre ellos mi afecto*”⁴². Recuerda los principios de un buen gobernante: “*Tú sabes, Señor mío, que no me impongo a ellos por el rigor ni por la superioridad de mi espíritu, y que prefiero serles útil por amor que estar por encima de ellos, postrarme ante ellos con humildad, y por el afecto estar entre ellos como uno de ellos*”⁴³.

Oración pos sus súbditos:

En esta misma oración, recuerda cuáles deben ser las cualidades de un monje en su seguimiento radical del Señor: unión entre ellos, pacíficos, modestos, benévolos, obedientes, fervientes de espíritu, alegres, pacientes, pobres, castos, vivan la compunción, sepan vivir el silencio, sepan soportarse mutuamente, con espíritu de oración: “*infunde tu Espíritu Santo en sus corazones, y que él los mantenga en la unidad del Espíritu y en el vínculo de la paz (cfr. Ef. 4, 3), en la castidad corporal y en la humildad de espíritu*”⁴⁴. “*Que asista a los que oran y llene sus entrañas con la*

*envidia y manteca (cfr. Sl.62, 6) de tu amor; que conforte su espíritu con la suavidad de la compunción, e ilumine sus corazones con la luz de tu gracia; que los aliente con la esperanza, los humille con el temor y los inflame con la caridad*⁴⁵. *“Que el mismo les inspire las oraciones que te complaces escuchar*⁴⁶. *“Dulce Señor, que por obra de tu Espíritu sean en si mismos, unos con otros y para conmigo, pacíficos, modestos y benévolos, y que se obedezcan, se sirvan y se soporten mutuamente (cfr. Regla de San Benito, 35). Sean fervientes de espíritu, alegres en la esperanza y pacientes siempre en la pobreza, en la abstinencia, en los trabajos y vigiliias, en el silencio y en el reposo*⁴⁷.

Vicios a evitar en sus súbditos y refejados en la oración pos los suyos:

Elredo, buen conocedor de esos monasterios, pide al Señor que ayude a superar los vicios que suelen darse en los monasterios cistercienses: la soberbia, la vanagloria, la envidia, la tristeza, la acedia, la blasfemia, la desesperación, la desconfianza, la fornicación e impureza, la presunción y discordia: *“Abuyenta de ellos, Señor, el espíritu de soberbia y vanagloria, de envidia y de tristeza, de acedia y blasfemia, de desesperación y desconfianza, de fornicación e impureza, de presunción y discordia*⁴⁸

“Infunde en ellos tu Espíritu”:

Pide que los frutos del E. Santo sean eficaces en los suyos y lo dice de una forma muy bella: *“te ruego que fortalez-*

*cas lo que en ellos es débil, no rechaces lo que es frágil, sana lo que esta enfermo, alegra sus tristezas, reaviva lo que esté tibio, y consolida lo voluble; y sientan que tu gracia no les abandona en sus necesidades y tentaciones*⁴⁹.

9. Oración por los bienes materiales: ¡Que no les falten los bienes de la tierra!

Cada cosa en su sitio y Dios al principio y al final de todo. Luego los bienes de la tierra, necesarios para subsistir: *“Provee a tus siervos, según tu beneplácito y voluntad, de los bienes temporales que necesita en esta vida la fragilidad de nuestro pobre cuerpo*⁵⁰. Y San Elredo quiere ser de todo ello *“un discreto distribuidor y un prudente proveedor*⁵¹. Para los súbditos, en lo tocante a este tema, pide: paciencia y moderación: *“Inspírales también a ellos, Dios mío, soportar con paciencia cuando no se los otorgas, y usar con moderación cuando se los concedes*⁵².

Amar y temer:

Para un profano, difícil papeleta la de tener que conjugar estas dos expresiones; la Regla de San Benito es clara al respecto: *“Que me amen y me teman según tú veas que es mejor para ellos (cfr. Regla de San Benito, 72, 10)*⁵³. ¿Cómo interpretar esto?: El amor y el temor de Dios no son contrarios, mas bien se complementan. El temor de Dios nos dispone a poner nuestro corazón en lo bueno. Queremos llegar a hacer todo

por amor, pero el camino nos ayuda a recordar el peligro. Quien se cree ya perfecto en el amor y pretende no necesitar del temor cae con facilidad en el engaño o en la soberbia (“El temor de Dios es el principio de la ciencia; los necios desprecian la sabiduría”: Prov. 1, 7). Tengamos en cuenta la doctrina católica sobre el dolor de atrición y la contrición. ¿cómo puede ser buena la atrición si se basa en el amor?: “tal conmoción de la conciencia (la atrición) puede ser el comienzo de una evolución interior que culmina, bajo la acción de la gracia, en la absolución sacramental”⁵⁴. “*Servatis servandis*”, algo parecido hay que decir del amor y temor al Padre Abad de un monasterio.

10. Última recomendación:

San Elredo encomienda al Señor a todos aquellos que le han sido encomendados y pide que no se les escapen de las manos, tanto al Señor como a él mismo: “*que nadie los arrebatte de tu mano (cfr. Jn. 10, 28) ni de la mano de tu siervo a quien los confiaste... Que perseveren felices en el santo propósito, y con la perseverancia alcancen la vida eterna, que concedes tu, dulcísimo Señor nuestro, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amen*”⁵⁵.

CONCLUSIÓN FINAL:

• **La Oración Pastoral de San Elredo es un escrito espiritual muy bello:** “La oración pastoral” es un be-

llo escrito en el que Elredo pone ante la mirada de Dios sus debilidades y le pide ayuda para desempeñar su servicio de Abad.

• **Con sabios consejos, sacados de la vida: así, nos dice que un prelado necio y pecador es el peor peligro para los fieles:** “*¿Existe un peligro mayor para los súbditos que un prelado necio y pecador?*”, se pregunta el Santo Abad. Se refiere a la falta de preparación intelectual, teológica y humana. Se refiere a la falta de un compromiso serio con el anuncio de la Buena Nueva y a la falta de un testimonio de vida, claro y decidido, de cómo vivir la fe. Y si, desde la ignorancia, se enseñan falsedades y si, desde la anemia espiritual, se ofrecen contratestimonios, la afirmación de San Elredo no tiene vuelta de hoja.

• **Con respuestas oportunas a preguntas impertinentes, por ejemplo, sobre la aceptación de los cargos pastorales en la Iglesia:** cuando asistimos al nombramiento y consagración de nuevos Obispos, cuando conocemos los nombramientos para determinadas parroquias, cuando nos enteramos de personas que han sido designados para determinados cargos diocesanos, con frecuencia escuchamos las lamentaciones de los interfectos. La pregunta es clara: ¿Por qué no rechazaste el cargo, si no te sentías preparado para ello? San Elredo aborda directamente la cuestión. Lo primero que hay que hacer es reconocer la propia osadía, cuando se ha aceptado tal encargo, y luego

confiar en la permisividad divina, que lo ha facilitado (desde la obediencia, desde la aceptación de la voluntad divina, que así lo ha querido); en adelante un trabajo a realizar: adecuar la vida a la categoría del cargo, responsabilizar a Dios, que nos ha nombrado, para que nos conceda la gracia suficiente en orden a hacerlo en clave divina; y, partiendo de la porción del pueblo de Dios a nosotros encomendada, súplica de oraciones, buena disposición para colaborar oportunamente y piedad y misericordia para aquél “que viene en nombre del Señor”.

○ Y puede que continúa la pregunta: ¿Por qué, si te sentías indigno de tal cargo, lo aceptaste? Desde su punto de vista y desde la espiritualidad en la que se haya inmerso, la respuesta es lógica y atinada a todas luces. Cuando surgen estos temas, lo normal es que intentemos desviar los comentarios y críticas hacia los demás, sobre todo si están en un escalón superior: Obispos, Arzobispos, Cardenales. El Papa, gracias a Dios, casi queda siempre a buen resguardo. Pero empezando por los diáconos, siguiendo por los sacerdotes, llegando hasta los Señores Obispos, to-

dos, sin excepción, estamos moralmente obligados a leer este libro, porque, además de gustarnos, sintonizaremos con él, se lo aseguro. En definitiva, de lo que realmente se trata es de que todos, sea cual sea la misión que se nos ha encomendado, nos dejemos iluminar por la doctrina de este Santo del siglo XII, que siguen siendo actual y muy válida espiritualmente hablando. San Elredo de Rieval es de máxima actualidad.

- **En resumen:** San Elredo de Rieval, el Santo Abad, destaca por ser un profundo conocedor de las Sagradas Escrituras, por ser un hombre preocupado en vivir de acuerdo con la moral cristiana, por estar al día en la dinámica de la Espiritualidad Cristiana, que parte de la realidad del propio sujeto (entorno psicológico y social), que se enamora de Cristo y que descubre en su Iglesia el mejor medio para llegar a las altas cumbres de la mística. La espiritualidad de Elredo es muy concreta y afectiva, en cuanto que pretende llegar al corazón de cada persona; quiere darle aliento para que se configure más y más con Cristo, que es el ideal de todo monje⁵⁶.

José Pérez Domínguez

NOTAS:

- 1 Conferencia dictada en la inauguración del curso académico del Instituto Teológico “Divino Maestro” 2010 – 2011, siendo administrador apostólico de la diócesis D. Luis Quinteiro Fiuza. Se trata de la última lección dictada por el profesor Lic. D. José Pérez Domínguez en dicho centro. Conferencia en sintonía con la espera de un nuevo obispo para Ourense.

- 2 Benedicto XVI, *carta para la convocación de un año sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del dies natalis del Santo Cura de Ars*. Vaticano, 16 de junio de 2009.
- 3 Benedicto XVI, *c. c.*
- 4 Elredo de Rieval, *Oración Pastoral*, libro publicado conjuntamente con *La Amistad Espiritual*, Monte Carmelo, Burgos (2002), pgs. 122 – 129. Nota del Editor: Incluimos esta pequeña joya de Elredo, que es su ORACIÓN PASTORAL. Su sinceridad, humildad y unción la hacen muy emotiva y provechosa. Creemos que no necesita ninguna clase de introducción, sino leerla pausada y atentamente, y dejarse impactar por os afectos y sentimientos de este pastor de almas.
- Cfr. Elredo de Rieval, *Patrología Latina* 195, 209-796; 184, 817-828; 32, 1451-1474.

Biografía: Elredo nació en Hexham (Northumbria, entre Inglaterra y Escocia) en 1110. Recibió la primera instrucción en el priorato de Durham, y hacia la edad de catorce años entró al servicio del rey David I de Escocia, en cuya corte completó su formación, pasando después a ocupar el cargo de mayordomo (*dispensator*). Hacia 1134 abrazó la vida monástica cisterciense en el monasterio de Rieval (Rievaulx, Yorkshire), casa fundada dos años antes por la abadía de Claraval (Ville-sous-la-Ferté, Francia), de donde era abad san Bernardo. Su humanismo y sus talentos intelectuales y espirituales lo llevaron bien pronto a asumir tareas de dirección de su propia comunidad: fue maestro de novicios entre los años 1141 y 1143 y abad desde el 1147 hasta su muerte, en 1167. Entre 1143 y 1147 estuvo de primer abad de Revesby, casa filial de Rieval. Murió en su monasterio de Rieval el 12 de enero de 1167, día en que lo conmemora el martirologio romano.

Obras: Además de los numerosos sermones litúrgicos predicados a su comunidad de Rieval, y después editados por él mismo, Elredo es conocido por su tratado teológico sobre el amor, *De Speculo caritatis* (*El espejo de la caridad*) y, sobre todo, puesto que es la obra que lo hizo famoso, por el tratado sobre la amistad espiritual, *De spiritali amicitia*, un texto que fue leído y releído durante toda la Edad Media en los noviciados cistercienses, y del cual nos han llegado numerosos manuscritos. Estas dos obras se complementan, en cuanto que la primera trata del amor como virtud teológica, es decir, en relación a Dios, y la segunda del amor humano, que Elredo concreta en la amistad como camino de acceso al amor teológico.

- 5 Benedicto XVI, *c. c.*
- 6 Cfr. Gregorio Magno, *Regla Pastoral*, introducción, traducción y notas de Alejandro Holgado Ramírez y José Rico Pavés, Ciudad Nueva, Madrid (2001) 2ª edición, p. 36: “Agustín, monje de San Andrés la llevó a Inglaterra, a donde había sido enviado por el Papa en el año 596. Fue allí donde a finales del siglo IX el rey Alfredo el Grande hizo que se tradujera, junto con los Diálogos, al anglosajón, entregando un ejemplar a cada obispo”. Por supuesto que la Regla Pastoral tuvo que ser conocida por San Elredo. Sería interesante establecer una comparación entre la Regla Pastoral de San Gregorio y la Oración Pastoral de San Elredo. Muy posiblemente encontraríamos elementos comunes en la primera y segunda parte de la Regla Pastoral y en la Oración Pastoral, hablando de la vocación del pastor y de la vida del pastor; lo mismo se diga entre la quinta parte de la Regla Pastoral y la Oración Pastoral, hablando de la humildad del pastor.

El Papa, Juan Pablo II, hacía este comentario a la Regla Pastoral: El Papa, Juan Pablo II, nos recordaba su perenne actualidad: “será sumamente útil y oportuno tomar de nuevo en la mano este libro verdaderamente áureo, para sacar del mismo enseñanzas todavía válidas e indicaciones prácticas de experiencia pastoral y, diría, los secretos mismos de un arte que es indispensable aprender para poder ejercerlo después”. *Carta con motivo del XIV centenario de la elevación de San Gregorio Magno al pontificado*, L’Osservatore Romano (ed. esp.), 4 de julio de 1990.

La revista *Pastoralía* de la Vicaría de Pastoral de la diócesis de Ourense recibe su nombre de esta misma obra: Regla Pastoral de San Gregorio Magno.

- 7 Cfr. San Benito de Nursia, *Regla de San Benito*, capítulo II: *Cómo debe ser el abad. Como es natural, encontraremos en este capítulo muchas lecciones prácticas de cómo debe ser el superior de los monjes, que San Elredo irá completando.*
- 8 Elredo de Rieval, *o.c.*, nº 1.
- 9 *Ibidem*, nº 2 a.
- 10 *Ibidem*, *o.c.*, nº 2 b.
- 11 *Ibidem*, *o.c.* nº 2 c.
- 12 *Ibidem*, *o.c.* nº 2 d.
- 13 *Ibidem*, *o.c.* nº 2 f.
- 14 *Ibidem*, *o.c.* nº 3 a.
- 15 *Ibidem*, *o.c.* nº 3 b.
- 16 *Ibidem*, *o.c.* nº 3 c-b.
- 17 *Ibidem*, *o.c.* nº 3 b.
- 18 *Ibidem*, *o.c.* nº 3 c.
- 19 *Ibidem*, *o.c.* nº 3 c.
- 20 *Ibidem*, *o.c.* nº 3 c.
- 21 Cfr. Juan de Fecamp, *Oratio XXIX*. PL 158, 923. Preciosa oración: “*Ven, pues; ven, oh consolador buenísimo del alma que sufre... Ven, tú que purificas las manchas, tú que curas las heridas. Ven, fuerza de los débiles, vencedor de los orgullosos. Ven, oh tierno padre de los huérfanos... Ven, esperanza de los pobres... Ven, estrella de los navegantes, puerto de los que naufragan. Ven, oh gloriosa insignia de los que viven. Ven, tú el más santo de los Espíritus, ven y ten compasión de mí...*”.
- 22 Elredo de Rieval, *o.c.*, nº 4 a.
- 23 *Ibidem*, *o.c.* nº 4 b.
- 24 *Ibidem*, *o.c.* nº 5 a.
- 25 *Ibidem*, *o.c.* nº 5 a.
- 26 Cfr. *Ibidem*, nº 5, b. Cfr. S. Agustín, *Sermon XXII*, 1.
- 27 Cfr. Jean-Yves Leloup, *L’esicasmò, Che cos’è, come lo si vive*, Piero Gribaudi Editore. Milano (1992)154-159: En la mentalidad semítica el nombre designa la naturaleza secreta de un ser, porque el nombre contiene una especie de presencia activa. Donde está el nombre, allí está la persona. Por eso, conocer el nombre de Dios, significa tener un gran poder, porque se posee el medio para hacerse oír por la divinidad para captar su benevolencia. A modo de ejemplo: en el nombre de Jesús los discípulos curan enfermos (Hec.3, 6; 9, 34); expulsan demonios (Mc.9, 38; 16, 17; Lc. 10, 17; Hec. 16, 18-19); hacen toda clase de

milagros (Mt. 7, 22; Hec. 4, 30); curan a los enfermos (Hec. 3, 16); pero, sobre todo, dan la salvación eterna a los que creen (Hec. 4, 7-12; 5, 31; 13, 23). El mismo nombre de Jesús significa “el que salva”. Se cumplen las palabras de Jesús: “En verdad, en verdad os digo: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14, 12 – 14).

Cfr. *La Filocalia de la Oración de Jesús*, Ediciones Sígueme, Salamanca (1986)9- 10: La practica de invocar el nombre de Jesús “se remonta a la tradición de los Padres griegos de la Edad Media Bizantina, ...a los Padres del desierto de los primeros siglos,...a los mismos apóstoles”.

28 La humanidad de Jesús es de vital importancia para entender la revelación de Dios. A Dios le conocemos en esta humanidad; y siendo que es el medio por el cual se haría presente en el mundo, habló de ella desde el mismo principio. Y, puesto que Cristo posee una perfecta humanidad, las obras que produjo fueron del agrado del Padre y consiguieron para nosotros toda suerte de bendición. Él nos hizo todo cuanto Dios deseó que fuéramos; en su cuerpo de carne nos presenta santos, perfectos y sin mancha. Su humanidad será para siempre el sello y garantía de nuestra aceptación delante de Dios.

29 Elredo de Rieval, *o.c.*, nº 5 c.

30 La conversión no es un momento; es un proceso. Es a menudo, un largo tránsito que va produciendo una intimidad creciente con Dios y una coherencia cada vez más total de la acción del espíritu. El encuentro de Jesús con la Samaritana explica a la perfección tal proceso: reconociendo que el Señor conoce mi historia, acogiendo la palabra de Dios sobre el matrimonio, dejando el cántaro, anunciando la buena noticia del Evangelio, como discípulo que sembró, como discípulo enviado a segar y como samaritano que acoge la buena noticia, confesando que Jesús es el Salvador del mundo.

31 Elredo de Rieval, *o.c.* nº 5 c.

32 *Ibidem*, *o.c.* nº 5 c.

33 Cfr. Juan de Fecamp, *Oratio XXIX*, PL 158, 921- 922.

34 Elredo de Rieval, *o.c.*, nº 5 d.

Cfr. T. Spildlik, *La Spiritualité dell’Oriente Cristiano*, Roma, 1985, 211ss: El mecanismo de la tentación, cuyos momentos se concatenan unos con otros, ha sido muy analizado por los padres espirituales orientales, sobre todo por aquellos de la espiritualidad “sinaítica” (Evagrio, Nilo, Juan Clímaco, Esiquio, Filoteo...). No es de extrañar que San Elredo de Rieval dominase esta espiritualidad oriental, dado que dedicó parte de su vida al adoctrinamiento de los novicios.

35 Cita casi literal del libro de la Sabiduría, 7, 7 – 11.

36 Elredo de Rieval, *o.c.*, nº 6 b.

37 *Ibidem*, *o.c.* nº 7 a.

38 *Ibidem*, *o.c.* nº 7 b.

39 *Ibidem*, *o.c.* nº 7 c.

40 1 Cor 9, 10 ; 2 Cor 11,29.

41 Elredo de Rieval, *o.c.*, nº 7 d. Cfr. Anselmo de Cantorbery, *Oratio LXXV*. PL 158, 1013.

42 *Ibidem*, *o.c.* nº 8 a.

43 *Ibidem*, *o.c.* nº 8 a.

- 44 *Ibidem*, o.c. n° 8 b.
- 45 *Ibidem*, o.c. n° 8 c.
- 46 *Ibidem*, o.c. n° 8 d.
- 47 *Ibidem*, o.c. n° 8 e.
- 48 *Ibidem*, o.c. n° 8 f. Son los “*Pecados Capitales*”, denominados así por ser “cabeza” o principio de todos los demás *pecados*.
- 49 *Ibidem*, o.c. n° 8 f. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 1832): Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad’ (Ga 5,22-23, vg.).
- 50 *Ibidem*, o.c. n° 9 a.
- 51 *Ibidem*, o.c. n° 9 a.
- 52 *Ibidem*, o.c. n° 9 b.
- 53 *Ibidem*, o.c. n° 9 b.
- 54 CATIC. 1453
- 55 Elredo de Rieval, o.c., n° 10.
- 56 Al término de la conferencia se me acercó un profesor y me explicó que San Elredo no era del todo desconocido en nuestra tierra. Ante mi perplejidad me citó un refrán, que una señora aplicaba a los que siempre llegan tarde a misa: “Son como as ovellas de San Elredo; chagan tarde y marchan cedo”.

IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Manos Unidas recibe el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia 2010

D. Felipe de Borbón: “¡Qué nunca nos falten vuestras manos unidas!”

Además del Arzobispo de Oviedo, han estado presentes en la Ceremonia Mons. Martínez Camino y Mons. Ome-lla Omella

Madrid, 22 de octubre de 2010

La Presidenta de Manos Unidas, Myriam García Abrisqueta, ha recibido de manos de Don Felipe de Borbón, el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia 2010, concedido a esta Organización católica de voluntarios que lleva medio siglo “declarándole la guerra al hambre de pan, de cultura y de Dios”, tal y como afirma su manifiesto fundacional.

En el acto, que se ha desarrollado en el Teatro Campoamor de Oviedo, han estado presentes, entre otras personalidades, el Arzobispo de Oviedo, Mons. D. Jesús Sanz Montes; el Obispo Auxiliar de Madrid y Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino; y el Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, Mons. D. Juan José Omella Omella, que es, además, el Obispo Consiliario de Manos Unidas.

Don Felipe de Borbón ha destacado que premiar a Manos Unidas “supone engrandecer nuestros galardones y lograr su significación mas profunda”. El Príncipe de Asturias ha señalado que esta organización católica es “muy querida por los españoles”, ha repasado en su discurso los orígenes y los fines de la institución y ha tenido especiales palabras de agradecimiento para los misioneros, los voluntarios y los colaboradores. “Gracias al inmenso equipo de Manos Unidas, que se unen para ayudar, sanar, alimentar, educar, para salvar. ¡Qué nunca nos falten vuestras Manos Unidas!” - ha concluido Don Felipe -.

La candidatura de Manos Unidas al Premio fue presentada por el Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española que, en su reunión de 16 de febrero de 2010, así lo aprobó, al considerar que esta institución viene desarrollando una labor que “ha contribuido de forma ejemplar y relevante al entendimiento y a la convivencia en paz entre los hombres, a la lucha contra la injusticia, la pobreza, la enfermedad, la ignorancia o la defensa de la libertad”.

Premios ¡Bravo! año 2010

El Jurado designado por la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social (CEMCS) y constituido en Madrid el 21 de octubre de 2010 ha otorgado los “Premios ¡Bravo!” que concede anualmente la CEMCS con el fin de “reconocer, por parte de la Iglesia, la labor meritoria de todos aquellos profesionales de la comunicación en los diversos medios, que se hayan distinguido por el servicio a la dignidad del hombre, los derechos humanos y los valores evangélicos” (Normas, art. 2).

El jurado decidió otorgar los siguientes “Premios ¡Bravo!”:

- PREMIO ¡BRAVO! **ESPECIAL**: Paloma Gómez Borrero.
- PREMIO ¡BRAVO! DE **PRENSA**: Juan Vicente Boo, corresponsal del diario ABC en El Vaticano.
- PREMIO ¡BRAVO! DE **RADIO**: Juan Pablo Colmenarejo, Director del programa “*La Linterna*” de la Cadena COPE.
- PREMIO ¡BRAVO! DE **TELEVISIÓN**: Serie “*Padre Casares*” (Voz Audiovisual), emitida actualmente en la Televisión de Galicia.
- PREMIO ¡BRAVO! DE **CINE**: “*La Última Cima*”, dirigida por Juan Manuel Coteló.
- PREMIO ¡BRAVO! DE **MÚSICA**: Escolanía de la Abadía de Montserrat.
- PREMIO ¡BRAVO! DE **NUEVAS TECNOLOGÍAS**: *Rome Reports*, productora de contenidos audiovisuales en internet.
- PREMIO ¡BRAVO! AL **TRABAJO DIOCESANO EN MEDIOS DE COMUNICACIÓN**: “De par en par”, programa de televisión realizado por la diócesis de Orihuela-Alicante.
- PREMIO ¡BRAVO! DE **PUBLICIDAD**: 50 años de campañas publicitarias de Manos Unidas.

El Jurado para la concesión de estos “Premios ¡Bravo!” ha estado compuesto por monseñor D. Joan Enric Vives i Sicília, Arzobispo de Urgell y miembro de

la CEMCS, que actuó como presidente; siendo vocales: D. Jorge Juan Fernández Sangrador, director de la B.A.C.; D. Rafael Ortega, periodista y presidente de la Unión de Informadores y Periodistas de España (UCIP-E); D. Jesús de las Heras, periodista y director de la revista "Ecclesia"; D. José Luis Restán, director general de contenidos de la Cadena COPE; D. Isidro Catela, periodista y director de la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española; D. Juan Orellana, crítico de Cine y director del Departamento de Cine de la CEMCS; y D. José María Gil, periodista y director del Secretariado de la CEMCS, que actuó como Secretario del Jurado.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Palacio Apostólico de Castelgandolfo. Domingo, 26 de septiembre de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

En el evangelio de este domingo, (Lc 16, 19-31) Jesús narra la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro. El primero vive en el lujo y en el egoísmo, y cuando muere, acaba en el infierno. El pobre, en cambio, que se alimenta de las sobras de la mesa del rico, a su muerte es llevado por los ángeles a la morada eterna de Dios y de los santos. «Bienaventurados los pobres -había proclamado el Señor a sus discípulos- porque vuestro es el reino de Dios» (Lc 6, 20). Pero el mensaje de la parábola va más allá: recuerda que, mientras estamos en este mundo, debemos escuchar al Señor, que nos habla mediante las sagradas Escrituras, y vivir según su voluntad; si no, después de la muerte, será demasiado tarde para enmendarse. Por lo tanto, esta parábola nos dice dos cosas: la primera es que Dios ama a los pobres y les levanta de su humillación; la segunda es que nuestro destino eterno está condicionado por nuestra actitud; nos corresponde a nosotros seguir el camino que Dios nos ha mos-

trado para llegar a la vida, y este camino es el amor, no entendido como sentimiento, sino como servicio a los demás, en la caridad de Cristo.

Queridos amigos, ¡sólo el Amor con la «A» mayúscula da la verdadera felicidad! Lo demuestra también otro testigo, una joven que ayer fue proclamada beata aquí, en Roma. Hablo de Chiara Badano, una muchacha italiana, nacida en 1971, a quien una enfermedad llevó a la muerte en poco menos de 19 años, pero que fue para todos un rayo de luz, como dice su sobrenombre: «Chiara Luce». Su parroquia, la diócesis de Acqui Terme, y el Movimiento de los Focolares, al que pertenecía, están hoy de fiesta -y es una fiesta para todos los jóvenes, que pueden encontrar en ella un ejemplo de coherencia cristiana-.

Sus últimas palabras, de plena adhesión a la voluntad de Dios, fueron: «Mamá, adiós. Sé feliz porque yo lo soy». Alabemos a Dios, pues su amor es más fuerte que el mal y que la muerte; y demos gracias a la Virgen María, que guía a los jóvenes, también a través de las dificultades y los sufrimientos, a enamorarse de Jesús y a descubrir la belleza de la vida.

Plaza de San Pedro. Domingo, 10 octubre 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Llego ahora mismo de la basílica de San Pedro donde he presidido la misa de apertura de la Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos. En esta Asamblea sinodal extraordinaria, que durará dos semanas, se han reunido en el Vaticano los pastores de la Iglesia que vive en la región de Oriente Medio, una realidad muy variada: en efecto, en aquellas tierras la única Iglesia de Cristo se manifiesta en toda la riqueza de sus antiguas tradiciones. El tema sobre el que reflexionaremos es el siguiente: «La Iglesia católica en Oriente Medio: comunión y testimonio». En esos países, lamentablemente marcados por profundas divisiones y desgarrados por añosos conflictos, la Iglesia está llamada a ser signo e instrumento de unidad y de reconciliación, siguiendo el modelo de la primera comunidad de Jerusalén, en la cual «la multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma», como dice san Lucas (*Hch* 4, 32). Es una tarea ardua, puesto que los cristianos de Oriente Medio deben soportar a menudo condiciones de vida difíciles, tanto a nivel personal como familiar y de comunidad. Esto, sin embargo, no debe desalentar: precisamente en ese contexto resuena todavía más necesario y urgente el mensaje perenne de Cristo: «Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc* 1, 15). En mi reciente

visita a Chipre entregué el *Instrumentum laboris* de esta Asamblea sinodal; ahora que ya ha comenzado, invito a todos a rezar invocando de Dios una abundante efusión de los dones del Espíritu Santo.

El mes de octubre es el mes del rosario. Se trata, por decirlo así, de una «entonación espiritual» debida a la memoria litúrgica de Nuestra Señora la Virgen del Rosario, que se celebra el día 7 de octubre. Por tanto, se nos invita a dejarnos guiar por María en esta oración antigua y siempre nueva, especialmente querida para ella porque nos lleva directamente a Jesús, contemplado en sus misterios de salvación: gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos. Siguiendo los pasos del venerable Juan Pablo II (cf. *Rosarium Virginis Mariae*), quiero recordar que el rosario es oración bíblica, entretrejida de Sagrada Escritura. Es oración del corazón, en la que la repetición del avemaría orienta el pensamiento y el afecto hacia Cristo y, por tanto, se convierte en súplica confiada a su Madre, que es también nuestra Madre. Es oración que ayuda a meditar la Palabra de Dios y a asimilar la Comunión eucarística, según el modelo de María que guardaba en su corazón todo lo que Jesús hacía y decía, y su misma presencia.

Queridos amigos, sabemos cuán amada y venerada es la Virgen María entre nuestros hermanos y hermanas de Oriente Medio. Todos la miran como a una Madre solícita, cercana a todo

sufrimiento, y como Estrella de esperanza. A su intercesión encomendamos la Asamblea sinodal que se inicia hoy, a fin de que los cristianos de esa región se fortalezcan en la comunión y den a todos testimonio del Evangelio del amor y de la paz.

Plaza de San Pedro. Domingo, 17 de octubre de 2010.

Al término de esta solemne celebración, deseo renovar mi cordial saludo a todos los peregrinos que han venido para honrar a los nuevos santos.

Me alegra saludar a los peregrinos francófonos, en particular a la delegación oficial de Canadá y a todos los canadienses aquí presentes para la canonización del padre Andrés Bessette. Escuchando su mensaje, os aliento a seguir sus pasos para acoger libremente y por amor la voluntad de Dios en vuestra existencia. Que al igual que él desbordéis de caridad hacia vuestros hermanos y hermanas más necesitados. Que Dios os bendiga a todos y a vuestras familias. Feliz estancia en Roma.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos de lengua inglesa, especialmente a todos aquellos que han venido, tan numerosos, para las canonizaciones de hoy. Que los nuevos santos os acompañen con su intercesión y os inspiren con el ejemplo de su vida santa. Saludo

en particular a las delegaciones oficiales de Canadá y Australia que han viajado hasta Roma en honor de san Andrés Bessette y de santa Mary MacKillop. Que Dios os bendiga y os guarde, a todos vosotros, a vuestras familias y a vuestros seres queridos.

Saludo cordialmente a los fieles y peregrinos de lengua alemana. Los santos son la imagen viva del amor de Dios. Nos alegra tener otros seis santos: Estanislao Sołtys, Andrés Bessette, Cándida María Cipitria, Mary MacKillop, Julia Salzano y Camila de Varano, que son para nosotros un ejemplo y nos ayudan como intercesores para nuestra vida de cristianos.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española que han participado en la solemne ceremonia de canonización de esta mañana, en especial a los señores cardenales y obispos, así como a la delegación oficial de España. Confío a las religiosas Hijas de Jesús a la intercesión de santa Cándida, su fundadora. Pido a Dios también que los nuevos santos sirvan de modelo al pueblo cristiano, particularmente a los jóvenes, para que sean cada vez más los que acojan la llamada del Señor y entreguen por completo su vida a proclamar la grandeza de su amor.

Saludo calurosamente a todos los polacos que han venido para las canonizaciones. De modo particular doy mi bienvenida a los representantes del episcopado y al presidente de la Repú-

blica polaca. Me uno a vuestra alegría por la gloria de santidad de vuestro compatriota Stanisław Kazimierczyk. Aprendamos de él el espíritu de oración, de contemplación y de sacrificio por el prójimo. Que él sostenga ante Dios a la Iglesia en Polonia, a vosotros aquí presentes, a vuestros seres queridos y a vuestra patria. Os bendigo de corazón.

Saludo a los peregrinos italianos que celebran a santa Bautista Camila de Varano y a santa Julia Salzano, así como a la delegación oficial presente con ocasión de esta feliz circunstancia. En particular mi pensamiento va a sus hijas espirituales, al igual que a los fieles que han venido de Las Marcas y de Campania.

Pensando en Italia, me apremia recordar que hoy, en Reggio Calabria, se concluye la 46ª Semana social de los católicos italianos, que ha trazado una «agenda de esperanza» para el futuro del país. Dirijo un saludo cordial a los congresistas, conectados en directo en este momento, y deseo que la búsqueda del bien común constituya siempre la referencia segura para el compromiso de los católicos en la acción social y política.

Dirijámonos ahora con la oración a María santísima, que Dios ha puesto en el centro de la gran asamblea de los santos. A ella encomendemos a toda la Iglesia, para que iluminada con su ejemplo y sostenida por su intercesión, camine con impulso siempre nuevo hacia la patria del cielo.

AUDIENCIAS GENERALES

Plaza de San Pedro. Miércoles, 29 de septiembre de 2010

Matilde de Hackeborn

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy desearía hablaros de santa Matilde de Hackeborn, una de las grandes figuras del monasterio de Helfta, que vivió en el siglo XIII. Su hermana, santa Gertrudis la Grande, en el libro VI de la obra *Liber specialis gratiae* (Libro de la gracia especial), en

el que se narran las gracias especiales que Dios concedió a santa Matilde, afirma: «Lo que hemos escrito es muy poco respecto a lo que hemos omitido. Únicamente para gloria de Dios y utilidad del prójimo publicamos estas cosas, porque nos parecería injusto guardar silencio sobre tantas gracias que Matilde recibió de Dios, no tanto para ella misma, según nuestra opinión, sino para nosotros y para aquellos que vendrán después de nosotros» (Matilde de Hackeborn, *Liber specialis gratiae*, VI, 1).

Esta obra fue redactada por santa Gertrudis y por otra monja de Helfta, y tiene una historia singular. Matilde, a la edad de cincuenta años, atravesaba una grave crisis espiritual acompañada de sufrimientos físicos. En estas condiciones, confió a dos religiosas amigas las gracias singulares con que Dios la había guiado desde la infancia, pero no sabía que ellas tomaban nota de todo. Cuando lo supo, se angustió y se turbó profundamente. Pero el Señor la tranquilizó, haciéndole comprender que cuanto se escribía era para gloria de Dios y el bien del prójimo (cf. *ib.*, II, 25; V, 20). Así, esta obra es la fuente principal para obtener informaciones sobre la vida y la espiritualidad de nuestra santa.

Con ella, entramos en la familia del barón de Hackeborn, una de las más nobles, ricas y potentes de Turingia, emparentada con el emperador Federico II, y entramos también en el monasterio de Helfta, en el período más glorioso de su historia. El barón ya había dado al monasterio una hija, Gertrudis de Hackeborn (1231-1232/1291-1292), dotada de una notable personalidad, abadesa durante cuarenta años, capaz de dar una impronta peculiar a la espiritualidad del monasterio, llevándolo a un florecimiento extraordinario como centro de mística y cultura, escuela de formación científica y teológica. Gertrudis les dio a las monjas una elevada instrucción intelectual, que les permitía cultivar una espiritualidad fundada en la Sagrada Escritura, la liturgia, la tradición patrística, la Regla y la espiritualidad cisterciense, con parti-

cular predilección por san Bernardo de Claraval y Guillermo de Saint-Thierry. Fue una verdadera maestra, ejemplar en todo, en el radicalismo evangélico y en el celo apostólico. Matilde, desde la infancia, acogió y gustó el clima espiritual y cultural creado por su hermana, dando luego su impronta personal.

Matilde nació en 1241 o 1242, en el castillo de Helfta; era la tercera hija del barón. A los siete años, con la madre, visitó a su hermana Gertrudis en el monasterio de Rodersdorf. Se sintió tan fascinada por ese ambiente, que deseó ardientemente formar parte de él. Ingresó como educanda, y, en 1258, se convirtió en monja en el convento que, mientras tanto, se había mudado a Helfta, en la finca de los Hackeborn. Se distinguió por la humildad, el fervor, la amabilidad, la limpidez y la inocencia de su vida, la familiaridad y la intensidad con que vive su relación con Dios, la Virgen y los santos. Estaba dotada de elevadas cualidades naturales y espirituales, como «la ciencia, la inteligencia, el conocimiento de las letras humanas y la voz de una maravillosa suavidad: todo la hacía apta para ser un verdadero tesoro para el monasterio bajo todos los aspectos» (*ib.*, *Proemio*). Así, «el ruiseñor de Dios» -como se la llama-, siendo muy joven todavía, se convirtió en directora de la escuela del monasterio, directora del coro y maestra de novicias, servicios que desempeñó con talento e infatigable celo, no sólo en beneficio de las monjas sino también de todo aquel que deseaba recurrir a su sabiduría y bondad.

Iluminada por el don divino de la contemplación mística, Matilde compuso numerosas plegarias. Fue maestra de doctrina fiel y de gran humildad, consejera, consoladora y guía en el discernimiento: «Ella enseñaba -se lee- la doctrina con tanta abundancia como jamás se había visto en el monasterio, y ¡ay!, tenemos gran temor de que no se verá nunca más algo semejante. Las monjas se reunían en torno a ella para escuchar la Palabra de Dios como alrededor de un predicador. Era el refugio y la consoladora de todos, y tenía, por don singular de Dios, la gracia de revelar libremente los secretos del corazón de cada uno. Muchas personas, no sólo en el monasterio sino también extraños, religiosos y seglares, llegados desde lejos, testimoniaban que esta santa virgen los había liberado de sus penas y que jamás habían experimentado tanto consuelo como cuando estaban junto a ella. Además, compuso y enseñó tantas plegarias que, si se recopilaran, excederían el volumen de un salterio» (*ib.*, VI, 1).

En 1261, llegó al convento una niña de cinco años, de nombre Gertrudis; se la encomendaron a Matilde, apenas veinteañera, que la educó y la guió en la vida espiritual hasta hacer de ella no sólo una discípula excelente sino también su confidente. En 1271 ó 1272, también ingresó en el monasterio Matilde de Magdeburgo. Así, el lugar acogía a cuatro grandes mujeres -dos Gertrudis y dos Matilde-, gloria del monaquismo germánico. Durante su larga vida pasada en el monasterio, Matilde soportó continuos e intensos sufrimientos, a los que

sumaba las durísimas penitencias elegidas por la conversión de los pecadores. De este modo, participó en la pasión del Señor hasta el final de su vida (cf. *ib.*, vi, 2). La oración y la contemplación fueron el *humus* vital de su existencia: las revelaciones, sus enseñanzas, su servicio al prójimo y su camino en la fe y en el amor tienen aquí sus raíces y su contexto. En el primer libro de la obra *Liber specialis gratiae*, las redactoras recogen las confidencias de Matilde articuladas a lo largo de las fiestas del Señor, de los santos y, de modo especial, de la bienaventurada Virgen. Es impresionante la capacidad que tiene esta santa de vivir la liturgia en sus varios componentes, incluso en los más simples, llevándola a la vida cotidiana monástica. Algunas imágenes, expresiones y aplicaciones a veces resultan ajenas a nuestra sensibilidad, pero, si se considera la vida monástica y su tarea de maestra y directora del coro, se capta su singular capacidad de educadora y formadora, que ayuda a sus hermanas de comunidad a vivir intensamente, partiendo de la liturgia, cada momento de la vida monástica.

En la oración litúrgica, Matilde da particular relieve a las horas canónicas y a la celebración de la santa misa, sobre todo a la santa Comunión. Aquí se extasiaba a menudo en una intimidad profunda con el Señor en su ardientísimo y dulcísimo Corazón, mediante un diálogo estupendo, en el que pedía la iluminación interior, mientras intercedía de modo especial por su comunidad y sus hermanas. En el centro, están

los misterios de Cristo, a los cuales la Virgen María remite constantemente para avanzar por el camino de la santidad: «Si deseas la verdadera santidad, está cerca de mi Hijo; él es la santidad misma que santifica todas las cosas» (*ib.*, I, 40). En esta intimidad con Dios está presente el mundo entero, la Iglesia, los bienhechores, los pecadores. Para ella, el cielo y la tierra se unen.

Sus visiones, sus enseñanzas y las vicisitudes de su existencia se describen con expresiones que evocan el lenguaje litúrgico y bíblico. Así se capta su profundo conocimiento de la Sagrada Escritura, que era su pan diario. A ella, recurría constantemente, ya sea valorando los textos bíblicos leídos en la liturgia, ya sea tomando símbolos, términos, paisajes, imágenes y personajes. Tenía predilección por el Evangelio: «Las palabras del Evangelio eran para ella un alimento maravilloso y suscitaban en su corazón sentimientos de tanta dulzura, que muchas veces por el entusiasmo no podía terminar su lectura... El modo como leía esas palabras era tan ferviente, que suscitaba devoción en todos. De igual modo, cuando cantaba en el coro estaba totalmente absorta en Dios, embargada por tal ardor que a veces manifestaba sus sentimientos mediante gestos... Otra veces, como en éxtasis, no oía a quienes la llamaban o la movían, y de mal grado retomaba el sentido de las cosas exteriores» (*ib.*, VI, 1). En una de sus visiones, es Jesús mismo quien le recomienda el Evangelio; abriéndole la

llaga de su dulcísimo Corazón, le dice: «Considera qué inmenso es mi amor: si quieres conocerlo bien, en ningún lugar lo encontrarás expresado más claramente que en el Evangelio. Nadie ha oído jamás expresar sentimientos más fuertes y más tiernos que estos: *Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros (Joan. XV, 9)*» (*ib.*, I, 22).

Queridos amigos, la oración personal y litúrgica, especialmente la liturgia de las Horas y la santa misa son el fundamento de la experiencia espiritual de santa Matilde de Hackeborn. Dejándose guiar por la Sagrada Escritura y alimentada con el Pan eucarístico, recorrió un camino de íntima unión con el Señor, siempre en plena fidelidad a la Iglesia. Esta es también para nosotros una fuerte invitación a intensificar nuestra amistad con el Señor, sobre todo a través de la oración diaria y la participación atenta, fiel y activa en la santa misa. La liturgia es una gran escuela de espiritualidad.

Su discípula Gertrudis describe con expresiones intensas los últimos momentos de la vida de santa Matilde de Hackeborn, durísimos, pero iluminados por la presencia de la santísima Trinidad, del Señor, de la Virgen María y de todos los santos, incluso de su hermana de sangre Gertrudis. Cuando llegó la hora en que el Señor quiso llamarla a sí, ella le pidió poder vivir todavía en el sufrimiento por la salvación de las almas, y Jesús se complació con este ulterior signo de amor.

Matilde tenía 58 años. Recorrió el último tramo de camino caracterizado por ocho años de graves enfermedades. Su obra y su fama de santidad se difundieron ampliamente. Al llegar su hora, «el Dios de majestad..., única suavidad del alma que lo ama..., le cantó: *Venite vos, benedicti Patris mei... Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino...*, y la asoció a su gloria» (*ib.*, VI, 8).

Santa Matilde de Hackeborn nos encomienda al sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen María. Nos invita a alabar al Hijo con el corazón de la Madre y a alabar a María con el corazón del Hijo: «Te saludo, oh Virgen veneradísima, en ese dulcísimo rocío que desde el corazón de la santísima Trinidad se difundió en ti; te saludo en la gloria y el gozo con que ahora te alegras eternamente, tú que preferida entre todas las criaturas de la tierra y del cielo fuiste elegida incluso antes de la creación del mundo. Amén» (*ib.*, i, 45).

Plaza de San Pedro. Miércoles, 6 de octubre de 2010.

Santa Gertrudis

Queridos hermanos y hermanas:

Santa Gertrudis la Grande, de quien quiero hablaros hoy, nos lleva también esta semana al monasterio de Helfta, donde nacieron algunas obras maes-

tras de la literatura religiosa femenina latino-alemana. A este mundo, pertenece Gertrudis, una de las místicas más famosas, la única mujer de Alemania que recibió el apelativo de «Grande», por su talla cultural y evangélica: con su vida y su pensamiento influyó de modo singular en la espiritualidad cristiana. Es una mujer excepcional, dotada de particulares talentos naturales y de extraordinarios dones de gracia, de profundísima humildad y ardiente celo por la salvación del prójimo, de íntima comunión con Dios en la contemplación y de prontitud a la hora de socorrer a los necesitados.

En Helfta, se confronta, por decirlo así, sistemáticamente con su maestra Matilde de Hackeborn, de la que hablé en la audiencia del miércoles pasado; entra en relación con Matilde de Magdeburgo, otra mística medieval; crece bajo el cuidado maternal, dulce y exigente, de la abadesa Gertrudis. De estas tres hermanas, adquiere tesoros de experiencia y sabiduría; los elabora en una síntesis propia, recorriendo su itinerario religioso con una confianza ilimitada en el Señor. Expresa la riqueza de la espiritualidad no sólo de su mundo monástico, sino también y sobre todo del bíblico, litúrgico, patristico y benedictino, con un sello personalísimo y con gran eficacia comunicativa.

Nace el 6 de enero de 1256, fiesta de la Epifanía, pero no se sabe nada ni de sus padres ni del lugar de su nacimiento. Gertrudis escribe que el Señor mis-

mo le desvela el sentido de su primer desarraigo: «La he elegido como morada mía porque me complace que todo lo que hay de amable en ella sea obra mía (...). Precisamente por esta razón la alejé de todos sus parientes, para que nadie la amara por razón de consanguinidad y yo fuera el único motivo del afecto que se le tiene» (*Le rivelazioni*, I, 16, Siena 1994, pp. 76-77).

A los cinco años de edad, en 1261, entra en el monasterio, como era habitual en aquella época, para la formación y el estudio. Allí transcurre toda su existencia, de la cual ella misma señala las etapas más significativas. En sus memorias, recuerda que el Señor la previno con longánima paciencia e infinita misericordia, olvidando los años de la infancia, la adolescencia y la juventud, transcurridos «en tal ofuscamiento de la mente que habría sido capaz (...) de pensar, decir o hacer sin ningún remordimiento todo lo que me hubiese gustado y donde hubiera podido, si tú no me hubieses prevenido, tanto con un horror innato del mal y una inclinación natural por el bien, como con la vigilancia externa de los demás. Me habría comportado como una pagana (...) y esto aunque tú quisiste que desde la infancia, es decir, desde que yo tenía cinco años, habitara en el santuario bendito de la religión para que allí me educaran entre tus amigos más devotos» (*ib.*, II, 23, 140 s).

Gertrudis es una estudiante extraordinaria; aprende todo lo que se puede

aprender de las ciencias del trívio y del cuádrivio, la formación de su tiempo; se siente fascinada por el saber y se entrega al estudio profano con ardor y tenacidad, consiguiendo éxitos escolares más allá de cualquier expectativa. Si bien no sabemos nada de sus orígenes, ella nos dice mucho de sus pasiones juveniles: la cautivan la literatura, la música y el canto, así como el arte de la miniatura; tiene un carácter fuerte, decidido, inmediato, impulsivo; con frecuencia dice que es negligente; reconoce sus defectos y pide humildemente perdón por ellos. Con humildad, pide consejo y oraciones por su conversión. Hay rasgos de su temperamento y defectos que la acompañarán hasta el final, tanto que asombran a algunas personas que se preguntan cómo podía sentir preferencia por ella el Señor.

De estudiante, pasa a consagrarse totalmente a Dios en la vida monástica y durante veinte años no sucede nada excepcional: el estudio y la oración son su actividad principal. Destaca entre sus hermanas por sus dotes; es tenaz en consolidar su cultura en varios campos. Pero durante el Adviento de 1280 comienza a sentir disgusto de todo esto, se percata de su vanidad y el 27 de enero de 1281, pocos días antes de la fiesta de la Purificación de la Virgen, por la noche, hacia la hora de Completas, el Señor ilumina sus densas tinieblas. Con suavidad y dulzura calma la turbación que la angustia, turbación que Gertrudis ve incluso como un don de Dios «para abatir esa torre de vanidad y

de curiosidad que, aun llevando -¡ay de mí!- el nombre y el hábito de religiosa, yo había ido levantando con mi soberbia, a fin de que pudiera encontrar así al menos el camino para mostrarme tu salvación» (*ib.*, II, 1, p. 87). Tiene la visión de un joven que la guía a superar la maraña de espinas que oprime su alma, tomándola de la mano. En aquella mano Gertrudis reconoce «la preciosa huella de las llagas que han anulado todos los actos de acusación de nuestros enemigos» (*ib.*, II, 1, p. 89), reconoce a Aquel que en la cruz nos salvó con su sangre, Jesús.

Desde ese momento, se intensifica su vida de comunión íntima con el Señor, sobre todo en los tiempos litúrgicos más significativos -Adviento-Navidad, Cuaresma-Pascua, fiestas de la Virgen-incluso cuando no podía acudir al coro por estar enferma. Es el mismo *humus* litúrgico de Matilde, su maestra, que Gertrudis, sin embargo, describe con imágenes, símbolos y términos más sencillos y claros, más realistas, con referencias más directas a la Biblia, a los Padres, al mundo benedictino.

Su biografía indica dos direcciones de la que podríamos definir su particular «conversión»: *en los estudios*, con el paso radical de los estudios humanistas profanos a los teológicos, y *en la observancia monástica*, con el paso de la vida que ella define *negligente* a la vida de oración intensa, mística, con un excepcional celo misionero. El Señor, que la había elegido desde el seno

materno y desde pequeña la había hecho participar en el banquete de la vida monástica, la llama con su gracia «de las cosas externas a la vida interior y de las ocupaciones terrenas al amor de las cosas espirituales». Gertrudis comprende que estaba alejada de él, *en la región de la desemejanza*, como dice ella siguiendo a san Agustín; que se ha dedicado con demasiada avidez a los estudios liberales, a la sabiduría humana, descuidando la ciencia espiritual, privándose del gusto de la verdadera sabiduría; conducida ahora al monte de la contemplación, donde deja al hombre viejo para revestirse del nuevo. «De gramática se convierte en teóloga, con la incansable y atenta lectura de todos los libros sagrados que podía tener o procurarse, llenaba su corazón de las más útiles y dulces sentencias de la Sagrada Escritura. Por eso, tenía siempre lista alguna palabra inspirada y de edificación con la cual satisfacer a quien venía a consultarla, junto con los textos escriturísticos más adecuados para confutar cualquier opinión equivocada y cerrar la boca a sus opositores» (*ib.*, I, 1, p. 25).

Gertrudis transforma todo eso en apostolado: se dedica a escribir y divulgar la verdad de fe con claridad y sencillez, gracia y persuasión, sirviendo con amor y fidelidad a la Iglesia, hasta tal punto que era útil y grata a los teólogos y a las personas piadosas. De esta intensa actividad suya, nos queda poco, entre otras razones por las vicisitudes que llevaron a la destrucción del

monasterio de Helfta. Además del *Heraldo del amor divino* o *Las revelaciones*, nos quedan los *Ejercicios espirituales*, una rara joya de la literatura mística espiritual.

En la observancia religiosa -dice su biógrafa- nuestra santa es «una sólida columna (...), firmísima propugnadora de la justicia y de la verdad» (*ib.*, I, 1, p. 26). Con las palabras y el ejemplo suscita en los demás gran fervor. A las oraciones y las penitencias de la regla monástica añade otras con tal devoción y abandono confiado en Dios, que suscita en quien se encuentra con ella la conciencia de estar en presencia del Señor. Y, de hecho, Dios mismo le hace comprender que la ha llamado a ser instrumento de su gracia. Gertrudis se siente indigna de este inmenso tesoro divino y confiesa que no lo ha custodiado y valorizado. Exclama: «¡Ay de mí! Si tú me hubieses dado por tu recuerdo, indigna como soy, incluso un solo hilo de estopa, habría tenido que mirarlo con mayor respeto y reverencia de la que he tenido por estos dones tuyos» (*ib.*, II, 5, p. 100). Pero, reconociendo su pobreza y su indignidad, se adhiere a la voluntad de Dios, «porque -afirma- he aprovechado tan poco tus gracias que no puedo decidirme a creer que se me hayan dado para mí sola, al no poder nadie frustrar tu eterna sabiduría. Haz, pues, oh Dador de todo bien que me has otorgado gratuitamente dones tan inmerecidos, que, leyendo este escrito, el corazón de al menos uno de tus amigos se conmueva al pensar

que el celo de las almas te ha inducido a dejar durante tanto tiempo una gema de valor tan inestimable en medio del fango abominable de mi corazón» (*Ib.*, II, 5, p. 100 s).

Estima en particular dos favores, más que cualquier otro, como Gertrudis misma escribe: «Los estigmas de tus salutíferas llagas que me imprimiste, como joyas preciosas, en el corazón, y la profunda y saludable herida de amor con la que lo marcaste. Tú me inundaste con tus dones de tanta dicha que, aunque tuviera que vivir mil años sin ninguna consolación ni interna ni externa, su recuerdo bastaría para confortarme, iluminarme y colmarme de gratitud. Quisiste también introducirme en la inestimable intimidad de tu amistad, abriéndome de distintos modos el sagrario nobilísimo de tu divinidad que es tu Corazón divino (...). A este cúmulo de beneficios añadiste el de darme por Abogada a la santísima Virgen María, Madre tuya, y de haberme encomendado a menudo a su afecto como el más fiel de los esposos podría encomendar a su propia madre a su amada esposa» (*Ib.*, ii, 23, p. 145).

Orientada hacia la comunión sin fin, concluye su vida terrena el 17 de noviembre de 1301 ó 1302, a la edad de cerca de 46 años. En el séptimo *Ejercicio*, el de la preparación a la muerte, santa Gertrudis escribe: «Oh Jesús, a quien amo inmensamente, quédate siempre conmigo, para que mi corazón permanezca contigo y tu amor perseve-

re conmigo sin posibilidad de división y tú bendigas mi tránsito, para que mi espíritu, liberado de los lazos de la carne, pueda inmediatamente encontrar descanso en ti. Amén» (*Ejercicios*, Milán 2006, p. 148).

Me parece obvio que éstas no son sólo cosas del pasado, históricas, sino que la existencia de santa Gertrudis sigue siendo una escuela de vida cristiana, de camino recto, y nos muestra que el centro de una vida feliz, de una vida verdadera, es la amistad con Jesús, el Señor. Y esta amistad se aprende en el amor a la Sagrada Escritura, en el amor a la liturgia, en la fe profunda, en el amor a María, para conocer cada vez más realmente a Dios mismo y así la verdadera felicidad, la meta de nuestra vida. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 13 de octubre de 2010.

Beata Ángela de Foligno

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablaros de la beata Ángela de Foligno, una gran mística medieval que vivió en el siglo XIII. Generalmente, uno queda fascinado por las cumbres de la experiencia de unión con Dios que ella alcanzó, pero quizás se consideran demasiado poco sus primeros pasos, su conversión, y el largo camino que la llevó desde el punto de par-

tida, el «gran temor del infierno», hasta la meta, la unión total con la Trinidad. La primera parte de la vida de Ángela ciertamente no es la de una ferviente discípula del Señor. Nació alrededor de 1248 en una familia acomodada, y quedó huérfana de padre; su madre la educó de un modo más bien superficial. Muy pronto fue introducida en los ambientes mundanos de la ciudad de Foligno, donde conoció a un hombre, con quien se casó a los veinte años y del que tuvo hijos. Su vida era despreocupada, tanto que se permitía despreciar a los llamados «penitentes» -que abundaban en esa época-, es decir, a aquéllos que para seguir a Cristo vendían sus bienes y vivían en la oración, en el ayuno, en el servicio a la Iglesia y en la caridad.

Algunos acontecimientos, como el violento terremoto de 1279, un huracán, la añosa guerra contra Perugia y sus duras consecuencias influyen en la vida de Ángela, la cual toma conciencia progresivamente de sus pecados, hasta dar un paso decisivo: invoca a san Francisco, que se le aparece en una visión, para pedirle consejo con vistas a hacer una buena confesión general: estamos en 1285; Ángela se confiesa con un fraile en San Feliciano. Tres años después, su camino de conversión conoce otro viraje: el final de los vínculos afectivos, puesto que, en pocos meses, mueren primero su madre y luego su marido y todos sus hijos. Entonces vende sus bienes y en 1291 entra en la Tercera Orden de San Francisco. Muere en Foligno el 4 de enero de 1309.

El Libro de la beata Ángela de Foligno, en el cual se recoge la documentación sobre nuestra beata, relata esta conversión; indica los medios necesarios: la penitencia, la humildad y las tribulaciones; y narra sus pasos, el sucederse de las experiencias de Ángela, que comienzan en 1285. Recordándolas, después de haberlas vivido, trató de contarlas a través del fraile confesor, quien las transcribió fielmente intentando después organizarlas por etapas, que llamó «pasos o mutaciones», pero sin lograr ordenarlas plenamente (cf. *Il Libro della beata Angela da Foligno*, Cinisello Balsamo 1990, p. 51). Esto se debió a que para la beata Ángela la experiencia de unión es una implicación total de los sentidos espirituales y corporales; y de lo que ella «comprende» durante sus éxtasis sólo queda, por decirlo así, una «sombra» en su mente. «Oí realmente estas palabras -confiesa después de un éxtasis místico-, pero lo que vi y comprendí, y que él [es decir, Dios] me mostró, de ningún modo sé o puedo decirlo, aunque revelaría de buen grado lo que entendí con las palabras que oí, pero fue un abismo absolutamente inefable». Ángela de Foligno presenta sus «vivencias» místicas, sin elaborarlas con la mente, porque son iluminaciones divinas que se comunican a su alma de modo improvisado e inesperado. Al mismo fraile confesor, le cuesta referir esos acontecimientos, «también a causa de su gran y admirable discreción respecto a los dones divinos» (*ib.*, p. 194). A la dificultad de Ángela de expresar su experiencia mística se añade además

la dificultad para sus oyentes de comprenderla. Una situación que indica con claridad que el único y verdadero Maestro, Jesús, vive en el corazón de todo creyente y desea tomar total posesión de él. Así es para Ángela, que escribía a uno de sus hijos espirituales: «Hijo mío, si vieras mi corazón, te sentirías absolutamente obligado a hacer todas las cosas que Dios quiere, porque mi corazón es el de Dios y el corazón de Dios es el mío». Resuenan aquí las palabras de san Pablo: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Ga 2, 20*).

Consideremos sólo algún «paso» del rico camino espiritual de nuestra beata. El primero, en realidad, es una premisa: «Fue el conocimiento del pecado -como ella precisa- a consecuencia del cual el alma tuvo un gran temor de condenarse; en este paso lloró amargamente» (*Il Libro della beata Angela da Foligno*, p. 39). Este «temor» del infierno responde al tipo de fe que Ángela tenía en el momento de su «conversión»; una fe todavía pobre en caridad, es decir, en amor a Dios. Arrepentimiento, miedo del infierno y penitencia abren a Ángela la perspectiva del doloroso «camino de la cruz» que, del octavo al decimoquinto paso, la llevará después al «camino del amor». Narra el fraile confesor: «La feligresa me dijo entonces: He tenido esta revelación divina: “Después de las cosas que ha escrito, haga escribir que quien quiera conservar la gracia no debe apartar los ojos del alma de la cruz, tanto en la alegría

como en la tristeza que le concedo o permito”» (*ib.*, p. 143). Pero en esta fase Ángela todavía «no siente amor»; afirma: «El alma siente vergüenza y aflicción, y no experimenta todavía el amor, sino el dolor» (*ib.*, p. 39), y está insatisfecha.

Ángela siente que debe dar algo a Dios para reparar sus pecados, pero lentamente comprende que no tiene nada que darle, es más, que es «nada» ante él; comprende que su voluntad no le puede dar el amor de Dios, porque sólo puede darle su «nada», el «no amor». Como ella dirá: sólo «el amor verdadero y puro, que viene de Dios, está en el alma y hace que reconozca sus defectos y la bondad divina (...). Ese amor lleva el alma a Cristo y ella comprende con seguridad que no puede verificarse o existir ningún engaño. Con este amor, no se puede mezclar algo del amor del mundo» (*ib.*, pp. 124-125). Abrirse sólo y totalmente al amor de Dios, que tiene su máxima expresión en Cristo: «Oh Dios mío -reza- hazme digna de conocer el altísimo misterio, que tu fervorósimo e inefable amor realizó, junto con el amor de la Trinidad, es decir, el altísimo misterio de tu santísima encarnación por nosotros. (...) ¡Oh incomprensible amor! Por encima de este amor, que llevó a mi Dios a hacerse hombre para hacerme Dios, no existe amor más grande» (*ib.*, p. 295). Sin embargo, el corazón de Ángela lleva siempre las heridas del pecado; incluso después de una confesión bien hecha, se encontraba perdonada y

todavía afligida por el pecado, libre y condicionada por el pasado, absuelta pero necesitada de penitencia. Y también la acompaña el pensamiento del infierno porque cuanto más progresa el alma por el camino de la perfección cristiana, tanto más se convence no sólo de ser «indigna», sino de ser merecedora del infierno.

Así, en su camino místico, Ángela comprende de modo profundo la realidad central: lo que la salvará de su «indignidad» y de «merecer el infierno» no será su «unión con Dios» y el poseer la «verdad», sino Jesús crucificado, «su crucifixión por mí», su amor. En el octavo paso, dice: «Todavía no entendía si era un bien mayor mi liberación de los pecados y del infierno y la conversión a penitencia, o su crucifixión por mí» (*ib.*, p. 41). Es el inestable equilibrio entre amor y dolor, que percibió en todo su difícil camino hacia la perfección. Precisamente por esto prefiere contemplar a Cristo crucificado, porque en esa visión ve realizado el perfecto equilibrio: en la cruz está el hombre-Dios, en un acto supremo de sufrimiento, que es un acto supremo de amor. En la tercera *Instrucción* la beata insiste en esta contemplación y afirma: «Cuánto más perfecta y puramente vemos, tanto más perfecta y puramente amamos. (...) Por eso, cuánto más vemos al Dios y hombre Jesucristo, tanto más somos transformados en él mediante el amor. (...) Lo que he dicho del amor (...) lo digo también del dolor: el alma cuánto más

contempla el inefable dolor del Dios y hombre Jesucristo, tanto más se entristece y se transforma en dolor» (*ib.*, pp. 190-191). Ensimismarse, transformarse en el amor y en los sufrimientos de Cristo crucificado, identificarse con él. La conversión de Ángela, que comienza con la confesión de 1285, llegará a su madurez sólo cuando el perdón de Dios aparecerá ante su alma como el don gratuito de amor del Padre, fuente de amor: «Nadie tiene excusa -afirma- porque cualquiera puede amar a Dios, y él no pide al alma sino que lo quiera, porque él la ama y es su amor» (*ib.*, p. 76).

En el itinerario espiritual de Ángela el paso de la conversión a la experiencia mística, de lo que se puede expresar a lo inexpresable, se realiza a través del Crucificado. El «Dios-hombre de la Pasión» se convierte en su «maestro de perfección». Toda su experiencia mística es, por tanto, tender a una « semejanza » perfecta con él, mediante purificaciones y transformaciones cada vez más profundas y radicales. A esta estupenda empresa, Ángela se entrega totalmente, en cuerpo y alma, sin escatimar penitencias ni tribulaciones del principio al fin, deseando morir con todos los dolores sufridos por el Dios-hombre crucificado para ser transformada totalmente en él: «Oh hijos de Dios -recomendaba- transformaos totalmente en el Dios-hombre de la Pasión, que os amó tanto que se dignó morir por vosotros con una muerte ignominiosísima y del todo inefable-

mente dolorosa y de modo muy penoso y amargo. ¡Esto sólo por amarte a ti, oh hombre!» (*ib.*, p. 247). Esta identificación significa también vivir lo que Jesús vivió: pobreza, desprecio, dolor, porque -como ella afirma- «mediante la pobreza temporal el alma encontrará riquezas eternas; mediante el desprecio y la vergüenza obtendrá sumo honor y grandísima gloria; mediante poca penitencia hecha con pena y dolor, poseerá con infinita dulzura y consolación el Sumo Bien, Dios eterno» (*ib.*, p. 293).

De la conversión a la unión mística con Cristo crucificado, a lo inexpresable. Un camino altísimo, cuyo secreto es la oración constante: «Cuánto más reces -afirma- tanto más serás iluminado; cuánto más seas iluminado, tanto más profunda e intensamente verás el Sumo Bien, el Ser sumamente bueno; cuánto más profunda e intensamente lo veas, tanto más lo amarás; cuánto más lo ames, tanto más te deleitará; y cuánto más te deleite, tanto más lo comprenderás y serás capaz de entenderlo. Sucesivamente llegarás a la plenitud de la luz, porque entenderás que no puedes comprender» (*ib.*, p. 184).

Queridos hermanos y hermanas, la vida de la beata Ángela comienza con una existencia mundana, bastante alejada de Dios. Pero el encuentro con la figura de san Francisco y, por último, el encuentro con Cristo crucificado despierta el alma para la presencia de Dios, para el hecho de que sólo con Dios la vida es verdadera vida, porque

en el dolor por el pecado se convierte en amor y alegría. Así nos habla a nosotros la beata Ángela. Hoy todos corremos el peligro de vivir como si Dios no existiera: parece muy lejano de la vida actual. Pero Dios tiene mil maneras, para cada uno la suya, de hacerse presente en el alma, de mostrar que existe y me conoce y me ama. Y la beata Ángela quiere que estemos atentos a estos signos con los que el Señor nos toca al alma, que estemos atentos a la presencia de Dios, para aprender así el camino con Dios y hacia Dios, en la comunión con Cristo crucificado. Pidamos al Señor que nos haga estar atentos a los signos de su presencia, que nos enseñe a vivir realmente. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 20 de octubre de 2010.

Santa Isabel de Hungría

Hoy quiero hablaros de una de las mujeres del Medievo que ha suscitado mayor admiración; se trata de santa Isabel de Hungría, también llamada Isabel de Turingia.

Nació en 1207; los historiadores discuten sobre el lugar. Su padre era Andrés II, rico y poderoso rey de Hungría, el cual, para reforzar los vínculos políticos, se había casado con la condesa alemana Gertrudis de Andechs-Merano, hermana de santa Eduvigis, la cual era esposa del duque de Silesia.

Isabel vivió en la corte húngara sólo los primeros cuatro años de su infancia, junto a una hermana y tres hermanos. Le gustaban los juegos, la música y la danza; rezaba con fidelidad sus oraciones y ya mostraba una atención especial por los pobres, a quienes ayudaba con una buena palabra o con un gesto afectuoso.

Su niñez feliz se interrumpió bruscamente cuando, de la lejana Turingia, llegaron unos caballeros para llevarla a su nueva sede en Alemania central. En efecto, según las costumbres de aquel tiempo, su padre había decidido que Isabel se convirtiera en princesa de Turingia. El landgrave o conde de aquella región era uno de los soberanos más ricos e influyentes de Europa a comienzos del siglo XIII, y su castillo era centro de magnificencia y de cultura. Pero detrás de las fiestas y de la aparente gloria se escondían las ambiciones de los príncipes feudales, con frecuencia en guerra entre sí y en conflicto con las autoridades reales e imperiales. En este contexto, el landgrave Hermann acogió de muy buen grado el noviazgo entre su hijo Luis y la princesa húngara. Isabel dejó su patria con una rica dote y un gran séquito, incluidas sus doncellas personales, dos de las cuales fueron amigas fieles hasta el final. Son ellas quienes nos han dejado valiosas informaciones sobre la infancia y la vida de la santa.

Tras un largo viaje llegaron a Eisenach, para subir después a la fortaleza de

Wartburg, el recio castillo que domina la ciudad. Allí se celebró el compromiso entre Luis e Isabel. En los años sucesivos, mientras Luis aprendía el oficio de caballero, Isabel y sus compañeras estudiaban alemán, francés, latín, música, literatura y bordado. Pese a que el noviazgo se había decidido por motivos políticos, entre los dos jóvenes nació un amor sincero, animado por la fe y el deseo de hacer la voluntad de Dios. A la edad de 18 años, Luis, después de la muerte de su padre, comenzó a reinar en Turingia. Pero Isabel se convirtió en objeto de solapadas críticas, porque su modo de comportarse no correspondía a la vida de corte. Así, incluso la celebración del matrimonio no fue suntuosa y el dinero de los costes del banquete se dio en parte a los pobres. En su profunda sensibilidad, Isabel veía las contradicciones entre la fe profesada y la práctica cristiana. No soportaba componendas. Una vez, entrando en la iglesia en la fiesta de la Asunción, se quitó la corona, la puso ante la cruz y permaneció postrada en el suelo con el rostro cubierto. Cuando su suegra la reprendió por ese gesto, ella respondió: «¿Cómo puedo yo, criatura miserable, seguir llevando una corona de dignidad terrena, cuando veo a mi Rey Jesucristo coronado de espinas?». Se comportaba con sus súbditos del mismo modo que se comportaba delante de Dios. En las *Declaraciones de las cuatro doncellas* encontramos este testimonio: «No consumía alimentos si antes no estaba segura de que provenían de las propiedades y de los legítimos bienes de su marido.

En cambio, se abstenía de los bienes conseguidos ilícitamente, y se preocupaba incluso por indemnizar a aquéllos que habían sufrido violencia» (nn. 25 y 37). Un verdadero ejemplo para todos aquellos que ocupan cargos de mando: el ejercicio de la autoridad, a todos los niveles, debe vivirse como un servicio a la justicia y a la caridad, en la búsqueda constante del bien común.

Isabel practicaba asiduamente las obras de misericordia: daba de beber y de comer a quien llamaba a su puerta, proporcionaba vestidos, pagaba las deudas, se hacía cargo de los enfermos y enterraba a los muertos. Bajando de su castillo, a menudo iba con sus doncellas a las casas de los pobres, les llevaba pan, carne, harina y otros alimentos. Entregaba los alimentos personalmente y controlaba con atención los vestidos y las camas de los pobres. Cuando refirieron este comportamiento a su marido, éste no sólo no se disgustó, sino que respondió a los acusadores: «Mientras no me venda el castillo, me alegro». En este contexto, se sitúa el milagro del pan transformado en rosas: mientras Isabel iba por la calle con su delantal lleno de pan para los pobres, se encontró con su marido que le preguntó qué llevaba. Ella abrió el delantal y, en lugar de pan, aparecieron magníficas rosas. Este símbolo de caridad está presente muchas veces en las representaciones de santa Isabel.

Su matrimonio fue profundamente feliz: Isabel ayudaba a su esposo a

elevant sus cualidades humanas a nivel sobrenatural, y él, en cambio, protegía a su mujer en su generosidad hacia los pobres y en sus prácticas religiosas. Cada vez más admirado de la gran fe de su esposa, Luis, refiriéndose a su atención por los pobres, le dijo: «Querida Isabel, es a Cristo a quien has lavado, alimentado y cuidado». Un testimonio claro de cómo la fe y el amor a Dios y al prójimo refuerzan la vida familiar y hacen todavía más profunda la unión matrimonial.

La joven pareja encontró apoyo espiritual en los Frailes Menores, que, desde 1222, se difundieron en Turingia. Entre ellos, Isabel eligió a fray Rogelio (Rüdiger) como director espiritual. Cuando éste le contó la historia de la conversión del joven y rico comerciante Francisco de Asís, Isabel se entusiasmó todavía más en su camino de vida cristiana. Desde aquel momento, siguió con más decisión aún a Cristo pobre y crucificado, presente en los pobres. Incluso cuando nació su primer hijo, al que siguieron después otros dos, nuestra santa no abandonó nunca sus obras de caridad. Además ayudó a los Frailes Menores a construir un convento en Halberstadt, del cual fray Rogelio se convirtió en superior. La dirección espiritual de Isabel pasó, así, a Conrado de Marburgo.

Una dura prueba fue el adiós a su marido, a finales de junio de 1227

cuando Luis IV se unió a la cruzada del emperador Federico II, recordando a su esposa que se trataba de una tradición para los soberanos de Turingia. Isabel respondió: «No te retendré. He entregado toda mi persona a Dios y ahora también tengo que darte a ti». Sin embargo, la fiebre diezmo las tropas y Luis cayó enfermo y murió en Otranto, antes de embarcarse, en septiembre de 1227, a la edad de veintisiete años. Isabel, al conocer la noticia, se afligió tanto que se retiró a la soledad, pero después, fortalecida por la oración y consolada por la esperanza de volver a verlo en el cielo, comenzó a interesarse de nuevo por los asuntos del reino. Pero la esperaba otra prueba: su cuñado usurpó el gobierno de Turingia, declarándose auténtico heredero de Luis y acusando a Isabel de ser una mujer devota incompetente para gobernar. La joven viuda, junto con sus tres hijos, fue expulsada del castillo de Wartburg y buscó un lugar donde refugiarse. Sólo dos de sus doncellas permanecieron a su lado, la acompañaron y confiaron a los tres hijos a los cuidados de los amigos de Luis. Peregrinando por las aldeas, Isabel trabajaba donde recibía acogida, asistía a los enfermos, hilaba y cosía. Durante este calvario, soportado con gran fe, con paciencia y entrega a Dios, algunos parientes, que le seguían siendo fieles y consideraban ilegítimo el gobierno de su cuñado, rehabilitaron su nombre. Así Isabel, a principios de 1228, pudo recibir una renta apropiada para retirarse en

el castillo de la familia en Marburgo, donde vivía también su director espiritual Conrado. Fue él quien refirió al Papa Gregorio IX el siguiente hecho: «El viernes santo de 1228, poniendo las manos sobre el altar de la capilla de su ciudad, Eisenach, donde había acogido a los Frailes Menores, en presencia de algunos frailes y familiares, Isabel renunció a su propia voluntad y a todas las vanidades del mundo. Quería renunciar también a todas las posesiones, pero yo la disuadí por amor de los pobres. Poco después construyó un hospital, recogió a enfermos e inválidos y sirvió en su propia mesa a los más miserables y desamparados. Al reprenderla yo por estas cosas, Isabel respondió que de los pobres recibía una gracia especial y humildad» (*Epistula magistri Conradi*, 14-17).

Podemos descubrir en esta afirmación una cierta experiencia mística parecida a la que vivió san Francisco: en efecto, el *Poverello* de Asís declaró en su testamento que, sirviendo a los leprosos, lo que antes le resultaba amargo se transformó en dulzura del alma y del cuerpo (*Testamentum*, 1-3). Isabel pasó los últimos tres años de su vida en el hospital que ella misma había fundado, sirviendo a los enfermos, velando por los moribundos. Siempre trataba de realizar los servicios más humildes y los trabajos repugnantes. Se convirtió en lo que podríamos llamar una mujer consagrada en medio del mundo (*soror in saeculo*) y formó,

con algunas de sus amigas, vestidas con hábitos grises, una comunidad religiosa. No es casualidad que sea patrona de la Tercera Orden Regular de San Francisco y de la Orden Franciscana Secular.

En noviembre de 1231, la atacaron fuertes fiebres. Cuando la noticia de su enfermedad se propagó, muchísima gente acudió a verla. Unos diez días después, pidió que se cerraran las puertas, para quedarse sola con Dios. En la noche del 17 de noviembre, se durmió dulcemente en el Señor. Los testimonios de su santidad fueron tantos y tales que, sólo cuatro años más tarde, el Papa Gregorio IX la proclamó santa y, el mismo año, fue consagrada la hermosa iglesia construida en su honor en Marburgo.

Queridos hermanos y hermanas, en la figura de santa Isabel vemos que la fe y la amistad con Cristo crean el sentido de la justicia, de la igualdad de todos, de los derechos de los demás, y crean el amor, la caridad. Y de esta caridad nace también la esperanza, la certeza de que Cristo nos ama y de que el amor de Cristo nos espera y así nos hace capaces de imitar a Cristo y de ver a Cristo en los demás. Santa Isabel nos invita a redescubrir a Cristo, a amarlo, a tener fe y de este modo a encontrar la verdadera justicia y el amor, así como la alegría de que un día estaremos inmersos en el amor divino, en el gozo de la eternidad con Dios. Gracias.

CARTAS

***Carta del Papa, Benedicto XVI,
a los seminaristas****Queridos seminaristas:*

En diciembre de 1944, cuando me llamaron al servicio militar, el comandante de la compañía nos preguntó a cada uno qué queríamos ser en el futuro. Respondí que quería ser sacerdote católico. El subteniente replicó: Entonces tiene usted que buscarse otra cosa. En la nueva Alemania ya no hay necesidad de curas. Yo sabía que esta “nueva Alemania” estaba llegando a su fin y, que después de las devastaciones tan enormes que aquella locura había traído al País, habría más que nunca necesidad de sacerdotes. Hoy la situación es completamente distinta. Pero también ahora hay mucha gente que, de una u otra forma, piensa que el sacerdocio católico no es una “profesión” con futuro, sino que pertenece más bien al pasado. Vosotros, queridos amigos, habéis decidido entrar en el seminario y, por tanto, os habéis puesto en camino hacia el ministerio sacerdotal en la Iglesia católica, en contra de estas objeciones y opiniones. Habéis hecho bien. Porque los hombres, también en la época del dominio tecnológico del mundo y de la globalización, seguirán teniendo necesidad de Dios, del Dios manifestado en Jesucristo y que nos reúne en la Iglesia universal, para aprender con Él y por medio de Él la vida verdadera, y tener presentes

y operativos los criterios de una humanidad verdadera. Donde el hombre ya no percibe a Dios, la vida se queda vacía; todo es insuficiente. El hombre busca después refugio en el alcohol o en la violencia, que cada vez amenaza más a la juventud. Dios está vivo. Nos ha creado y, por tanto, nos conoce a todos. Es tan grande que tiene tiempo para nuestras pequeñas cosas: “Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados”. Dios está vivo, y necesita hombres que vivan para Él y que lo lleven a los demás. Sí, tiene sentido ser sacerdote: el mundo, mientras exista, necesita sacerdotes y pastores, hoy, mañana y siempre.

El seminario es una comunidad en camino hacia el servicio sacerdotal. Con esto, ya he dicho algo muy importante: no se llega a ser sacerdote solo. Hace falta la “comunidad de discípulos”, el grupo de los que quieren servir a la Iglesia de todos. Con esta carta, quisiera poner de relieve -mirando también hacia atrás, a mis días en el seminario- algunos elementos importantes para estos años en los que os encontráis en camino.

1. Quien quiera ser sacerdote debe ser sobre todo un “hombre de Dios”, como lo describe san Pablo (*1 Tm* 6,11). Para nosotros, Dios no es una hipótesis lejana, no es un desconocido que se ha retirado después del “big bang”. Dios se ha manifestado en Je-

sucristo. En el rostro de Jesucristo, vemos el rostro de Dios. En sus palabras escuchamos al mismo Dios que nos habla. Por eso, lo más importante en el camino hacia el sacerdocio, y durante toda la vida sacerdotal, es la relación personal con Dios en Jesucristo. El sacerdote no es el administrador de una asociación, que intenta mantenerla e incrementar el número de sus miembros. Es el mensajero de Dios entre los hombres. Quiere llevarlos a Dios, y que así crezca la comunión entre ellos. Por esto, queridos amigos, es tan importante que aprendáis a vivir en contacto permanente con Dios. Cuando el Señor dice: “Orad en todo momento”, lógicamente no nos está pidiendo que recitemos continuamente oraciones, sino que nunca perdamos el trato interior con Dios. Ejercitarse en este trato es el sentido de nuestra oración. Por esto es importante que el día se inicie y concluya con la oración. Que escuchemos a Dios en la lectura de la Escritura. Que le contemos nuestros deseos y esperanzas, nuestras alegrías y sufrimientos, nuestros errores y nuestra gratitud por todo lo bueno y bello, y que de esta manera esté siempre ante nuestros ojos como punto de referencia en nuestra vida. Así nos hacemos más sensibles a nuestros errores y aprendemos a esforzarnos por mejorar; pero, además, nos hacemos más sensibles a todo lo hermoso y bueno que recibimos cada día como si fuera algo obvio, y crece nuestra gratitud. Y con la gratitud aumenta la alegría porque Dios está cerca de nosotros y podemos servirlo.

2. Para nosotros, Dios no es sólo una palabra. En los sacramentos, Él se nos da en persona, a través de realidades corporales. La Eucaristía es el centro de nuestra relación con Dios y de la configuración de nuestra vida. Celebrarla con participación interior y encontrar de esta manera a Cristo en persona, debe ser el centro de cada una de nuestras jornadas. San Cipriano ha interpretado la petición del Evangelio: “Danos hoy nuestro pan de cada día”, diciendo, entre otras cosas, que “nuestro” pan, el pan que como cristianos recibimos en la Iglesia, es el mismo Señor Sacramentado. En la petición del Padrenuestro, pedimos, por tanto, que Él nos dé cada día este pan “nuestro”; que éste sea siempre el alimento de nuestra vida. Que Cristo resucitado, que se nos da en la Eucaristía, modele de verdad toda nuestra vida con el esplendor de su amor divino. Para celebrar bien la Eucaristía, es necesario también que aprendamos a conocer, entender y amar la liturgia de la Iglesia en su expresión concreta. En la liturgia rezamos con los fieles de todos los tiempos: pasado, presente y futuro se suman a un único y gran coro de oración. Por mi experiencia personal, puedo afirmar que es entusiasmante aprender a entender poco a poco cómo todo esto ha ido creciendo, cuánta experiencia de fe hay en la estructura de la liturgia de la Misa, cuántas generaciones con su oración la han ido formando.

3. También es importante el sacramento de la Penitencia. Me enseña a

mirarme con los ojos de Dios, y me obliga a ser honesto conmigo mismo. Me lleva a la humildad. El Cura de Ars dijo en una ocasión: Pensáis que no tiene sentido recibir la absolución hoy, sabiendo que mañana cometeréis nuevamente los mismos pecados. Pero -nos dice- Dios mismo olvida en ese momento los pecados de mañana, para daros su gracia hoy. Aunque tengamos que combatir continuamente los mismos errores, es importante luchar contra el ofuscamiento del alma y la indiferencia que se resigna ante el hecho de que somos así. Es importante mantenerse en camino, sin ser escrupulosos, teniendo conciencia agradecida de que Dios siempre está dispuesto al perdón. Pero también sin la indiferencia, que nos hace abandonar la lucha por la santidad y la superación. Cuando recibo el perdón, aprendo también a perdonar a los demás. Reconociendo mi miseria, llego también a ser más tolerante y comprensivo con las debilidades del prójimo.

4. Sabed apreciar también la piedad popular, que es diferente en las diversas culturas, pero que a fin de cuentas es también muy parecida, pues el corazón del hombre después de todo es el mismo. Es cierto que la piedad popular puede derivar hacia lo irracional y quizás también quedarse en lo externo. Sin embargo, excluirla es completamente erróneo. A través de ella, la fe ha entrado en el corazón de los hombres, formando parte de sus sentimientos, costumbres, sentir y vivir común. Por

eso, la piedad popular es un gran patrimonio de la Iglesia. La fe se ha hecho carne y sangre. Ciertamente, la piedad popular tiene siempre que purificarse y apuntar al centro, pero merece todo nuestro aprecio, y hace que nosotros mismos nos integremos plenamente en el “Pueblo de Dios”.

5. El tiempo en el seminario es también, y sobre todo, tiempo de estudio. La fe cristiana tiene una dimensión racional e intelectual esencial. Sin esta dimensión, no sería ella misma. Pablo habla de un “modelo de doctrina”, a la que fuimos entregados en el bautismo (*Rm* 6,17). Todos conocéis las palabras de san Pedro, consideradas por los teólogos medievales como justificación de una teología racional y elaborada científicamente: “Estad siempre prontos para dar razón (*logos*) de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere” (*1 P* 3,15). Una de las tareas principales de los años de seminario es capacitaros para dar dichas razones. Os ruego encarecidamente: Estudiad con tesón. Aprovechad los años de estudio. No os arrepentiréis. Es verdad que a veces las materias de estudio parecen muy lejanas de la vida cristiana real y de la atención pastoral. Sin embargo, es un gran error plantear de entrada la cuestión en clave pragmática: ¿Me servirá esto para el futuro? ¿Me será de utilidad práctica, pastoral? Desde luego, no se trata solamente de aprender las cosas meramente prácticas, sino de conocer y comprender la estructura interna de la fe en su totalidad, de manera que se

convierta en una respuesta a las preguntas de los hombres, que aunque aparentemente cambian en cada generación, en el fondo son las mismas. Por eso, es importante ir más allá de las cuestiones coyunturales para captar cuáles son precisamente las verdaderas preguntas y poder entender también así las respuestas como auténticas repuestas. Es importante conocer a fondo la Sagrada Escritura en su totalidad, en su unidad entre Antiguo y Nuevo Testamento: la formación de los textos, su peculiaridad literaria, la composición gradual de los mismos hasta formar el canon de los libros sagrados, la unidad de su dinámica interna que no se aprecia a primera vista, pero que es la única que da sentido pleno a cada uno de los textos. Es importante conocer a los Padres y los grandes Concilios, en los que la Iglesia ha asimilado, reflexionando y creyendo, las afirmaciones esenciales de la Escritura. Podría continuar en este sentido: llamamos dogmática a la comprensión de cada uno de los contenidos de la fe en su unidad, o mejor, en su simplicidad última: cada detalle particular, en definitiva, desarrolla la fe en el único Dios, que se manifestó y que sigue manifestándose. No es necesario que diga expresamente lo necesario que es estudiar las cuestiones esenciales de la teología moral y de la doctrina social de la Iglesia. Es evidente la importancia que tiene hoy la teología ecuménica, conocer las diversas comunidades cristianas; es igualmente necesario una orientación fundamental sobre las grandes religiones y, sobre

todo, la filosofía: la comprensión de la búsqueda y de las preguntas del hombre, a las que la fe quiere dar respuesta. Pero también aprended a comprender y -me atrevo a decir- a amar el derecho canónico por su necesidad intrínseca y por su aplicación práctica: una sociedad sin derecho sería una sociedad carente de derechos. El derecho es una condición del amor. Prefiero no continuar enumerando más cosas, pero sí deseo decir una vez más: amad el estudio de la teología y continuadlo con especial sensibilidad, para anclar la teología en la comunidad viva de la Iglesia que, con su autoridad, no es un polo opuesto a la ciencia teológica, sino su presupuesto. Sin la Iglesia que cree, la teología deja de ser ella misma y se convierte en un conjunto de disciplinas diversas sin unidad interior.

6. Los años de seminario deben ser también un periodo de maduración humana. Para el sacerdote, que deberá acompañar a otros en el camino de la vida y hasta el momento de la muerte, es importante que haya conseguido un equilibrio justo entre corazón y mente, razón y sentimiento, cuerpo y alma, y que sea humanamente “íntegro”. La tradición cristiana siempre ha unido las “virtudes teologales” con las “virtudes cardinales”, que brotan de la experiencia humana y de la filosofía, y ha tenido en cuenta la sana tradición ética de la humanidad. Pablo dice a los Filipenses de manera muy clara: “Finalmente, hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro,

amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta” (4,8). En este contexto, se sitúa también la integración de la sexualidad en el conjunto de la personalidad. La sexualidad es un don del Creador, pero también una tarea que tiene que ver con el desarrollo del ser humano. Cuando no se integra en la persona, la sexualidad se convierte en algo banal y destructivo. En nuestra sociedad actual, se ven muchos ejemplos de esto. Recientemente, hemos constatado con gran dolor que algunos sacerdotes han desfigurado su ministerio al abusar sexualmente de niños y jóvenes. En lugar de llevar a las personas a una madurez humana y ser un ejemplo para ellos, han provocado con sus abusos un daño que nos causa profundo dolor y disgusto. Debido a todo esto, muchos podrán preguntarse, quizás también vosotros, si vale la pena ser sacerdote; si es sensato encaminar la vida por el celibato. Sin embargo, estos abusos, que son absolutamente reprobables, no pueden desacreditar la misión sacerdotal, que conserva toda su grandeza y dignidad. Gracias a Dios, todos conocemos sacerdotes convincentes, forjados por su fe, que dan testimonio de cómo en este estado, en la vida celibataria, se puede vivir una humanidad auténtica, pura y madura. Pero lo que ha ocurrido, nos debe hacer más vigilantes y atentos, examinándonos cuidadosamente a nosotros mismos, delante de Dios, en el camino hacia el sacerdocio, para ver si es ésta su voluntad para mí. Es tarea de los confesores y de vuestros superiores

acompañaros y ayudaros en este proceso de discernimiento. Un elemento esencial de vuestro camino es practicar las virtudes humanas fundamentales, con la mirada puesta en Dios manifestado en Cristo, dejándonos purificar por Él continuamente.

7. En la actualidad, los comienzos de la vocación sacerdotal son más variados y diversos que en el pasado. Con frecuencia, se toma la decisión por el sacerdocio en el ejercicio de alguna profesión secular. A menudo, surge en las comunidades, especialmente en los movimientos, que propician un encuentro comunitario con Cristo y con su Iglesia, una experiencia espiritual y la alegría en el servicio de la fe. La decisión también madura en encuentros totalmente personales con la grandeza y la miseria del ser humano. De este modo, los candidatos al sacerdocio proceden con frecuencia de ámbitos espirituales completamente diversos. Puede que sea difícil reconocer los elementos comunes del futuro enviado y de su itinerario espiritual. Precisamente, por eso, el seminario es importante como comunidad en camino por encima de las diversas formas de espiritualidad. Los movimientos son una cosa magnífica. Sabéis bien cuánto los aprecio y quiero como don del Espíritu Santo a la Iglesia. Sin embargo, se han de valorar según su apertura a la común realidad católica, a la vida de la única y común Iglesia de Cristo, que en su diversidad es, en definitiva, una sola. El seminario es el periodo en el

que uno aprende con los otros y de los otros. En la convivencia, quizás a veces difícil, debéis asimilar la generosidad y la tolerancia, no simplemente sopor-tándoos mutuamente, sino enrique-ciándoos unos a otros, de modo que cada uno pueda aportar sus cualidades particulares al conjunto, mientras to-dos servís a la misma Iglesia, al mismo Señor. Ser escuela de tolerancia, más aún, de aceptarse y comprenderse en la unidad del Cuerpo de Cristo, es otro elemento importante de los años de se-minario.

Queridos seminaristas, con estas lí-neas, he querido mostraros lo mucho que pienso en vosotros, especialmen-

te en estos tiempos difíciles, y lo cer-ca que os tengo en la oración. Rezad también por mí, para que pueda des-empeñar bien mi servicio, hasta que el Señor quiera. Confío vuestro ca-mino de preparación al sacerdocio a la maternal protección de María San-tísima, cuya casa fue escuela de bien y de gracia. A todos os bendiga Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

*Vaticano, 18 de octubre de 2010,
Fiesta de San Lucas, evangelista.*

Vuestro en el Señor

Benedictus PP. XVI

DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los alumnos de la Escuela
Pontificia, Pablo VI, de las Maestras
Pías Filipinas***

Patio del palacio pontificio de Castel-gandolfo. Jueves, 23 de septiembre de 2010

*Queridos niños; queridos maestros;
queridos padres; queridos amigos:*

Bienvenidos aquí, al palacio, a la casa del Papa. Me alegra muchísimo acogeros por fin y ver esta Escuela pontificia, Pablo VI, de las Hermanas

Maestras Pías Filipinas, para estar con vosotros al menos un rato. Espiritual-mente estamos siempre juntos, aquí, en este hermoso Castelgandolfo, pero ahora también os puedo ver y me sien-to muy feliz.

Queridos niños, vosotros vais a la escuela, aprendéis naturalmente, y he pensado que han pasado 77 años desde que yo comencé a ir al colegio. Estaba en un pequeño pueblo de 300 almas, un poco «detrás de la luna», se diría; sin embargo, aprendimos lo esencial. Sobre todo aprendimos a leer y escri-bir, y pienso que es algo grande poder

escribir y leer, porque así podemos conocer el pensamiento de los demás, leer los periódicos, los libros; podemos conocer todo lo que se ha escrito hace dos mil años o incluso hace más tiempo; podemos conocer los continentes espirituales del mundo y comunicarnos; y, sobre todo, hay algo extraordinario: Dios ha escrito un libro, es decir, nos ha hablado a los hombres y ha encontrado a personas que han escrito el libro con la Palabra de Dios, de modo que, leyéndolo, también podemos leer lo que Dios nos dice. Y esto es muy importante: aprender en la escuela todas las cosas necesarias para la vida y aprender también a conocer a Dios, conocer a Jesús y así conocer cómo se vive bien. En la escuela, encontráis a muchos amigos y es hermoso; así se forma una gran familia. Pero entre los grandes amigos, el primero que encontramos, que conocemos, debería ser Jesús, que es amigo de todos y que nos da realmente el camino de la vida.

Gracias por vuestra presencia, por vuestra alegría y os deseo lo mejor a todos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en el Congreso
Internacional de la prensa católica***

Jueves, 7 de octubre de 2010.

*Queridos hermanos en el episcopado;
ilustres señoras y señores:*

Os acojo con alegría al término de las cuatro jornadas de intenso trabajo promovidas por el Consejo pontificio para las comunicaciones sociales y dedicadas a la prensa católica. Os saludo cordialmente a todos vosotros -provenientes de 85 países-, que trabajáis en los periódicos, en los semanarios o en otras revistas y en las páginas web. Saludo al presidente del dicasterio, el arzobispo Claudio Maria Celli, a quien agradezco que se haya hecho intérprete de los sentimientos de todos, así como a los secretarios, al subsecretario, a todos los oficiales y al personal. Me alegra poder dirigiros unas palabras de aliento a seguir adelante, con renovadas motivaciones, con vuestro importante y cualificado compromiso.

El mundo de los medios de comunicación está sufriendo una profunda transformación también en su seno. El desarrollo de las nuevas tecnologías y, en particular, la multimedialidad generalizada, parecen poner en tela de juicio el papel de los medios más tradicionales y consolidados. Vuestro Congreso se detiene oportunamente a considerar el papel peculiar de la prensa católica. De hecho, una atenta reflexión sobre este campo, pone de relieve dos aspectos particulares: por un lado la especificidad del medio, la prensa, es decir, la palabra escrita y su actualidad y eficacia, en una sociedad que ha visto cómo se multiplicaban antenas, parabólicas y satélites, que se han convertido casi en los emblemas de un nuevo modo de comunicar en la

era de la globalización. Por otro lado, la connotación «católica», con la responsabilidad que deriva de ser fieles a ella de modo explícito y substancial, mediante el empeño diario de recorrer el camino maestro de la verdad.

Los periodistas católicos deben buscar la verdad con mente y corazón apasionados, pero también con la profesionalidad de operadores competentes y dotados de medios adecuados y eficaces. Esto resulta todavía más importante en el actual momento histórico, que exige a la figura misma del periodista, como mediador de los flujos de información, un cambio profundo. Por ejemplo, en la comunicación hoy tiene un peso cada vez mayor el mundo de la imagen con el desarrollo de tecnologías siempre nuevas; pero si por una parte todo esto conlleva indudables aspectos positivos, por otra, la imagen también puede convertirse en independiente de la realidad, puede dar vida a un mundo virtual, con varias consecuencias, la primera de las cuales es el riesgo de la indiferencia respecto de lo verdadero. De hecho, las nuevas tecnologías, junto con los avances que aportan, pueden hacer que lo verdadero y lo falso sean intercambiables; pueden inducir a confundir lo real con lo virtual. Además, se puede presentar un acontecimiento, alegre o triste, como si fuera un espectáculo y no como ocasión de reflexión. La búsqueda de los caminos para una auténtica promoción del hombre pasa entonces a un segundo plano, porque el acontecimiento

se presenta principalmente para suscitar emociones. Estos aspectos suenan como una alarma: invitan a considerar el peligro de que lo virtual aleje de la realidad y no estimule a la búsqueda de lo verdadero, de la verdad.

En ese contexto, la prensa católica está llamada, de modo nuevo, a expresar todas sus potencialidades y a dar razón día a día de su irrenunciable misión. La Iglesia dispone de un elemento facilitador, pues la fe cristiana tiene en común con la comunicación una estructura fundamental: el hecho de que el *medio* y el *mensaje* coinciden; de hecho, el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, es al mismo tiempo, mensaje de salvación y medio a través del cual la salvación se realiza. Y esto no es un simple concepto, sino una realidad accesible a todos, también a quienes, aun viviendo como protagonistas en la complejidad del mundo, son capaces de conservar la honradez intelectual propia de los «pequeños» del Evangelio. Además, la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, presente simultáneamente en todas partes, alimenta la capacidad de relaciones más fraternas y más humanas, proponiéndose como lugar de comunión entre los creyentes y a la vez como signo e instrumento de la vocación de todos a la comunión. Su fuerza es Cristo, y en su nombre «busca» al hombre por las calles del mundo para salvarlo del *mysterium iniquitatis*, que obra en él insidiosamente. La prensa evoca de manera más directa, respecto a cualquier otro medio de comunica-

ción, el valor de la palabra escrita. La Palabra de Dios ha llegado a los hombres y se ha transmitido, también a nosotros, mediante un libro, la Biblia. La palabra sigue siendo el instrumento fundamental y, en cierto sentido, constitutivo de la comunicación: hoy se utiliza de varias formas, y también en la llamada «civilización de la imagen» conserva todo su valor.

A la luz de estas breves consideraciones, resulta evidente que el desafío comunicativo es muy arduo para la Iglesia y para cuantos comparten su misión. Los cristianos no pueden ignorar la crisis de fe que afecta a la sociedad o simplemente confiar en que el patrimonio de valores transmitido a lo largo de los siglos pasados pueda seguir inspirando y plasmando el futuro de la familia humana. La idea de vivir «como si Dios no existiera» se ha demostrado deletérea: el mundo necesita más bien vivir «como si Dios existiera», aunque no tenga la fuerza para creer; de lo contrario produce sólo un «humanismo inhumano».

Queridos hermanos y hermanas, quien trabaja en los medios de comunicación, si no quiere ser sólo «bronce que suena o címbalo que retiñe» (1 Co 13, 1) -como diría san Pablo- debe tener fuerte en sí la opción de fondo que lo habilita a tratar las cosas del mundo poniendo siempre a Dios en el primer puesto de la escala de valores. Los tiempos que estamos viviendo, aunque tengan una carga notable de positividad, porque los

hilos de la historia están en manos de Dios y su eterno designio se revela cada vez más, están marcados por muchas sombras. Vuestra tarea, queridos operadores de la prensa católica, es ayudar al hombre contemporáneo a orientarse hacia Cristo, único Salvador, y a mantener encendida en el mundo la llama de la esperanza, para vivir dignamente el presente y construir adecuadamente el futuro. Por esto, os exhorto a renovar constantemente vuestra elección personal por Cristo, alimentándoos de los recursos espirituales que la mentalidad mundana subestima, mientras que son muy valiosos, es más, indispensables. Queridos amigos, os aliento a proseguir en vuestro compromiso, nada fácil, y os acompaño con la oración, para que el Espíritu Santo haga que sea siempre provechoso. Mi bendición, llena de afecto y de gratitud, que imparto de buen grado, quiere abrazar a los aquí presentes y a cuantos trabajan en la prensa católica en todo el mundo.

Meditación del Papa, Benedicto XVI, durante la primera Congregación General en la Asamblea Especial para Oriente Medio del Sínodo de los Obispos

Lunes, 11 de octubre de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

El 11 de octubre de 1962, hace cuarenta y ocho años, el Papa, Juan XXIII,

inauguraba el concilio Vaticano II. Entonces se celebraba el 11 de octubre la fiesta de la Maternidad divina de María y, con este gesto, con esta fecha, el Papa Juan quería confiar todo el Concilio a las manos maternales, al corazón maternal, de la Virgen. También nosotros comenzamos el 11 de octubre; también nosotros queremos confiar este Sínodo, con todos sus problemas, con todos sus desafíos, con todas sus esperanzas, al corazón maternal de la Virgen, de la Madre de Dios.

Pío XI, en 1931, había introducido esta fiesta, mil quinientos años después del concilio de Éfeso, el cual había legitimado, para María, el título de *Theotókos*, *Dei Genitrix*. En esta gran palabra *Dei Genitrix*, *Theotókos*, el concilio de Éfeso había resumido toda la doctrina de Cristo, de María, toda la doctrina de la redención. Por eso, vale la pena reflexionar un poco, un momento, sobre aquello de lo que habla el concilio de Éfeso, sobre aquello de lo que habla este día.

En realidad, *Theotókos* es un título audaz. Una mujer es Madre de Dios. Se podría decir: ¿cómo es posible? Dios es eterno, es el Creador. Nosotros somos criaturas, estamos en el tiempo. ¿Cómo podría una persona humana ser Madre de Dios, del Eterno, dado que nosotros estamos todos en el tiempo, todos somos criaturas? Por ello, se entiende que hubiera una fuerte oposición, en parte, contra esta palabra. Los nestorianos decían: se puede hablar de *Christotókos*,

sí, pero de *Theotókos* no. *Theós*, Dios, está por encima de todos los acontecimientos de la historia. Pero el Concilio decidió esto, y precisamente así puso de relieve la aventura de Dios, la grandeza de cuanto ha hecho por nosotros. Dios no permaneció en sí mismo: salió de sí mismo, se unió de una forma tan radical con este hombre, Jesús, que este hombre Jesús es Dios; y, si hablamos de él, siempre podemos también hablar de Dios. No nació solamente un hombre que tenía que ver con Dios, sino que, en él, nació Dios en la tierra. Dios salió de sí mismo. Pero también podemos decir lo contrario: Dios nos atrajo a sí mismo, de modo que ya no estamos fuera de Dios, sino que estamos en su intimidad, en la intimidad de Dios mismo.

La filosofía aristotélica, como sabemos bien, nos dice que entre Dios y el hombre sólo existe una relación no recíproca. El hombre se remite a Dios, pero Dios, el Eterno, existe en sí, no cambia: no puede tener hoy esta relación y mañana otra. Existe en sí, no tiene relación *ad extra*. Es una palabra muy lógica, pero es una palabra que nos lleva a desesperar: por tanto, Dios mismo no tiene relación conmigo. Con la encarnación, con la llegada de la *Theotókos*, esto cambió radicalmente, porque Dios nos atrajo a sí mismo y Dios en sí mismo es relación y nos hace participar en su relación interior. Así estamos en su ser Padre, Hijo y Espíritu Santo; estamos dentro de su ser en relación; estamos en relación con él

y él realmente ha creado relación con nosotros. En ese momento, Dios quería nacer de una mujer y ser siempre él mismo: este es el gran acontecimiento. Y así podemos entender la profundidad del acto del Papa, Juan XXIII, que confió la asamblea conciliar, sinodal, al misterio central, a la Madre de Dios, que fue atraída por el Señor a sí mismo, y así a todos nosotros con ella.

El Concilio comenzó con el icono de la *Theotókos*. Al final, el Papa, Pablo VI, reconoció a la Virgen misma el título *Mater Ecclesiae*. Y estos dos iconos, que inician y concluyen el Concilio, están intrínsecamente unidos; son, en definitiva, un solo icono. Porque Cristo no nació como un individuo entre los demás. Nació para crearse un cuerpo: nació -como dice san Juan en el capítulo 12 de su Evangelio- para atraer a todos a sí y en sí. Nació -como dicen las cartas a los Colosenses y a los Efesios- para recapitular todo el mundo; nació como primogénito de muchos hermanos; nació para reunir el cosmos en sí, de forma que él es la Cabeza de un gran Cuerpo. Donde nace Cristo, comienza el movimiento de la recapitulación, comienza el momento de la llamada, de la construcción de su Cuerpo, de la santa Iglesia. La Madre de *Theós*, la Madre de Dios, es Madre de la Iglesia, porque es Madre de Aquél que vino para reunirnos a todos en su Cuerpo resucitado.

San Lucas nos da a entender esto en el paralelismo entre el primer capítulo

de su Evangelio y el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, que repiten en dos niveles el mismo misterio. En el primer capítulo del Evangelio, el Espíritu Santo desciende sobre María y así da a luz y nos da al Hijo de Dios. En el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles María está en el centro de los discípulos de Jesús que oran todos juntos, implorando la nube del Espíritu Santo. Y así de la Iglesia creyente, con María en el centro, nace la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Este doble nacimiento es el único nacimiento del *Christus totus*, del Cristo que abarca al mundo y a todos nosotros.

Nacimiento en Belén, nacimiento en el Cenáculo. Nacimiento de Jesús niño, nacimiento del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia. Son dos acontecimientos o un único acontecimiento. Pero entre los dos están realmente la cruz y la resurrección. Y sólo a través de la cruz pasa el camino hacia la totalidad del Cristo, hacia su Cuerpo resucitado, hacia la universalización de su ser en la unidad de la Iglesia. Así, teniendo presente que sólo del grano de trigo caído en la tierra nace después la gran cosecha, del Señor traspasado en la cruz viene la universalidad de sus discípulos reunidos en este Cuerpo suyo, muerto y resucitado.

Teniendo en cuenta este nexo entre *Theotókos* y *Mater Ecclesiae*, nuestra mirada se dirige al último libro de la Sagrada Escritura, el *Apocalipsis*, donde, en el capítulo 12, aparece precisa-

mente esta síntesis. La mujer vestida de sol, con doce estrellas sobre la cabeza y la luna bajo sus pies, da a luz. Y da a luz con un grito de dolor, da a luz con gran dolor. Aquí el misterio mariano es el misterio de Belén extendido al misterio cósmico. Cristo nace siempre de nuevo en todas las generaciones y así asume, recoge a la humanidad en sí mismo. Y este nacimiento cósmico se realiza en el grito de la cruz, en el dolor de la Pasión. Y a este grito de la cruz pertenece la sangre de los mártires.

Así, en este momento, podemos mirar el segundo Salmo de esta Hora Media, el *Salmo 81*, donde se ve una parte de este proceso. Dios está entre los dioses -aún se consideraban en Israel como dioses-. En este Salmo, en una gran concentración, en una visión profética, se ve la pérdida de poder de esos dioses. Los que parecían dioses no son dioses y pierden el carácter divino, caen a tierra. *Dii estis et moriemini sicut homines* (cf. *Sal 81, 6-7*): la pérdida de poder, la caída de las divinidades.

Este proceso, que se realiza en el largo camino de la fe de Israel y que se resume aquí en una visión única, es un verdadero proceso de la historia de la religión: la caída de los dioses. Y así la transformación del mundo, el conocimiento del verdadero Dios, la pérdida de poder de las fuerzas que dominan la tierra, es un proceso de dolor. En la historia de Israel, vemos cómo esta liberación del politeísmo, este reconocimiento -«sólo él es Dios»- se realiza con

muchos dolores, comenzando por el camino de Abraham, el exilio, los Macabeos, hasta Cristo. Y en la historia, continúa este proceso de pérdida de poder, del que habla el Apocalipsis en el capítulo 12; habla de la caída de los ángeles, que no son ángeles, no son divinidades en la tierra. Y se realiza realmente, precisamente en el tiempo de la Iglesia naciente, donde vemos cómo con la sangre de los mártires pierden el poder las divinidades, comenzando por el emperador divino, por todas estas divinidades. Es la sangre de los mártires, el dolor, el grito de la Madre Iglesia lo que las hace caer y así transforma el mundo.

Esta caída no es sólo el conocimiento de que no son Dios; es el proceso de transformación del mundo, que cuesta sangre, cuesta el sufrimiento de los testigos de Cristo. Y, si miramos bien, vemos que este proceso no ha terminado nunca. Se realiza en los diversos períodos de la historia con formas siempre nuevas; también hoy, en este momento, en el que Cristo, el único Hijo de Dios, debe nacer para el mundo con la caída de los dioses, con el dolor, el martirio de los testigos. Pensemos en las grandes potencias de la historia de hoy; pensemos en los capitales anónimos que esclavizan al hombre, que ya no son algo del hombre, sino un poder anónimo al que sirven los hombres, por el que los hombres son atormentados e incluso asesinados. Son un poder destructor que amenaza al mundo. Y después el poder de las ideologías te-

roristas. Aparentemente se comete violencia en nombre de Dios, pero no es Dios: son falsas divinidades a las que es preciso desenmascarar, pero no son Dios. Y luego la droga, este poder que como una bestia feroz extiende sus manos sobre todos los lugares de la tierra y destruye: es una divinidad, pero una divinidad falsa, que debe caer. O también la forma de vivir propagada por la opinión pública: hoy se hace así, el matrimonio ya no cuenta, la castidad ya no es una virtud, etcétera.

Estas ideologías que dominan, que se imponen con fuerza, son divinidades. Y con el dolor de los santos, con el dolor de los creyentes, de la Madre Iglesia, de la cual formamos parte, estas divinidades deben caer, debe realizarse lo que dicen las cartas a los *Colosenses* y a los *Efesios*: las dominaciones, los poderes, caen y se convierten en súbditos del único Señor Jesucristo. De esta batalla que estamos librando, de esta pérdida de poder de los dioses, de esta caída de los falsos dioses, que caen porque no son divinidades, sino poderes que destruyen el mundo, habla el *Apocalipsis* en el capítulo 12, también con una imagen misteriosa, que a mi parecer puede tener distintas interpretaciones bellas. Se dice que el dragón lanza contra la mujer que huye un gran río de agua para arrollarla. Y parece inevitable que la mujer quede ahogada en este río. Pero la buena tierra absorbe este río y no puede hacer daño. Yo creo que el río se puede interpretar fácilmente: son esas corrientes que

dominan a todos y que quieren hacer desaparecer la fe de la Iglesia, la cual ya no parece tener sitio ante la fuerza de esas corrientes que se imponen como la única racionalidad, como la única forma de vivir. Y la tierra que absorbe estas corrientes es la fe de los sencillos, que no se deja arrastrar por estos ríos y salva a la Madre y al Hijo. Por ello, el Salmo -el primer Salmo de la Hora Media- dice que la fe de los sencillos es la verdadera sabiduría (cf. *Sal* 118, 130). Esta sabiduría verdadera de la fe sencilla, que no se deja devorar por las aguas, es la fuerza de la Iglesia. Y hemos vuelto al misterio mariano.

Y hay también una última palabra en el *Salmo 81*, «*movebuntur omnia fundamenta terrae*» (*Sal* 81, 5), tiemblan los fundamentos de la tierra. Hoy, con los problemas climáticos, vemos cómo se ven amenazados los fundamentos de la tierra, pero se ven amenazados por nuestro comportamiento. Tiemblan los fundamentos exteriores porque tiemblan los fundamentos interiores, los fundamentos morales y religiosos, la fe de la que sigue el modo recto de vivir. Y sabemos que la fe es el fundamento; y, en definitiva, los fundamentos de la tierra no pueden temblar si permanece firme la fe, la verdadera sabiduría.

Y luego el Salmo dice: «Levántate, Señor, y juzga la tierra» (*Sal* 81, 8). Así decimos también nosotros al Señor: «Levántate en este momento, toma la tierra entre tus manos, protege a tu Iglesia, protege a la humanidad, pro-

tege a la tierra». Y encomendémonos de nuevo a la Madre de Dios, a María, orando: «Tú, la gran creyente; tú que has abierto la tierra al cielo, ayúdanos,

abre también hoy las puertas, para que venza la verdad, la voluntad de Dios, que es el verdadero bien, la verdadera salvación del mundo». Amén.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Celebración Eucarística con ocasión de la apertura de la Asamblea Especial para Oriente Medio del Sínodo de los Obispos

Basílica de San Pedro. Domingo, 10 de octubre de 2010.

Venerados hermanos; ilustres señores y señoras; queridos hermanos y hermanas:

La celebración eucarística, acción de gracias a Dios por excelencia, está marcada hoy para nosotros, reunidos ante el sepulcro de San Pedro, por un motivo extraordinario: la gracia de ver reunidos por primera vez en una Asamblea sinodal, alrededor del Obispo de Roma y Pastor Universal, a los obispos de la región mediorienta. Este singular acontecimiento demuestra el interés de toda la Iglesia por la valiosa y amada porción del pueblo de Dios que vive en Tierra Santa y en todo Oriente Medio.

Ante todo, elevamos nuestra acción de gracias al Señor de la historia porque ha permitido siempre, pese a aconteci-

mientos con frecuencia difíciles y dolorosos, la continuidad de la presencia de los cristianos en Oriente Medio desde los tiempos de Jesús hasta hoy. En esas tierras, la única Iglesia de Cristo se expresa en la variedad de las tradiciones litúrgicas, espirituales, culturales y disciplinarias de las seis venerables Iglesias orientales católicas *sui iuris*, así como en la tradición latina. El fraterno saludo, que dirijo con gran afecto a los Patriarcas de cada una de ellas, quiere extenderse en este momento a todos los fieles encomendados a su solicitud pastoral en los respectivos países y también en la diáspora.

En este domingo 28º del tiempo ordinario, la Palabra de Dios ofrece un tema de meditación que se aproxima de manera significativa al acontecimiento sinodal que hoy inauguramos. La lectura continua del *Evangelio de san Lucas* nos lleva al episodio de la curación de los diez leprosos, de los cuales uno solo, un samaritano, vuelve atrás para dar gracias a Jesús. En relación con este texto, la primera lectura, tomada del *segundo libro de los Reyes*, relata la curación de Naamán, jefe del ejército

arameo, también él leproso, que fue curado sumergiéndose siete veces en las aguas del río Jordán, como le ordenó el profeta Eliseo. Naamán también retorna adonde el profeta y, reconociendo en él al mediador de Dios, profesa su fe en el único Señor. Dos enfermos de lepra, por lo tanto, dos hombres no judíos, que se curan porque creen en la palabra del enviado de Dios. Se curan en el cuerpo, pero se abren a la fe y esta los cura en el alma, es decir, los salva.

El salmo responsorial canta esta realidad: «Yahvé ha dado a conocer su salvación, ha revelado su justicia a las naciones; se ha acordado de su amor y su lealtad para con la casa de Israel» (*Sal* 98, 2-3). Aquí está entonces el tema: la salvación es universal pero pasa a través de una mediación determinada, histórica: la mediación del pueblo de Israel, que se convierte luego en la de Jesucristo y de la Iglesia. La puerta de la vida está abierta para todos pero, justamente, es una «puerta», es decir un pasaje definido y necesario. Lo afirma sintéticamente la fórmula paulina que hemos escuchado en la *segunda carta a Timoteo*: «La salvación que está en Cristo Jesús» (*2 Tm* 2, 10). Es el misterio de la universalidad de la salvación y, al mismo tiempo, de su vínculo necesario con la mediación histórica de Jesucristo, precedida por la del pueblo de Israel y prolongada por la de la Iglesia. Dios es amor y quiere que todos los hombres participen de su vida; para realizar este designio él, que es uno y trino, crea en el mundo un misterio de

comunión humano y divino, histórico y trascendente: lo crea con el «método» -por decirlo así- de la alianza, vinculándose con amor fiel e interminable a los hombres, formando un pueblo santo que se convierta en una bendición para todas las familias de la tierra (cf. *Gn* 12, 3). Se revela así como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (cf. *Ex* 3, 6), que quiere llevar a su pueblo a la «tierra» de la libertad y de la paz. Esta «tierra» no es de este mundo; todo el designio divino sobrepasa a la historia, pero el Señor lo quiere construir con los hombres, por los hombres y en los hombres, a partir de las coordenadas de espacio y tiempo en las que ellos viven y que él mismo ha dado.

De dichas coordenadas, forma parte, con su especificidad, lo que nosotros llamamos «Oriente Medio». Dios también ve esta región del mundo desde una perspectiva distinta, podríamos decir «desde lo alto»: es la tierra de Abraham, de Isaac y de Jacob; la tierra del éxodo y del regreso del exilio; la tierra del templo y de los profetas; la tierra en la que el Hijo Unigénito nació de María, donde vivió, murió y resucitó; la cuna de la Iglesia, constituida para llevar el Evangelio de Cristo hasta los confines del mundo. Y también nosotros, como creyentes, miramos a Oriente Medio con esta mirada, desde el punto de vista de la historia de la salvación. Es la perspectiva interior que me ha guiado en los viajes apostólicos a Turquía, Tierra Santa -Jordania, Israel, Palestina- y Chipre,

donde he podido conocer de cerca las alegrías y las preocupaciones de las comunidades cristianas. Por eso también he acogido de buen grado la propuesta de los patriarcas y obispos de convocar una Asamblea sinodal para reflexionar juntos, a la luz de las Sagradas Escrituras y de la Tradición de la Iglesia, sobre el presente y el futuro de los fieles y las poblaciones de Oriente Medio.

Mirar esa parte del mundo desde la perspectiva de Dios significa reconocer en ella la «cuna» de un designio universal de salvación en el amor, un misterio de comunión que se cumple en la libertad y, por tanto, pide a los hombres una respuesta. Abraham, los profetas, la Virgen María son los protagonistas de esta respuesta, que tiene su último cumplimiento en Jesucristo, hijo de esa misma tierra, pero que bajó del cielo. De él, de su corazón y de su Espíritu, nació la Iglesia, que es peregrina en este mundo, pero que le pertenece. La Iglesia está constituida para ser, en medio de los hombres, signo e instrumento del único y universal proyecto salvífico de Dios; cumple esta misión sencillamente siendo ella misma, es decir, «comunión y testimonio», como reza el tema de la Asamblea sinodal que se abre hoy, y que hace referencia a la célebre definición que da san Lucas de la primera comunidad cristiana: «La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4, 32). Sin comunión no puede haber testimonio: el gran testimonio es precisamente la vida de comunión. Lo

dijo claramente Jesús: «En esto, conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn* 13, 35). Esta comunión es la vida misma de Dios que se comunica en el Espíritu Santo, mediante Jesucristo. Es, por tanto, un don, no algo que ante todo tenemos que construir con nuestras fuerzas. Y es precisamente por esto por lo que interpela nuestra libertad y espera nuestra respuesta: la comunión nos pide siempre la conversión, como don que debe ser acogido y cumplido cada vez mejor. Los primeros cristianos, en Jerusalén, eran pocos. Nadie habría podido imaginarse lo que ocurrió después. Y la Iglesia vive siempre de esa misma fuerza que la hizo ponerse en marcha y crecer. Pentecostés es el acontecimiento originario, pero también es un dinamismo permanente, y el Sínodo de los obispos es un momento privilegiado en el que se puede renovar en el camino de la Iglesia la gracia de Pentecostés, a fin de que la Buena Nueva sea anunciada con franqueza y pueda ser acogida por todas las gentes.

Por consiguiente, la finalidad de esta Asamblea sinodal es sobre todo pastoral. Aunque no podemos ignorar la delicada y, a veces, dramática situación social y política de algunos países, los pastores de las Iglesias en Oriente Medio desean concentrarse en los aspectos relacionados con su misión. A este respecto, el *Instrumentum laboris*, elaborado por un Consejo pre-sinodal a cuyos miembros agradezco vivamente el trabajo realizado, subraya esta finalidad

eclesial de la Asamblea, evidenciando su intención de reavivar la comunión de la Iglesia católica en Oriente Medio bajo la guía del Espíritu Santo. Ante todo, en el interior de cada Iglesia, entre sus miembros: patriarcas, obispos, sacerdotes, religiosos, personas de vida consagrada y laicos. Y, después, en las relaciones con las demás Iglesias. La vida eclesial, fortalecida de este modo, verá producir unos frutos muy positivos en el camino ecuménico con las otras Iglesias y comunidades eclesiales presentes en Oriente Medio. Es una ocasión propicia, además, para proseguir de forma constructiva el diálogo tanto con los judíos, con los cuales nos une de forma indisoluble la larga historia de la Alianza, como con los musulmanes. Los trabajos de la Asamblea sinodal están orientados también al testimonio de los cristianos en ámbito personal, familiar y social. Esto exige que se refuerce su identidad cristiana mediante la Palabra de Dios y los Sacramentos. Todos deseamos que los fieles sientan la alegría de vivir en Tierra Santa, tierra bendecida por la presencia y por el glorioso misterio pascual del Señor Jesucristo. A lo largo de los siglos, esos Lugares han atraído a multitud de peregrinos y, también, a comunidades religiosas masculinas y femeninas que han considerado un gran privilegio poder vivir y dar testimonio en la Tierra de Jesús. A pesar de las dificultades, los cristianos de Tierra Santa están llamados a reavivar la conciencia de ser piedras vivas de la Iglesia en Oriente Medio, en los Lu-

gares santos de nuestra salvación. Pero vivir de forma digna en la propia patria es, antes que nada, un derecho humano fundamental: por ello, es necesario favorecer las condiciones de paz y justicia, indispensables para un desarrollo armonioso de todos los habitantes de la región. Todos, por lo tanto, están llamados a dar su contribución: la comunidad internacional, favoreciendo un camino fiable, leal y constructivo hacia la paz; las religiones presentes de forma mayoritaria en la región, promoviendo los valores espirituales y culturales que unen a los hombres y excluyen toda expresión de violencia. Los cristianos seguirán dando su contribución no sólo con las obras de promoción social, como los institutos de educación y de salud sino, y sobre todo, con el espíritu de las Bienaventuranzas evangélicas, que anima a la práctica del perdón y la reconciliación. Con este compromiso tendrán siempre el apoyo de toda la Iglesia, como testifica de forma solemne la presencia aquí de los delegados de los Episcopados de otros continentes.

Queridos amigos, encomendemos los trabajos de la Asamblea sinodal para Oriente Medio a los numerosos santos y santas de esta tierra bendita; invoquemos sobre ella la constante protección de la santísima Virgen María, para que las próximas jornadas de oración, reflexión y comunión fraterna sean portadoras de buenos frutos para el presente y el futuro de las queridas poblaciones de Oriente Medio. A ellas dirigimos de todo corazón el saludo de

buen augurio: «Paz para ti, paz para tu casa y paz para todo lo tuyo» (1 Sm 25, 6).

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la canonización de los beatos Estanislao Kazimierczyk Soltys (1433 - 1489), Andrés (Alfred) Bessette (1845 - 1937), Cándida María de Jesús (Juana Josefa), Cipitria y Barriola (1845 - 1912), María de la Cruz (Mary Helen) Mackillop (1842 - 1909), Julia Salzano (1846 - 1929), Bautista Camila de Varano (1458 - 1524)

Plaza de San Pedro. Domingo, 17 de octubre de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Se renueva hoy en la plaza de San Pedro la fiesta de la santidad. Con alegría, os doy mi cordial bienvenida a vosotros, que habéis llegado, incluso de muy lejos, para participar en ella. Un saludo particular a los cardenales, a los obispos y a los superiores generales de los institutos fundados por los nuevos santos, así como a las delegaciones oficiales y a todas las autoridades civiles. Juntos procuremos acoger lo que el Señor nos dice en las Sagradas Escrituras que se acaban de proclamar. La liturgia de este domingo nos ofrece una enseñanza fundamental: la necesidad de orar siempre, sin cansarse. A ve-

ces, nos cansamos de orar, tenemos la impresión de que la oración no es tan útil para la vida, que es poco eficaz. Por ello, tenemos la tentación de dedicarnos a la actividad, a emplear todos los medios humanos para alcanzar nuestros objetivos, y no recurrimos a Dios. Jesús, en cambio, afirma que hay que orar siempre, y lo hace mediante una parábola específica (cf. Lc 18, 1-8).

En ella, se habla de un juez que no teme a Dios y no siente respeto por nadie, un juez que no tiene una actitud positiva, sino que sólo busca su interés. No tiene temor del juicio de Dios ni respeto por el prójimo. El otro personaje es una viuda, una persona en una situación de debilidad. En la Biblia, la viuda y el huérfano son las categorías más necesitadas, porque están indefensas y sin medios. La viuda va al juez y le pide justicia. Sus posibilidades de ser escuchada son casi nulas, porque el juez la desprecia y ella no puede hacer ninguna presión sobre él. Tampoco puede apelar a principios religiosos, porque el juez no teme a Dios. Por lo tanto, al parecer, esta viuda no tiene ninguna posibilidad. Pero ella insiste, pide sin cansarse, es importuna; así, al final, logra obtener del juez el resultado. Aquí Jesús hace una reflexión, usando el argumento *a fortiori*: si un juez injusto, al final, se deja convencer por el ruego de una viuda, mucho más Dios, que es bueno, escuchará a quien le ruega. En efecto, Dios es la generosidad en persona, es misericordioso y, por consiguiente, siempre está dispues-

to a escuchar las oraciones. Por tanto, nunca debemos desesperar, sino insistir siempre en la oración.

La conclusión del pasaje evangélico habla de la fe: «Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8). Es una pregunta que quiere suscitar un aumento de fe por nuestra parte. De hecho, es evidente que la oración debe ser expresión de fe; de otro modo no es verdadera oración. Si uno no cree en la bondad de Dios, no puede orar de modo verdaderamente adecuado. La fe es esencial como base de la actitud de la oración. Es lo que hicieron los seis nuevos santos que hoy se presentan a la veneración de la Iglesia universal: Estanislao Sołtys, Andrés Bessette, Cándida María de Jesús Cipitria y Barriola, María de la Cruz MacKillop, Julia Salzano y Bautista Camila de Varano.

San Estanislao Kazimierzcyk, religioso del siglo XV, puede ser también para nosotros ejemplo e intercesor. Toda su vida estuvo vinculada a la Eucaristía. Ante todo, en la iglesia del *Corpus Christi* en Kazimierz, en la actual Cracovia, donde, junto a su madre y a su padre, aprendió la fe y la piedad; donde emitió los votos religiosos en la Orden de los Canónigos Regulares; donde trabajó como sacerdote, educador, dedicado al cuidado de los necesitados. Sin embargo, estaba vinculado de forma especial a la Eucaristía mediante un amor ardiente a Cristo presente bajo las especies del pan y del

vino; viviendo el misterio de la muerte y de la resurrección, que se realiza de modo incruento en la santa misa; a través de la práctica del amor al prójimo, del cual la Comunión es fuente y signo.

El hermano Andrés Bessette, originario de Quebec, Canadá, y religioso de la Congregación de la Santa Cruz, conoció muy pronto el sufrimiento y la pobreza, que lo llevaron a recurrir a Dios mediante la oración y una vida interior intensa. Portero del colegio de Nuestra Señora de Montreal, manifestó una caridad sin límites y se esforzó por aliviar las miserias de quienes se dirigían a él. Aunque estaba muy poco instruido, comprendió dónde se hallaba lo esencial de su fe. Para él, creer significaba someterse libremente y por amor a la voluntad divina. Lleno del misterio de Jesús, vivió la bienaventuranza de los corazones puros, la de la rectitud personal. Gracias a esta sencillez hizo que muchos vieran a Dios. Hizo construir el Oratorio San José de Mont Royal, del que fue guardián fiel hasta su muerte en 1937. Fue testigo de innumerables curaciones y conversiones. «No intentéis evitar las pruebas -decía-, más bien pedid la gracia de soportarlas». Para él, todo hablaba de Dios y de su presencia. Como él, busquemos también nosotros a Dios con sencillez para descubrirlo siempre presente en el corazón de nuestra vida. Que el ejemplo del hermano Andrés inspire la vida cristiana canadiense.

Cuando el Hijo del hombre venga para hacer justicia a los elegidos, ¿encontrará esta fe en la tierra? (cf. *Lc* 18, 18). Hoy podemos decir que sí, con alivio y firmeza, al contemplar figuras como la madre Cándida María de Jesús Cipitria y Barriola. Aquella muchacha de origen sencillo, con un corazón en el que Dios puso su sello y que la llevaría muy pronto, con la guía de sus directores espirituales jesuitas, a tomar la firme resolución de vivir «sólo para Dios». Decisión mantenida fielmente, como ella misma recuerda cuando estaba a punto de morir. Vivió para Dios y para lo que él más quiere: llegar a todos, llevarles a todos la esperanza que no vacila, y especialmente a quienes más lo necesitan. «Donde no hay lugar para los pobres, tampoco lo hay para mí», decía la nueva santa, que con escasos medios contagió a otras hermanas para seguir a Jesús y dedicarse a la educación y promoción de la mujer. Nacieron así las Hijas de Jesús, que hoy tienen en su fundadora un modelo de vida muy alto que imitar, y una misión apasionante que proseguir en los numerosos países donde ha llegado el espíritu y los anhelos de apostolado de la madre Cándida.

«Recordad quiénes fueron vuestros maestros: de ellos, podéis aprender la sabiduría que lleva a la salvación por la fe en Jesucristo». Durante muchos años, innumerables jóvenes, a lo largo y ancho de Australia, han sido bendecidos con profesores que se han inspirado en el ejemplo santo y valiente de celo,

perseverancia y oración de la madre Mary MacKillop. Ella en su juventud se dedicó a la educación de los pobres en la difícil y exigente zona rural de Australia, impulsando a otras mujeres a unirse a ella en la primera comunidad de religiosas de ese país. Atendió las necesidades de cada uno de los jóvenes que se confiaron a ella, sin reparar en su posición social o su riqueza, proporcionándoles tanto una formación espiritual como intelectual. A pesar de los muchos desafíos, sus oraciones a san José y su incansable devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a quien dedicó su nueva congregación, confririeron a esta santa mujer las gracias necesarias para permanecer fiel a Dios y a la Iglesia. Que por su intercesión sus seguidores sigan sirviendo hoy a Dios y a la Iglesia con fe y humildad.

En la segunda mitad del siglo XIX, en Campania, en el sur de Italia, el Señor llamó a una joven maestra de la escuela primaria, Julia Salzano, y la convirtió en apóstol de la educación cristiana, fundadora de la congregación de las Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón de Jesús. La madre Julia comprendió bien la importancia de la catequesis en la Iglesia y, uniendo la preparación pedagógica al fervor espiritual, se dedicó a ella con generosidad e inteligencia, contribuyendo a la formación de personas de toda edad y posición social. Repetía a sus hermanas que deseaba impartir catecismo hasta la última hora de su vida, demostrando con todo su ser que si «Dios nos ha

creado para conocerlo, amarlo y servirlo en esta vida», no se debía anteponer nada a esta tarea. Que el ejemplo y la intercesión de santa Julia Salzano sostengan a la Iglesia en su perenne tarea de anunciar a Cristo y formar auténticas conciencias cristianas.

Santa Bautista Camila de Varano, monja clarisa del siglo XV, testimonió con todas sus fuerzas el sentido evangélico de la vida, especialmente perseverando en la oración. Entró a los 23 años en el monasterio de Urbino y se integró como protagonista de aquel vasto movimiento de reforma de la espiritualidad femenina franciscana que se proponía recuperar plenamente el carisma de santa Clara de Asís. Promovió nuevas fundaciones monásticas en Camerino, donde fue elegida abadesa en varias ocasiones, en Fermo y en San Severino. La vida de santa Bautista, totalmente inmersa en las profundidades divinas, fue una ascensión constante por el camino de la perfección, con un amor heroico a Dios y al prójimo. Estuvo marcada por grandes sufrimientos

y místicos consuelos; en efecto, como ella misma escribe, había decidido «entrar en el Sagrado Corazón de Jesús y ahogarse en el océano de sus dolorosísimos sufrimientos». En un tiempo en el que la Iglesia sufría un relajamiento de las costumbres, ella recorrió con decisión el camino de la penitencia y de la oración, animada por el ardiente deseo de renovación del Cuerpo místico de Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias al Señor por el don de la santidad, que resplandece en la Iglesia y hoy se refleja en el rostro de estos hermanos y hermanas nuestros. Jesús nos invita también a cada uno de nosotros a seguirlo para tener en herencia la vida eterna.

Dejémosnos atraer por estos ejemplos luminosos, dejémosnos guiar por sus enseñanzas, para que nuestra existencia sea un cántico de alabanza a Dios. Que nos obtengan esta gracia la Virgen María y la intercesión de los seis nuevos santos, a los que hoy con alegría veneramos. Amén.

MOTU PROPRIO

Carta Apostólica en forma de «MOTU PROPRIO» UBICUMQUE ET SEMPER, del Papa, Benedicto XVI, con la cual se instituye el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización

La Iglesia tiene el deber de anunciar siempre y en todas partes el Evangelio

de Jesucristo. Él, el primer y supremo evangelizador, en el día de su ascensión

al Padre, ordenó a los Apóstoles: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (*Mt* 28, 19-20). Fiel a este mandamiento, la Iglesia, pueblo adquirido por Dios para que proclame sus obras admirables (cf. *1 P* 2, 9), desde el día de Pentecostés, en el que recibió como don el Espíritu Santo (cf. *Hch* 2, 1-4), nunca se ha cansado de dar a conocer a todo el mundo la belleza del Evangelio, anunciando a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el mismo «ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8), que con su muerte y resurrección realizó la salvación, cumpliendo la antigua promesa. Por tanto, para la Iglesia la misión evangelizadora, continuación de la obra que quiso Jesús nuestro Señor, es necesaria e insustituible, expresión de su misma naturaleza.

Esta misión ha asumido en la historia formas y modalidades siempre nuevas según los lugares, las situaciones y los momentos históricos. En nuestro tiempo, uno de sus rasgos singulares ha sido afrontar el fenómeno del alejamiento de la fe, que se ha ido manifestando progresivamente en sociedades y culturas que desde hace siglos estaban impregnadas del Evangelio. Las transformaciones sociales a las que hemos asistido en las últimas décadas tienen causas complejas, que hunden sus raíces en tiempos lejanos, y han modificado profundamente la percep-

ción de nuestro mundo. Pensemos en los gigantescos avances de la ciencia y de la técnica, en la ampliación de las posibilidades de vida y de los espacios de libertad individual, en los profundos cambios en campo económico, en el proceso de mezcla de etnias y culturas causado por fenómenos migratorios de masas, y en la creciente interdependencia entre los pueblos. Todo esto ha tenido consecuencias también para la dimensión religiosa de la vida del hombre. Y si, por un lado, la humanidad ha conocido beneficios innegables de esas transformaciones y la Iglesia ha recibido ulteriores estímulos para dar razón de su esperanza (cf. *1 P* 3, 15), por otro, se ha verificado una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles, como la fe en un Dios creador y providente, la revelación de Jesucristo único salvador y la comprensión común de las experiencias fundamentales del hombre como nacer, morir, vivir en una familia, y la referencia a una ley moral natural.

Aunque algunos hayan acogido todo ello como una liberación, muy pronto nos hemos dado cuenta del desierto interior que nace donde el hombre, al querer ser el único artífice de su naturaleza y de su destino, se ve privado de lo que constituye el fundamento de todas las cosas.

Ya el concilio ecuménico, Vaticano II, incluyó entre sus temas centrales la

cuestión de la relación entre la Iglesia y el mundo contemporáneo. Siguiendo las enseñanzas conciliares, mis predecesores reflexionaron ulteriormente sobre la necesidad de encontrar formas adecuadas para que nuestros contemporáneos sigan escuchando la Palabra viva y eterna del Señor.

El siervo de Dios, Pablo VI, observaba con clarividencia que el compromiso de la evangelización «se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos» (*Evangelii nuntiandi*, 52). Y, con el pensamiento dirigido a los que se han alejado de la fe, añadía que la acción evangelizadora de la Iglesia «debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles o volverles a proponer la revelación de Dios y la fe en Jesucristo» (*ib.*, n. 56). El venerable siervo de Dios, Juan Pablo II, puso esta ardua tarea como uno de los ejes su vasto magisterio, sintetizando en el concepto de «nueva evangelización», que él profundizó sistemáticamente en numerosas intervenciones, la tarea que espera a la Iglesia hoy, especialmente en las regiones de antigua cristianiza-

ción. Una tarea que, aunque concierne directamente a su modo de relacionarse con el exterior, presupone, primero de todo, una constante renovación en su seno, un continuo pasar, por decirlo así, de evangelizada a evangelizadora. Baste recordar lo que se afirmaba en la exhortación postsinodal *Christifideles laici*: «Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del laicismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado primer mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo -si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria- inspiran y sostienen una existencia vivida “como si Dios no existiera”. Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado. Y también la fe cristiana -aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales y rituales- tiende a ser erradicada de los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir. (...) En cambio, en otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero este patrimonio moral y espiritual

corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de las sectas. Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad. Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es *que se rehaga la trabazón cristiana de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones*» (n. 34).

Por tanto, haciéndome cargo de la preocupación de mis venerados predecesores, considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una nueva evangelización. Ésta se refiere sobre todo a las Iglesias de antigua fundación, que viven realidades bastante diferenciadas, a las que corresponden necesidades distintas, que esperan impulsos de evangelización diferentes: en algunos territorios, en efecto, aunque avanza el fenómeno de la secularización, la práctica cristiana manifiesta todavía una buena vitalidad y un profundo arraigo en el alma de poblaciones enteras; en otras regiones, en cambio, se nota un distanciamiento más claro de la sociedad en su conjunto respecto de la fe, con un entramado eclesial más débil, aunque no privado de elementos de vivacidad, que el Espíritu Santo

no deja de suscitar; también existen, lamentablemente, zonas casi completamente descristianizadas, en las cuales la luz de la fe está confiada al testimonio de pequeñas comunidades: estas tierras, que necesitarían un renovado primer anuncio del Evangelio, parecen particularmente refractarias a muchos aspectos del mensaje cristiano.

La diversidad de las situaciones exige un atento discernimiento; hablar de «nueva evangelización» no significa tener que elaborar una única fórmula igual para todas las circunstancias. Y, sin embargo, no es difícil percatarse de que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia. De hecho, no podemos olvidar que la primera tarea será siempre ser dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio y abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de modo fecundo la Palabra del Evangelio se requiere ante todo hacer una experiencia profunda de Dios.

Como afirmé en mi primer encíclica *Deus caritas est*: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 1). De forma análoga, en la raíz de toda

evangelización no hay un proyecto humano de expansión, sino el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida.

Por tanto, a la luz de estas reflexiones, después de haber examinado con esmero cada aspecto y haber solicitado el parecer de personas expertas, establezco y decreto lo siguiente:

Art. 1

§ 1. Se constituye el Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, como dicasterio de la Curia romana, de acuerdo con la constitución apostólica *Pastor bonus*.

§ 2. El Consejo persigue su finalidad tanto estimulando la reflexión sobre los temas de la nueva evangelización, como descubriendo y promoviendo las formas y los instrumentos adecuados para realizarla.

Art. 2

La actividad del Consejo, que se lleva a cabo en colaboración con los demás dicasterios y organismos de la Curia romana, respetando las relativas competencias, está al servicio de las Iglesias particulares, especialmente en los territorios de tradición cristiana donde se manifiesta con mayor evidencia el fenómeno de la secularización.

Art. 3

Entre las tareas específicas del Consejo se señalan:

1. profundizar el significado teológico y pastoral de la nueva evangelización;

2. promover y favorecer, en estrecha colaboración con las Conferencias episcopales interesadas, que podrán tener un organismo *ad hoc*, el estudio, la difusión y la puesta en práctica del Magisterio pontificio relativo a las temáticas relacionadas con la nueva evangelización;

3. dar a conocer y sostener iniciativas relacionadas con la nueva evangelización organizadas en las diversas Iglesias particulares y promover la realización de otras nuevas, involucrando también activamente las fuerzas presentes en los institutos de vida consagrada y en las sociedades de vida apostólica, así como en las agregaciones de fieles y en las nuevas comunidades;

4. estudiar y favorecer el uso de las formas modernas de comunicación, como instrumentos para la nueva evangelización;

5. promover el uso del Catecismo de la Iglesia católica, como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo.

Art. 4

§ 1. Dirige el Consejo un arzobispo presidente, con la ayuda de un secretario, un subsecretario y un número conveniente de oficiales, según las normas

establecidas por la constitución apostólica *Pastor bonus* y el Reglamento general de la Curia romana.

§ 2. El Consejo tiene miembros propios y puede disponer de consultores propios.

Ordeno que todo lo que se ha de liberado con el presente *Motu proprio* tenga valor pleno y estable, a pesar de cualquier disposición contraria, aun-

que sea digna de particular mención, y establezco que se promulgue mediante la publicación en el periódico *L'Osservatore Romano* y que entre en vigor el día de la promulgación.

Castelgandolfo, 21 de septiembre de 2010, fiesta de San Mateo, Apóstol y Evangelista, año sexto de mi pontificado.

Benedictus PP. XVI

VIAJES APOSTÓLICOS - VISITA PASTORAL A PALERMO (3 DE OCTUBRE DE 2010)

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa

Foro Itálico de Palermo. Domingo, 3 de octubre de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Es grande mi alegría al poder partir con vosotros el pan de la Palabra de Dios y de la Eucaristía. Os saludo a todos con afecto y os agradezco vuestra cordial acogida. Saludo en particular a vuestro pastor, el arzobispo monseñor Paolo Romeo; le agradezco las expresiones de bienvenida que ha querido dirigirme en nombre de todos, y también el significativo regalo que me ha dado. Saludo también a los arzobispos y obispos presentes, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a los

representantes de las asociaciones y de los movimientos eclesiales. Dirijo un deferente saludo al alcalde, Diego Cammarata, al que agradezco sus amables palabras de saludo, al representante del Gobierno y a las autoridades civiles y militares, que con su presencia han querido honrar nuestro encuentro. Un agradecimiento especial a quienes han prestado generosamente su colaboración para la organización y preparación de esta jornada.

Queridos amigos, mi visita tiene lugar con ocasión de una importante reunión eclesial regional de los jóvenes y de las familias, con quienes me encontraré por la tarde. Pero he venido también a compartir con vosotros alegrías y esperanzas, fatigas y compromisos, ideales y aspiraciones de esta co-

munidad diocesana. Cuando los antiguos griegos llegaron a esta zona, como ha recordado el alcalde en su saludo, la llamaron *Panormo*, es decir, «todo puerto»: un nombre que quería indicar seguridad, paz y serenidad. Al venir por primera vez entre vosotros, mi deseo es que en verdad esta ciudad, inspirándose en los valores más auténticos de su historia y de su tradición, sepa realizar siempre para sus habitantes, así como para toda la nación, el deseo de serenidad y de paz sintetizado en su nombre.

Sé que en Palermo, así como en toda Sicilia, no faltan dificultades, problemas y preocupaciones: pienso, de modo particular, en quienes viven concretamente su existencia en condiciones de precariedad, a causa de la falta de trabajo, la incertidumbre por el futuro, el sufrimiento físico y moral y, como ha recordado el arzobispo, a causa del crimen organizado. Hoy estoy en medio de vosotros para dar testimonio de mi cercanía y de mi recuerdo en la oración. Estoy aquí para daros un fuerte aliento a no tener miedo de testimoniar con claridad los valores humanos y cristianos, tan profundamente enraizados en la fe y en la historia de este territorio y de su población.

Queridos hermanos y hermanas, toda asamblea litúrgica es espacio de la presencia de Dios. Reunidos para la sagrada Eucaristía, los discípulos del Señor se sumergen en el sacrificio redentor de Cristo, proclaman que él

ha resucitado, está vivo y es dador de la vida, y testimonian que su presencia es gracia, fuerza y alegría. Abramos el corazón a su palabra y acojamos el don de su presencia. Todos los textos de la liturgia de este domingo nos hablan de la fe, que es el fundamento de toda la vida cristiana. Jesús educó a sus discípulos a crecer en la fe, a creer y a confiar cada vez más en él, para construir su propia vida sobre roca. Por esto le piden: «Aumentanos la fe» (*Lc 17, 6*). Es una bella petición que dirigen al Señor, es la petición fundamental: los discípulos no piden bienes materiales, no piden privilegios; piden la gracia de la fe, que oriente e ilumine toda la vida; piden la gracia de reconocer a Dios y poder estar en relación íntima con él, recibiendo de él todos sus dones, incluso los de la valentía, el amor y la esperanza.

Sin responder directamente a su petición, Jesús recurre a una imagen paradójica para expresar la increíble vitalidad de la fe. Como una palanca mueve mucho más que su propio peso, así la fe, incluso una pizca de fe, es capaz de realizar cosas impensables, extraordinarias, como arrancar de raíz un árbol grande y transplantarlo en el mar (*ib.*). La fe -fiarse de Cristo, acogerlo, dejar que nos transforme, seguirlo sin reservas- hace posibles las cosas humanamente imposibles, en cualquier realidad. Nos da testimonio de esto el profeta Habacuc en la primera lectura. Implora al Señor a partir de una situación tremenda de violencia, de iniqui-

dad y de opresión; y precisamente en esta situación difícil y de inseguridad, el profeta introduce una visión que ofrece una parte del proyecto que Dios está trazando y realizando en la historia: «El injusto tiene el alma hinchada, pero el justo vivirá por su fe» (*Ha 2, 4*). El impío, el que no actúa según la voluntad de Dios, confía en su propio poder, pero se apoya en una realidad frágil e inconsistente; por ello, se doblará, está destinado a caer; el justo, en cambio, confía en una realidad oculta pero sólida; confía en Dios y por ello tendrá la vida.

En los siglos, pasados la Iglesia que está en Palermo se vio enriquecida y animada por una fe ferviente, que encontró su expresión más alta y acabada en los santos y santas. Pienso en santa Rosalía, a la que veneráis y honráis y que, desde el monte *Pellegrino*, vela sobre vuestra ciudad, de la que es patrona. Y pienso también en otras dos grandes santas de Sicilia: Águeda y Lucía. No hay que olvidar que vuestro sentido religioso siempre ha inspirado y orientado la vida familiar, alimentando valores, como la capacidad de entrega y de solidaridad con los demás, especialmente con los que sufren, y el innato respeto por la vida, que constituyen una preciosa herencia que se debe custodiar celosamente y se debe impulsar aún más en nuestros días. Queridos amigos, conservad este precioso tesoro de fe de vuestra Iglesia; que sean siempre los valores cristianos los que guíen vuestras decisiones y vuestras acciones.

La segunda parte del Evangelio de hoy presenta otra enseñanza, una enseñanza de humildad, pero que está estrechamente ligada a la fe. Jesús nos invita a ser humildes y pone el ejemplo de un siervo que ha trabajado en el campo. Cuando regresa a casa, el patrón le pide que trabaje más. Según la mentalidad del tiempo de Jesús, el patrón tenía pleno derecho a hacerlo. El siervo debía al patrón una disponibilidad completa, y el patrón no se sentía obligado hacia él por haber cumplido las órdenes recibidas. Jesús nos hace tomar conciencia de que, frente a Dios, nos encontramos en una situación semejante: somos siervos de Dios; no somos acreedores frente a él, sino que somos siempre deudores, porque a él le debemos todo, porque todo es un don suyo. Aceptar y hacer su voluntad es la actitud que debemos tener cada día, en cada momento de nuestra vida. Ante Dios, no debemos presentarnos nunca como quien cree haber prestado un servicio y por ello merece una gran recompensa. Ésta es una falsa concepción que puede nacer en todos, incluso en las personas que trabajan mucho al servicio del Señor, en la Iglesia. En cambio, debemos ser conscientes de que, en realidad, no hacemos nunca bastante por Dios. Debemos decir, como nos sugiere Jesús: «Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer» (*Lc 17, 10*). Ésta es una actitud de humildad que nos pone verdaderamente en nuestro sitio y permite al Señor ser muy generoso con nosotros. En efecto, en otra parte del Evangelio, nos promete que

«se ceñirá, nos pondrá a su mesa y nos servirá» (cf. *Lc* 12, 37). Queridos amigos, si hacemos cada día la voluntad de Dios, con humildad, sin pretender nada de él, será Jesús mismo quien nos sirva, quien nos ayude, quien nos anime, quien nos dé fuerza y serenidad.

También el apóstol san Pablo, en la segunda lectura de hoy, habla de la fe. Invita a Timoteo a tener fe y, por medio de ella, a practicar la caridad. Exhorta al discípulo a reavivar en la fe el don de Dios que está en él por la imposición de las manos de Pablo, es decir, el don de la ordenación, recibido para desempeñar el ministerio apostólico como colaborador de Pablo (cf. *2 Tm* 1, 6). No debe dejar apagar este don; debe hacerlo cada vez más vivo por medio de la fe. Y el Apóstol añade: «Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de amor y de templanza» (v. 7).

Queridos palermitanos y queridos sicilianos, vuestra bella isla fue una de las primeras regiones de Italia que acogió la fe de los apóstoles, recibió el anuncio de la Palabra de Dios y se adhirió a la fe de una manera tan generosa que, incluso en medio de las dificultades y las persecuciones, siempre ha germinado en ella la flor de la santidad. Sicilia ha sido y es tierra de santos, pertenecientes a todas las condiciones de vida, que ha vivido el Evangelio con sencillez e integridad. A vosotros, fieles laicos, os repito: ¡no tengáis miedo de vivir y testimoniar la fe en los diversos ambientes de la sociedad, en las múltiples situaciones de la existen-

cia humana, sobre todo en las difíciles! La fe os da la fuerza de Dios para tener siempre confianza y valentía, para seguir adelante con nueva decisión, para emprender las iniciativas necesarias a fin de dar un rostro cada vez más bello a vuestra tierra. Y cuando encontréis la oposición del mundo, escuchad las palabras del Apóstol: «No tengas miedo de dar la cara por nuestro Señor» (v. 8). Hay que avergonzarse del mal, de lo que ofende a Dios, de lo que ofende al hombre; hay que avergonzarse del mal que se produce a la comunidad civil y religiosa con acciones que se pretende que queden ocultas. La tentación del desánimo, de la resignación, afecta a quien es débil en la fe, a quien confunde el mal con el bien, a quien piensa que ante el mal, con frecuencia profundo, no hay nada que hacer. En cambio, quien está sólidamente fundado en la fe, quien tiene plena confianza en Dios y vive en la Iglesia, es capaz de llevar la fuerza extraordinaria del Evangelio. Así se comportaron los santos y las santas que florecieron a lo largo de los siglos en Palermo y en toda Sicilia, así como laicos y sacerdotes de hoy, bien conocidos a vosotros, como por ejemplo don Pino Puglisi. Que sean ellos quienes os mantengan siempre unidos y alimenten en cada uno el deseo de proclamar, con las palabras y las obras, la presencia y el amor de Cristo. Pueblo de Sicilia, mira con esperanza tu futuro. Haz emerger en toda su luz el bien que quieres, que buscas y que tienes. Vive con valentía los valores del Evangelio para hacer que resplandezca la luz del bien. Con la fuerza, de Dios todo es posible. Que la Madre

de Cristo, la Virgen *Odigitria*, tan venerada por vosotros, os asista y os lleve al conocimiento profundo de su Hijo.

ÁNGELUS

Foro Itálico de Palermo. Domingo, 3 de octubre de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

En este momento de profunda comunión con Cristo, presente y vivo en medio de nosotros y dentro de nosotros, es hermoso, como familia eclesial, dirigirnos en oración a su Madre y Madre nuestra, María Santísima Inmaculada. Sicilia está sembrada de santuarios marianos, y desde este lugar me siento espiritualmente en el centro de esta «red» de devoción, que enlaza todas las ciudades y a todos los pueblos de la isla.

A la Virgen María, deseo encomendar a todo el pueblo de Dios que vive en esta amada tierra. Que ella sostenga a las familias en el amor y en el compromiso educativo; que haga fecundos los brotes de vocación que Dios siembra abundantemente entre los jóvenes; que infunda valor en las pruebas, esperanza en las dificultades y nuevo impulso para hacer el bien. Que la Virgen consuele a los enfermos y a todos los que sufren, y ayude a las comunidades cristianas para que nadie en ellas sea marginado o sufra necesidad, sino que cada uno, especialmente los más

pequeños y débiles, se sienta acogido y valorado.

María es el modelo de la vida cristiana. A ella, le pido sobre todo que os permita caminar con decisión y alegría por el camino de la santidad, siguiendo las huellas de tantos luminosos testigos de Cristo, hijos de esta tierra siciliana. En este contexto, quiero recordar que hoy, en Parma, es proclamada beata Ana María Adorni, que, en el siglo XIX, fue esposa y madre ejemplar y, cuando quedó viuda, se dedicó a la caridad con las mujeres presas y en dificultades, para cuyo servicio fundó dos institutos religiosos. A la madre Adorni, por su constante oración, la llamaban «Rosario viviente». Quiero subrayarlo al inicio del mes dedicado al santo rosario. Que la meditación diaria de los misterios de Cristo en unión con María, la Virgen orante, nos fortalezca a todos en la fe, en la esperanza y en la caridad.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas

Catedral de Palermo. Domingo, 3 de octubre de 2010.

Venerados hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas:

En mi visita pastoral a vuestra tierra, no podía faltar el encuentro con voso-

tros. Gracias por vuestra acogida. Me ha gustado el paralelismo que ha hecho el Arzobispo entre la belleza de la catedral y la del edificio de «piedras vivas» que sois vosotros. Sí, en este breve pero intenso momento con vosotros puedo admirar el rostro de la Iglesia, en la variedad de sus dones. Y, como Sucesor de Pedro, tengo la alegría de confirmaros en la única fe y en la profunda comunión que el Señor Jesucristo nos conquistó. Expreso a monseñor Paolo Romeo mi gratitud, que extendiendo al obispo auxiliar. A vosotros, queridos presbíteros de esta archidiócesis y de todas las diócesis de Sicilia; a vosotros, queridos diáconos y seminaristas; y a vosotros, religiosos y religiosas, y laicos consagrados, dirijo mi saludo más cordial, y quiero hacerlo llegar a todos los hermanos y hermanas de Sicilia, de modo especial a quienes están enfermos o son muy ancianos.

La adoración eucarística, que hemos tenido la gracia y la alegría de compartir, nos ha revelado y nos ha hecho percibir el sentido profundo de lo que somos: miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Postrado delante de Jesús, aquí entre vosotros, le he pedido que inflame vuestro corazón con su caridad, para que así, configurados a él, podáis imitarlo en la más completa y generosa entrega a la Iglesia y a los hermanos.

Queridos sacerdotes, quiero dirigirme ante todo a vosotros. Sé que trabajáis con celo e inteligencia, sin escatimar

energías. El Señor Jesús, a quien habéis consagrado la vida, está con vosotros. Sed siempre hombres de oración, para ser también maestros de oración. Que vuestras jornadas estén marcadas por los tiempos de la oración, durante los cuales, siguiendo el modelo de Jesús, os detenéis en una conversación regeneradora con el Padre. No es fácil mantenerse fieles a estas citas diarias con el Señor, sobre todo hoy que el ritmo de la vida se ha vuelto frenético y las ocupaciones absorben en medida cada vez mayor. Sin embargo, debemos convencernos de que el momento de la oración es fundamental, pues en ella, actúa con más eficacia la gracia divina, dando fecundidad al ministerio. Nos apremian muchas cosas, pero si no estamos interiormente en comunión con Dios no podemos dar nada ni siquiera a los demás. Debemos reservar siempre el tiempo necesario para «estar con él» (cf. *Mc* 3, 14).

El concilio Vaticano II afirma a propósito de los sacerdotes: «Su verdadera función sagrada la ejercen sobre todo en el culto o en la comunidad eucarística» (*Lumen gentium*, 28). La Eucaristía es la fuente y el culmen de toda la vida cristiana. Queridos hermanos sacerdotes, ¿podemos decir que lo es para nosotros, para nuestra vida sacerdotal? ¿Con cuánto esmero nos preparamos a la santa misa, para celebrarla o para permanecer en adoración? ¿Nuestras iglesias son verdaderamente «casa de Dios», donde su presencia atrae a la gente, que lamentablemente hoy siente a menudo la ausencia de Dios?

El sacerdote encuentra siempre, y de manera inmutable, la fuente de su identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo el que fija nuestro estatuto, según las necesidades y las concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado por el sello del sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y Redentor. En virtud de este vínculo fundamental, se abre al sacerdote el campo inmenso del servicio de las almas, para su salvación en Cristo y en la Iglesia. Un servicio que debe estar completamente inspirado por la caridad de Cristo. Dios quiere que todos los hombres se salven, que nadie se pierda. Decía el santo cura de Ars: «El sacerdote siempre debe estar preparado para responder a las necesidades de las almas. No es para sí mismo, sino para vosotros». El sacerdote es para los fieles: los anima y los sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados, en su camino de fe, en cultivar la esperanza, en vivir la caridad, el amor de Cristo. Queridos sacerdotes, prestad siempre especial atención también al mundo juvenil. Como dijo en esta tierra el venerable Juan Pablo II, abrid de par en par las puertas de vuestras parroquias a los jóvenes, para que puedan abrir las puertas de su corazón a Cristo. Que nunca las encuentren cerradas.

El sacerdote no puede estar lejos de las preocupaciones diarias del pueblo de Dios; más aún, debe estar muy cerca, pero como sacerdote, siempre en la perspectiva de la salvación y del reino de Dios. Él es testigo y dispensador de una vida

distinta de la terrena (cf. *Presbyterorum ordinis*, 3). Es portador de una esperanza fuerte, de una «esperanza fiable», la de Cristo, con la cual podemos afrontar el presente, aunque a menudo sea fatigoso (cf. *Spe salvi*, 1). Para la Iglesia es esencial que se salvaguarde la identidad del sacerdote, con su dimensión «vertical». La vida y la personalidad de san Juan María Vianney, y también de tantos santos de vuestra tierra, como san Aníbal María di Francia, el beato Santiago Cusmano o el beato Francisco Spoto, son una demostración particularmente iluminadora y vigorosa de esa identidad.

La Iglesia de Palermo ha recordado recientemente el aniversario del bárbaro asesinato de don Giuseppe Puglisi, perteneciente a este presbiterio, al que mató la mafia. Tenía un corazón que ardía de auténtica caridad pastoral; en su celoso ministerio dio amplio espacio a la educación de los muchachos y de los jóvenes, y a la vez trabajó para que cada familia cristiana viviera su vocación fundamental de primera educadora de la fe de los hijos. El mismo pueblo encomendado a su solicitud pastoral pudo saciarse de la riqueza espiritual de este buen pastor, cuya causa de beatificación está en curso. Os exhorto a conservar viva memoria de su fecundo testimonio sacerdotal imitando su ejemplo heroico.

Con gran afecto, me dirijo también a vosotros, que en varias formas e institutos vivís la consagración a Dios en Cristo y en la Iglesia. Un saludo particular a

los monjes y monjas de clausura, cuyo servicio de oración es tan precioso para la comunidad eclesial. Queridos hermanos y hermanas, continuad siguiendo a Jesús sin componendas, como propone el Evangelio, dando así testimonio de la belleza de ser cristianos de manera radical. A vosotros en particular, os corresponde mantener viva en los bautizados la conciencia de las exigencias fundamentales del Evangelio. De hecho, vuestra presencia y vuestro estilo infunden en la comunidad eclesial un valioso impulso hacia la «medida alta» de la vocación cristiana; es más, podríamos decir que vuestra existencia constituye una predicación, bastante elocuente, aunque a menudo silenciosa. Vuestro estilo de vida, amados hermanos, es antiguo y siempre nuevo, pese a la disminución del número y de las fuerzas. Pero tened fe: nuestros tiempos no son los de Dios y de su providencia. Es necesario orar y crecer en la santidad personal y comunitaria. Luego el Señor provee.

Con afecto de predilección os saludo a vosotros, queridos seminaristas, y os exhorto a responder con generosidad a la llamada del Señor y a las expectativas del pueblo de Dios, creciendo en la identificación con Cristo, el sumo sacerdote, preparándoos a la misión con una sólida formación humana, espiritual, teológica y cultural. El seminario es muy importante para vuestro futuro porque, mediante una experiencia completa y un trabajo paciente, os lleva a ser pastores de almas y maestros de fe, ministros de los santos misterios y portadores

de la caridad de Cristo. Vivid con empeño este tiempo de gracia y conservad en el corazón la alegría y el impulso del primer momento de la llamada y de vuestro «sí», cuando, respondiendo a la voz misteriosa de Cristo, disteis un viraje decisivo a vuestra vida. Sed dóciles a las directrices de los superiores y de los responsables de vuestro crecimiento en Cristo y aprended de él el amor a cada hijo de Dios y de la Iglesia.

Queridos hermanos y hermanas, os agradezco una vez más vuestro afecto y os aseguro mi recuerdo en la oración, para que prosigáis con impulso renovado y con esperanza fuerte el camino de adhesión fiel a Cristo y de generoso servicio a la Iglesia. Que os asista siempre la Virgen María, Madre nuestra; os protejan santa Rosalía y todos los santos patronos de esta tierra de Sicilia; y os acompañe también la bendición apostólica, que os imparto de corazón a vosotros y a vuestras comunidades.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con los jóvenes y las familias

Plaza Politeama de Palermo. Domingo, 3 de octubre de 2010.

Queridos jóvenes y queridas familias de Sicilia:

Os saludo con gran afecto y alegría. Gracias por vuestra alegría y por vues-

tra fe. Este encuentro con vosotros es el último de mi visita de hoy a Palermo, pero en cierto sentido es el encuentro central, pues es la ocasión que ha propiciado el motivo para invitarme: vuestro encuentro regional de jóvenes y familias. Por eso, hoy debo comenzar por aquí, por este acontecimiento; y lo hago ante todo dando las gracias a monseñor Mario Russotto, obispo de Caltanissetta, delegado para la pastoral juvenil y familiar en el ámbito regional, y a los dos jóvenes Giorgia y David. Vuestro saludo, queridos amigos, ha sido más que un saludo: ha sido compartir la fe y la esperanza. Os lo agradezco de corazón. El Obispo de Roma va a todas partes para confirmar a los cristianos en la fe, pero a su vez vuelve a casa confirmado por vuestra fe, vuestra alegría y vuestra esperanza.

Así pues, jóvenes y familias. Debemos tomar en serio esta combinación, el hecho de reunirnos, que no puede ser sólo ocasional o funcional. Tiene un sentido, un valor humano, cristiano, eclesial. Y no quiero partir de un razonamiento, sino de un testimonio, una historia vivida y muy actual. Creo que todos sabéis que el pasado sábado 25 de septiembre, en Roma, fue proclamada beata una muchacha italiana llamada Chiara, Chiara Badano. Os invito a conocerla: su vida fue breve, pero es un mensaje estupendo. Chiara nació en 1971 y murió en 1990, a causa de una enfermedad incurable. Diecinueve años llenos de vida, de amor y de fe. Dos años, los últimos,

llenos también de dolor, pero siempre en el amor y en la luz, una luz que irradiaba a su alrededor y que brotaba de dentro: de su corazón lleno de Dios. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo puede una muchacha de 17 ó 18 años vivir un sufrimiento así, humanamente sin esperanza, difundiendo amor, serenidad, paz, fe? Evidentemente se trata de una gracia de Dios, pero esta gracia también fue preparada y acompañada por la colaboración humana: la colaboración de la propia Chiara, ciertamente, pero también de sus padres y de sus amigos.

Ante todo, los padres, la familia. Hoy quiero subrayarlo de modo particular. Los padres de la beata Chiara Badano viven, estuvieron en Roma para la beatificación -yo mismo me encontré personalmente con ellos- y son testigos del hecho fundamental, que lo explica todo: su hija rebosaba de la luz de Dios. Y esta luz, que viene de la fe y del amor, ellos fueron los primeros en encenderla: su papá y su mamá encendieron en el alma de su hija la llama de la fe y ayudaron a Chiara a mantenerla siempre encendida, incluso en los momentos difíciles del crecimiento y sobre todo en la prueba grande y larga del sufrimiento, como sucedió también a la venerable María Carmelina Leone, que falleció a los 17 años. Éste, queridos amigos, es el primer mensaje que quiero dejaros: la relación entre padres e hijos, como sabéis, es fundamental; pero no sólo por una buena tradición, que para los sicilianos es muy impor-

tante. Es algo más, que Jesús mismo nos enseñó: es la antorcha de la fe que se transmite de generación en generación; la llama que está presente también en el rito del Bautismo, cuando el sacerdote dice: «Recibe la luz de Cristo..., signo pascual..., llama que debes alimentar siempre».

La familia es fundamental porque allí brota en el alma humana la primera percepción del sentido de la vida. Brota en la relación con la madre y con el padre, los cuales no son dueños de la vida de sus hijos, sino los primeros colaboradores de Dios para la transmisión de la vida y de la fe. Esto sucedió de modo ejemplar y extraordinario en la familia de la beata Chiara Badano; pero eso mismo sucede en numerosas familias. También en Sicilia existen espléndidos testimonios de jóvenes que han crecido como plantas hermosas, lozanas, después de haber brotado en la familia, con la gracia del Señor y la colaboración humana. Pienso en la beata Pina Suriano, en las venerables María Carmelina Leone y María Magno Magro, gran educadora; en los siervos de Dios Rosario Livatino, Mario Giuseppe Restivo, y en muchos otros jóvenes que conocéis. A menudo, su actividad no es noticia, porque el mal hace más ruido, pero son la fuerza, el futuro de Sicilia. La imagen del árbol es muy significativa para representar al hombre. La Biblia la usa, por ejemplo, en los Salmos. El Salmo 1 dice: Dichoso el hombre que medita la ley del Señor, «como un árbol plantado al borde

de la acequia: da fruto en su sazón» (v. 3). Esta «acequia» puede ser el «río» de la tradición, el «río» de la fe del cual se saca la linfa vital. Queridos jóvenes de Sicilia, sed árboles que hunden sus raíces en el «río» del bien. No tengáis miedo de contrastar el mal. Juntos, seréis como un bosque que crece, quizá de forma silenciosa, pero capaz de dar fruto, de llevar vida y de renovar profundamente vuestra tierra. No cedáis a las instigaciones de la mafia, que es un camino de muerte, incompatible con el Evangelio, como tantas veces han dicho y dicen nuestros obispos.

El apóstol san Pablo retoma esta imagen en la *carta a los Colosenses*, donde exhorta a los cristianos a estar «enraizados y edificados en Cristo, fundados en la fe» (cf. *Col 2, 7*). Vosotros, los jóvenes, sabéis que estas palabras son el tema de mi Mensaje para la Jornada mundial de la juventud del próximo año en Madrid. La imagen del árbol dice que cada uno de nosotros necesita un terreno fértil en el cual hundir sus raíces, un terreno rico en sustancias nutritivas que hacen crecer a la persona: son los valores, pero sobre todo son el amor y la fe, el conocimiento del verdadero rostro de Dios, la conciencia de que él nos ama infinitamente, con fidelidad y paciencia, hasta dar su vida por nosotros. En este sentido, la familia es «pequeña Iglesia», porque transmite a Dios, transmite el amor de Cristo, en virtud del sacramento del Matrimonio. El amor divino que ha unido al hombre y a la mujer, y que los ha hecho padres,

es capaz de suscitar en el corazón de los hijos la semilla de la fe, es decir, la luz del sentido profundo de la vida.

Así, llegamos a otro pasaje importante, al que sólo puedo aludir: la familia, para ser «pequeña Iglesia», debe vivir bien insertada en la «gran Iglesia», es decir, en la familia de Dios que Cristo vino a formar. También de esto nos da testimonio la beata Chiara Badano, al igual que todos los jóvenes santos y beatos: junto con su familia de origen, es fundamental la gran familia de la Iglesia, que se encuentra y se experimenta en la comunidad parroquial, en la diócesis; para la beata Pina Suriano fue la Acción Católica -ampliamente presente en esta tierra-; para la beata Chiara Badano, el Movimiento de los Focolares; de hecho, los movimientos y las asociaciones eclesiales no se sirven a sí mismos, sino que sirven a Cristo y a la Iglesia.

Queridos amigos, conozco vuestras dificultades en el actual contexto social, que son las dificultades de los jóvenes y de las familias de hoy, en particular en el sur de Italia. Y conozco

también el empeño con que tratáis de reaccionar y afrontar estos problemas, sostenidos por vuestros sacerdotes, que son para vosotros auténticos padres y hermanos en la fe, como lo fue don Pino Puglisi. Doy gracias a Dios por este encuentro, porque donde hay jóvenes y familias que eligen el camino del Evangelio, hay esperanza. Y vosotros sois signo de esperanza no sólo para Sicilia, sino para toda Italia. Yo os he traído un testimonio de santidad, y vosotros me ofrecéis el vuestro: los rostros de los numerosos jóvenes de esta tierra que han amado a Cristo con radicalidad evangélica; vuestros mismos rostros, como un mosaico. El mayor don que hemos recibido es: ser Iglesia, ser en Cristo signo e instrumento de unidad, de paz, de verdadera libertad. Nadie puede quitarnos esta alegría. Nadie puede quitarnos esta fuerza. ¡Ánimo, queridos jóvenes y familias de Sicilia! Sed santos. A ejemplo de María, nuestra Madre, poneos plenamente a disposición de Dios, dejaos plasmar por su Palabra y por su Espíritu, y seréis de nuevo, y cada vez más, sal y luz de esta amada tierra vuestra. Gracias.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

OCTUBRE

- Día 1: Encuentro diocesano de Apostolado Seglar.
- Día 4: Inauguración del Curso Académico en el Seminario Mayor, presidió la Eucaristía el Excmo. y Rvdmo. D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo de Tui-Vigo y Administrador Apostólico de Ourense; impartió la Lección inaugural el Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez, profesor de Teología Espiritual del Instituto Teológico “Divino Maestro” sobre *La Oración Pastoral de San Elredo de Rieval*.
- Días 8-11: Ejercicios espirituales para jóvenes en el Santuario de los Milagros.
- Día 17: Inauguración del curso de los ENS, Equipos de Nuestra Señora de Ourense, en el Seminario Mayor.
- Día 18: Con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones, DOMUND, se inauguró en el Centro Cultural de la Diputación, la exposición *Mundo Negro: 50 años al servicio de África*.



DIÓCESIS
DE OURENSE
